

VITAE BELLATOR

Autor: Alejandro Paradinas Domínguez

Twitter: @ALJNDR_PD

Ilustración: Julia Gómez Castilla

Instagram: @muycostumbrista

Escrito entre julio de 2020 y marzo de 2021; editado en 2022.

Colección: *Cum Gladio Et Sale Vita Victum Est*

©2022 Alejandro Paradinas Domínguez

©2022 Terra Ignota

<https://www.terraignota.es/secciones/tintaceniza/>

A la gloria y memoria de los valientes sobre cuyo coraje se edifican las patrias y con cuya sangre se riegan los campos que en el mañana florecen.

Porque fuimos, somos. Porque somos, seremos.

Índice

Parte 1: Agustina de Aragón	6
Capítulo 1: La Forja del Carácter	7
Capítulo 2: Heridas	15
Capítulo 3: Dum Spiro Spero	21
Capítulo 4: A Posse ad Esse	26
Capítulo 5: Dum Spero Amo	35
Capítulo 6: Orden	42
Parte 2: Cosme Damián Churruca	49
Capítulo 7: Adapto Ergo Supersum	50
Capítulo 8: Ascensus	58
Capítulo 9: Præ Bellum	66
Capítulo 10: Amanecer	72
Capítulo 11: Mediodía	87
Capítulo 12: Audentis Fortuna Iuvat	97
Parte 3:	
Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel	106
Capítulo 13: Brevis Pausa	107
Capítulo 14: Portam Mors non Vocat	115
Capítulo 15: A Hierro Candente; Martillo de Piedra	120
Capítulo 16: Un Español Vale por Diez Hombres	128
Capítulo 17: Carthago Nova Delenda Est	139
Capítulo 18: Punto y Coma	151
Parte 4:	
Francisco Javier Castaños	159
Capítulo 19: Luz	160
Capítulo 20: Ad Astra Per Aspera	167

Capítulo 21: Focum, Fumus et Lutum	174
Capítulo 22: La Última Pica	181
Capítulo 23: Pluma y Papel	188
Capítulo 24: Alfil de Blancas a Rey de Negras	196
Parte 5: Hispaniarum Dictatores	202
Capítulo 25: El Plan	203
Capítulo 26: Iustitia Super Omnem	209
Capítulo 27: Cabalgata	218
Capítulo 28: De las Cenizas	226
Capítulo 29: Resurgió el Ave	234
Notas del Autor	238

Parte 1: Agustina de Aragón

Capítulo 1: La Forja del Carácter

Era una agradable tarde de primavera, el sol lucía sereno y piadoso a la espera de su inminente descanso; las hojas se estaban empezando a tornar verdes y los capullos de las flores empezaban a bajar la guardia y a permitir que sus queridas hijas salieran a adornar el mundo gris y ajetreado de un Madrid congestionado e impaciente. Todo lo que rodeaba a aquella tarde era magnífico y así lo interpretaban las aves del parque, endulzando el ambiente con sus cantos. Pero de pronto callaron y aquella maravillosa tarde contempló la muerte de un sueño para Máximo.

Máximo, el único hijo de la familia Núñez-de la Vega que soñaba con entrar en la NBA y que estaba a punto de dar un enorme paso para conseguirlo gracias a la carta que le había dado un ojeador del Real Madrid CB tras su último partido, vio cómo todo su mundo se venía abajo a la vez que el camión de reparto de UPS se le echaba encima. El conductor acababa de sufrir un desmayo por llevar más de dos días sin comer y repartiendo paquetes durante diez horas sin descanso. En este Madrid y en esta España gobernada por gente que

ve el poder como un fin y no como un medio había que matarse a trabajar si querías mantener una familia de dos retoños y, desgraciadamente, aquel hombre era padre de tres. El camión se lo llevó por delante justo cuando estaba a punto de terminar de cruzar la calle, salió volando y chocó contra una farola. Para Máximo el mundo se sumió en tinieblas.

—Clavícula rota, húmero derecho roto, peronés y tibias rotos, todos los ligamentos de la rodilla izquierda rotos, costillas rotas... va a necesitar meses de reposo y probablemente años de terapia para volver a caminar—.

El doctor no pudo acabar toda la lista de lesiones, pero el pronóstico era claro: Máximo no volvería a jugar al baloncesto ni a hacer deporte, con suerte no se pasaría la vida en silla de ruedas.

—Que estés vivo es un milagro—.

Pasó tres noches más en el hospital y se mantuvo en cama hasta junio. Obviamente, el Real Madrid retiró su oferta al enterarse del parte médico. Pero por si fuera poco, el colegio le suspendió el segundo y tercer trimestre por falta de asistencia a clase y se vio obligado a acudir casi arrastrándose hasta el aula para hacer las recuperaciones extraordinarias.

Iba a abandonar el aula, pero lleno de frustración y desesperación profirió una amenaza desde el umbral de la puerta. Lágrimas de rabia brotaban de sus ojos a la vez que gritaba su maldición y golpeaba el suelo con el puño.

Al final, más por ayuda divina que por su escena, los resultados de las pruebas le daban como apto para pasar a 1º de bachillerato.

Máximo pasó el verano haciendo lo que jamás pensó que haría para entretenerse: leer. Empezó con novelas juveniles de Carlos Ruiz Zafón y acabó leyendo filosofía, en especial a Marco Aurelio. Fueron estas lecturas las que le hicieron aceptar que podría no volver a caminar nunca, pero que trabajaría hasta desfallecer por que eso no ocurriese. Gracias a esta mentalidad, a su esfuerzo y a que los libros calmaban su dolor psicológico, para septiembre volvió a caminar y a hacer ejercicio suave, justo a tiempo para volver a la rutina del estudiante, el nuevo curso le esperaba a la vuelta de la esquina envuelto en un halo de incertidumbre puesto que se había cambiado de instituto y desconocía absolutamente todos los haceres de allí.

El primer día, aún con una leve cojera apenas perceptible si no se ponían los ojos inquisidores sobre el muchacho, decidió que prefería mantenerse alejado y centrarse en la novela que estaba

intentando escribir sobre el misterioso asesinato de Atentiso, un filósofo griego que se había inventado. Pero una chica de melena castaña y ondulada y ojos azules como el hielo, casi grises, le clavó esa mirada que tienen las personas para analizar si eres una amenaza o alguien inofensivo. Pero, ante las señales contradictorias que lanzaba el lenguaje no verbal de Máximo, decidió acercarse y sentarse a su lado con precaución.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —le preguntó entusiasmada aquella joven.

—¿Y tú eres...?—

—Andrea, pero yo he preguntado primero —le contestó con una amplia sonrisa.

Intentaba ser neutral pero desde luego había algo de todo lo que había observado de Máximo que le hacía mostrarse agradable y sonriente aunque por dentro le comieran las ganas de practicarle un exhaustivo interrogatorio.

—Máximo Décimo Meridio, comandante de los ejércitos del norte—.

Quería espantarla a base de faltas de respeto disfrazadas de bromas, sin embargo consiguió el efecto contrario y Andrea se rió con cada una de ellas hasta que Máximo cedió.

—Entonces, Máximo, ¿qué haces para divertirte?—

—Leer. Este verano he descubierto lo maravillosa que es la lectura y siempre tengo algún libro entre mis manos desde entonces —le respondió devolviéndole la sonrisa sincera.

—¿Cuál me recomiendas?—

—No lo sé, no te conozco todavía, Andrea—.

—Bueno, pues dime cuál ha sido el último que te has leído—.

—La Divina Comedia, de Dante Alighieri—.

—¿Por qué lees eso? Pensaba que leías novelas no esos bodrios infumables—.

Máximo se echó a reír, esas palabras para él eran como escucharse a través del tiempo, lo mismo opinaba de todo libro que no fuera un cómic hacía apenas cinco meses.

—Sí, yo también pensaba así—.

Mientras continuaban charlando, unos ojos oscuros y penetrantes les observaban como una pantera observa antes de abalanzarse sobre su presa. Nacho, valiente matón detrás de sus sicarios, el narcotraficante de la zona y ser que gozaba de impunidad en aquel instituto porque su padre era el director. Un niñoato cabrón que después de verse *Peaky Blinders*, la vieja serie de gángsters, había decidido ser el Tommy Shelby español, personaje de ficción a quien le copiaba hasta los gestos y ademanes. Tan sólo era un chulo más, un delincuente que se creía capaz de montar su propia mafia y doblegar a todo su entorno como los capos sicilianos.

Pasó el día y entre bromas e intercambios de anécdotas surgió una estrecha amistad que se consolidaría con los días venideros entre Máximo y Andrea. Una vez en su casa, Máximo se desvistió para ducharse y, como venía haciendo desde que podía volver a mantenerse en pie, se analizó en el espejo mientras corría el agua.

—Aquel camión me hizo un buen apaño, je —un doloroso sarcasmo que se repetía a menudo.

—Y pensar que yo antes hacía mates sin esfuerzo, que podía poner la cabeza a la altura del aro... mira para lo que has quedado. Pareces un espárrago de metro ochenta con cara. Antes estabas fuerte, ahora eres un esqueleto con piel —comenzó su discurso frente al cristal— supongo que la gracia está en que por no poder entrenar el cuerpo has acabado entrenando la mente y ni tú mismo puedes hacerte daño. Antes eras fácilmente influenciable, sentimentalmente inestable y, en resumidas cuentas, alguien bobo y frágil que se escondía detrás de su físico, ahora que lo has perdido y tal vez nunca lo recuperes, dime, ¿ha sido un intercambio justo?— Después de palparse las cicatrices y recordar cada día de cama, se metió en la ducha.

—¿Ha sido un intercambio justo? —esas palabras golpeaban continuamente el yunque de su conciencia con intención de forjar otra reflexión que nunca llegaba a terminar.

El día siguiente se presentó con una tormenta de verano augurando un día lleno de males. No se equivocaba, aquel día Máximo conoció a Nacho.

—¡Mira a quién tenemos aquí, Nacho, si es el maleducado que tontea con la cristiana! —exclamó uno de ellos mientras le cogía del pescuezo a Máximo.

—Entérate, capullo, este es mi instituto y aquí nadie respira tranquilo sin pagarme, ¿captas? —Le dijo Nacho mientras extendía la mano.

—¡Ja! Parece que alguien se ha visto demasiadas veces *El Padrino* —le respondió burlón Máximo.

—Bien, hagámoslo por las malas—.

Nacho se lió a puñetazos con él mientras los otros dos le sujetaban. El pobre acabó hecho un cristo. Minutos después, aún recomponiéndose de la paliza, se le acercó Andrea y se sentó a su lado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado?—

—Al parecer a Nachete le va ir de camorrista—.

—Joder, tendría que haberte avisado ayer, ese subser está enfermo y se las va dando de auténtico mafioso—.

—Bueno, supongo que habrá que avisar al director y que llame a la policía—.

—Pobre iluso, no conseguirás nada, el director es su padre y hace oídos sordos a cualquier crítica, venga de profesores o de alumnos, sobre su “perfecto” hijo—.

—Pues llamo a la policía yo mismo y santas pascuas. Joder, tengo sangre por toda la cara, digo yo que me creerán—.

—Toma —dijo mientras le extendía un pañuelo—. No van así las cosas, esto es ajo y agua, ¿crees que yo no lo he intentado? La policía o tiene el crimen grabado o no va a tocar a alguien como el director, Rodrigo Sáenz, socialista desde hace treinta años y que se codea con los líderes políticos—.

—Pues entonces más vale que mi fisio me permita volver pronto a hacer deporte en serio, hay que bajarle los humos a ese idiota—.

—¿Has dicho fisio?—

—Otro día —trató de levantarse, pero no pudo, se cayó al suelo y Andrea tuvo que ayudarlo a ponerse en pie—. Tremenda la que me han sacudido, no te lo voy a negar—.

—¿Hay que amputar? —le preguntó pícaro.

—¡Qué graciosa la niña, oye!—

Y apoyado en Andrea caminaron hasta el aula.

Capítulo 2: Heridas

Los días sucedieron y con ello las clases y las terapias. Poco a poco Máximo recuperaba capacidades, subido a aquella semiesfera hinchable gracias a la que había recuperado la facultad de caminar, ahora seguía ejercitando la rodilla izquierda para, con suerte, volver a correr y a hacer toda clase de esfuerzos con ella. Había asumido que nunca llegaría a ser profesional del baloncesto, pero quería vivir una vida normal y en la que pudiera patear a Nacho hasta la alcantarilla de la que había salido.

Una tarde de otoño, quedaron Andrea y él en el Vips de Gran Vía para merendar, todavía hacía calor así que los dos iban de corto; él con una camisa blanca de manga corta, pantalones vaqueros y deportivas blancas; ella con un vestido turquesa y deportivas blancas, curiosa mezcla, yo siempre había pensado que los vestidos iban acompañados de zapatos planos. Se sentaron en la terraza y pidieron. Unas tortitas para él y un brownie con helado para ella. Entre bocado y bocado él le comentaba sobre la comunidad de Twitter en la que estaba y que se auto proclamaban autistas por las chorradas que empezaban a escribir a partir de las doce de la noche, lo que ellos llamaban *cacaposteo*. Ella no se paraba de reír con cada

historia que le contaba: *la Noche de los Baños Largos*, cómo un político de un partido de la oposición les deseaba suerte en los exámenes y cómo a través de las redes les ayudaban a hacer oposición... pero llegó su turno de preguntar y fue directa a lo que le llevaba comiendo la cabeza desde hacía un par de semanas.

—¿Las cicatrices de la rodilla tienen que ver con lo del fisio?—

—Dios... ¿por qué tanto interés? Me atropelló un camión en marzo y me jodió la vida, esa es la razón de las cicatrices—.

Ella puso los ojos más ojipláticos vistos jamás, de entre todas las respuestas que se había estado imaginando para su pregunta, esa era la última que se esperaba.

—Yo... lo... lo siento mucho. Esto... ¿en qué sentido te la jodió?—

—Quería ser estrella de baloncesto. Tenía hasta una maldita carta para reunirme con Florentino Pérez y discutir sobre mi contrato con el Madrid a días vista de aquella tarde—.

—¡La Virgen!... Esto... ¿y cómo lo has superado?—

—En un principio cagándome en todo por Twitter y haciendo que me tirasen la cuenta por incitación al odio o algo así, simplemente no estaba de humor, sólo quería desfogarme y en el camino me crucé con tres noticias que me tocaron donde no debían y exploté. En segundo lugar, como me suspendieron el segundo y tercer trimestre por no ir a clase; ¡no te jode, a duras penas estaba vivo!
—respiró fuerte y se tranquilizó antes de continuar porque ya estaba

gritando con tanto recuerdo amargo—. Perdón, se me ha ido la pinza. Mi odio se centró en aprobar las recuperaciones y, por último, como me ví con dos meses de vacaciones sin nada que poder hacer porque tenía una pierna muerta y la otra en estado vegetal pues decidí aprovechar para leer. A día de hoy es la mejor decisión que he tomado en mi vida—.

—No... no sé qué decir... estoy en shock—.

—Podrías contarme la historia de tu cicatriz, anécdota por anécdota—.

Lo cierto era que aquel vestido exponía al completo sus brazos y, aunque había intentado tapanla con maquillaje, el sudor la había empezado a exponer. Era una línea rosada que le cubría todo el interior del antebrazo derecho, ensanchándose en el medio y con aspecto de tener unos años.

—Mi padre y yo solíamos escalar. Un día de hace tres Navidades estábamos en los Alpes italianos intentando escalar el Marmolada, estábamos a punto de conquistar la pared cuando empezó una ventisca. Nos pilló colgados a más de cien metros del suelo más cercano y el viento era muy fuerte, tanto que nos estrelló varias veces contra la roca. Entonces, en uno de los soplidos, la cuerda de mi padre no pudo con más y se partió, los dos íbamos atados al otro, pero eso no quitó para que mi padre se precipitase unos metros y se golpeará la cabeza con fuerza quedándose inconsciente. Nos

bajé hasta donde habíamos acampado el día anterior y le metí en la tienda con una nota: “He bajado al campamento base a pedir ayuda.” Había casi medio kilómetro que descender y estaba sola, poco bueno sale de esa combinación ya de por sí que encima lo iba a tener que hacer con tormenta. Tuve que bajar mucha pared de hielo y en los últimos metros hasta el campamento, totalmente fatigada, me caí y me partí el brazo contra un guijarro puntiagudo, ¡casi me quedo sin él! Con un vendaje improvisado me dejé caer sobre la nieve para rodar hasta el campamento y lo último que recuerdo de aquel día es que me llevaron en helicóptero hasta el hospital y yo les balbuceaba lo que le había pasado a mi padre. Me desperté varios días después y lo primero que hice fue mirar si estaba, efectivamente, ahí estaba, en una camilla a mi lado y con la cabeza vendada. Lo había conseguido—.

—¡Joder! Al borde de estirar la pata hemos estado los tres—.

—Sí, eh. Desde entonces nos hemos tomado un largo descanso de escalar, ahora como mucho hacemos rápel en la Pedriza o nos vamos a esquiar—.

—¿Cuánto tiempo estuviste sin poder moverlo? —Preguntó tocándole el brazo.

—Casi dos meses—.

—Yo me tiré tres sin poder salir de la cama. Me partí el brazo y varias costillas al salir despedido contra una farola, ni caminar con muletas podía. Sé lo que se siente—.

Siguieron un rato conversando hasta que se dieron cuenta de que estaba anocheciendo, entonces Máximo la acompañó hasta su casa y se despidieron con un cálido abrazo y un beso en la mejilla. De camino a la suya le intentaron asaltar. Un cocainómano desesperado por conseguir otro chute le amenazó con una vieja navaja y, con la labia y la maestría callejera de Fermín Romero de Torres, consiguió espantarlo. Aquel esperpento de hombre era un cobarde que se refugió en la droga cuando todo se le vino abajo, todo el barrio había oído de él y sus andaduras. Una de las veces que iba puesto mató a su mejor amigo en el pueblo por conducir un tractor a las dos de la mañana sin las luces, desde entonces vivía huído matándose poco a poco. Máximo los conocía bien, tanto por las novelas como por su propia experiencia, los hombres débiles son los que se dejan arrastrar por los vicios y las maneras destructivas. Tres generaciones de estos era lo que había dado fruto a la oligarquía que regía España estos días, personas sedientas de poder que moldean sus discursos para el oído del débil y que recortan el espíritu de las personas desde una pésima educación pública hasta que los vuelven dependientes del Estado, sin más ambición que ser

“vividores”. Aparte de conocerlos bien, Máximo detestaba a esta gente, sabía desde siempre lo que era esforzarse para que un vago se llevara parte del mérito de su trabajo.

Varias veces durante el colegio le habían mandado hacer trabajos en grupo, los llamaban “proyectos interdisciplinarios de la unidad didáctica”, y consistían en hacer un trabajo de investigación y una presentación sobre temas metidos con calzador por afán de los profesores de mezclar todas las asignaturas y que los hacían de proporciones doctorales, aparte de guardar una correlación y cohesión entre los puntos iguales a intentar fusionar piedras juntándolas con cinta americana. A todo ello se le sumaba que tuviera que hacer ese proyecto con otros tres o cuatro compañeros los cuales el sistema había enseñado bien: “si otro te lo puede hacer por ti, mejor”. Al final el muchacho acababa esforzándose por todo el equipo para luego compartir nota con los que no habían ni abierto el buscador.

Consiguió volver a casa y se desnudó en cuanto entró a su habitación para meterse en la cama, no quería saber más del mundo por hoy.

Capítulo 3: Dum Spiro Spero

La última mañana de octubre se presentó fría y desalentadora, el cielo estaba encapotado y la humedad te calaba los huesos, no había ningún alma en la calle a esta hora y... ¡oh! Fallo mío como narrador, sí había una, era la silueta de Máximo la que se recortaba entre los coches y... ¡estaba corriendo! Sencillamente asombroso. Pero la imagen estaba lejos de ser gloriosa o enternecedora, si corría, era por su vida. Algunos metros detrás iban persiguiéndole cuatro matones, uno de ellos era Nacho.

Aunque estuviera corriendo, Máximo sabía que no debía, todavía no le habían dado el visto bueno, todavía era demasiado pronto, pero aquella mañana no tenía otra salida, esas hienas locas le perseguían navaja en mano.

Se encontraba delante de una iglesia en llamas cuando dejó de oír sus aberrantes voces. Los dos curas que la oficiaban estaban en la puerta, pero una viga ardiendo les bloqueaba el paso. Aceptando su destino, rezaban con voz angustiada y al unísono, hasta que uno de los dos escuchó a Máximo y dejó sus plegarias para pedirle socorro a gritos. Entre los tres consiguieron desplazar la viga y salir a toses de lo que antes había sido la iglesia del barrio y la última de

Madrid, todas las demás habían sido quemadas también, el único lugar de culto que quedaba era la Catedral.

Al ver tan doloroso espectáculo de llamas consumiendo tapices y cuadros y reventando vidrieras centenarias, los pobres se echaron a llorar.

—Nuestro hogar... —comenzó uno de ellos.

—La casa de Dios... consumida... la última iglesia... calcinada

—siguió el otro.

—¿Por qué este odio?! ¿Por qué las iglesias?! —gritó entre sollozos el primero.

—Dios... ¿quién podría ser tan malvado como para hacer esto?

—preguntó Máximo al aire.

—Cada día temía más que esto pasara. La policía no nos hacía caso, pasaba de nuestras peticiones de agentes patrullando por aquí y al final ha ocurrido—.

—¿Qué van a hacer ahora, padres?—

—No lo sé, joven... ¿cómo se llama?—

—Máximo. ¿Ustedes?—.

—Juan Manuel Góngora y mi compañero, Chema—.

—¿Qué harán ahora? ¿Tienen techo?—

—Gracias a Dios sí, vivimos en un piso de esta calle y no en la propia iglesia, pero nuestra vida era la eucaristía—.

De repente se oyó una voz desagradablemente familiar para Máximo.

—¡Así que has salvado a las ratas cristianas por lo que veo! ¿Disfrutas del espectáculo? A mí me encanta el olor a crucifijo quemado por la mañana —el maldito Nacho había encontrado a Máximo y se le acercaba parsimonioso y pavoneándose con sus ademanes de desequilibrado mental—. Sé de buenas fuentes quién eres, iluso estúpido. Dime, ¿qué dolió más, el atropello o que te retiraran la oferta? —ese perturbado estaba a apenas unos pasos de Máximo, entonces volvió a lucir su navaja y una cajita metálica mientras se reía—. Este cachivache es magnífico, lo raspas y salen chispas, mira —e hizo una demostración—. Suficientes como para hacer prender un poco de alcohol e incluso una iglesia—.

—Maldito cabrón—.

Ese loco volvió a echarse a reír como un depravado.

—Así es, mi organización se encargaba de este distrito y sus putas iglesias —escupió al suelo como si le causara repulsión esa palabra—. Te he dado suficientes oportunidades y has desperdiciado todas, Maximito. Podríamos habernos llevado muy bien, pero preferiste no reconocermme como el ser superior que soy y ahora tendré que matarte—.

—Puto colgao, déjame en paz—.

Máximo hizo una señal a los curas para que se marchasen lejos y Nacho se le abalanzó, los dos cayeron y rodaron intercambiándose puñetazos, Nacho trató de coger su navaja, que había salido volando, pero Máximo no le dejó. Consiguió retenerle contra el suelo el suficiente tiempo como para rehacerle la cara y, al final, la pelea terminó con Nacho huyendo con el labio y la ceja partidos y la nariz sangrando. La escena que se quedó con Máximo de rodillas y la cara llena de sangre frente a la aún ardiente iglesia era dantesca, para colmo se sacó la cruz de plata que llevaba siempre al cuello y comenzó a rezar jadeante y entrecortado en latín.

—Ave Deus —cogió aire—. Tuus filius auxilium necessitat. Pecatos habeo, sed omnium confessavi et metum sentio. Oh, Pater! Ex inferno ego vivo, protegas me—.

Se limpió con la manga la sangre de la cara y miró alrededor, los curas habían huído.

—Bien por ellos —pensó.

Máximo se recompuso del todo y volvió a poner ruta hacia su fisioterapeuta con algo de temor por si volvía a encontrarse con esos locos.

Durante la siguiente semana Nacho le dejó en paz, pero Máximo se mantuvo en alerta, sólo había una sospechosa de quién le había revelado su secreto a ese desalmado: Andrea. Aún así, era reacio a

pensar que había sido ella, pero no podía descuidarse por si acaso era su amiga quien le había traicionado.

Capítulo 4: A Posse ad Esse

En aquel instituto el miedo campaba a sus anchas, tanto entre los profesores como entre los alumnos por culpa del director y su hijo, los dos igual de despiadados según decían a veces los propios profesores y que tarde o temprano acababan yéndose. En lo poco que llevaban de curso, cuatro habían renunciado y otra había pedido la baja por ansiedad. Los tiranos estaban en una posición muy ventajosa, o al menos así era hasta el día que llegó una carta del partido socialista para el director en la que le invitaban a ser ministro de Educación y su respuesta fue contundente. A través de un acto en el inmenso patio de cemento de aquel colegio les comunicó de una forma peculiar la oportunidad que se le presentaba.

—¡¡¡Me dan la oportunidad de no volver a ver a ningún mocoso ni a ningún profesor estúpido nunca más y yo sólo puedo decir sí, sí y mil veces sí!!!—

Inmediatamente, el patio explotó en vítores y algún que otro comentario fuerte del profesorado, ya no había miedo a expresar cuán quemados estaban.

Desde aquel maravilloso día doce de noviembre, Máximo empezó a prepararse para su pelea con Nacho, no se sabía cuándo, pero era

seguro que la iba a haber. Prácticamente dado de alta por el fisioterapeuta que le había estado guiando desde junio en su recuperación, él podía volver a ejercitarse casi como antes del accidente y había decidido no malgastar ni un segundo.

Decidió apuntarse a clases de defensa personal e iba a días alternos con la terapia. Apenas cinco días después del cambio de director y de que se apuntara a estas clases, volvió el hostigamiento de Nacho por el instituto y, una vez más, quien debía ponerle freno no lo hizo, se dedicó a mirar para otro lado. El gamberro ahora la había tomado con un pobre chico gaditano recién mudado a Madrid.

Una de las tardes que iba a ir a terapia, Andrea le paró para hablar con él, a través de sus ojos se percibía su atormentada conciencia, había algo que le remordía por dentro y no era capaz de guardar.

—Oye... ¿te pasa algo conmigo? ¿He hecho algo mal? ¿Por qué me has estado esquivando estos días?—

—Tal vez me equivoque contigo, pero ya no me fío —suspiró fuerte y desanimado—. Nacho y yo nos liamos a puñetazos hace unos días y para hacer daño dijo algo sobre mí que únicamente sabías tú—.

—¡No! No, no, no... —sonaba desesperada— por favor, no. No sé qué te diría pero no fui yo quien se lo contó —se le empezó a caer una lágrima— créeme, por favor, no fui yo—.

Máximo le tendió un pañuelo y le respondió.

—Andrea, me preguntó qué me había dolido más, si el atropello o que retiraran la oferta y, de momento, eres la única persona que conozco a la que Nacho le podría haber sacado esa información. No quiero creer que fueras tú, casi no puedo, pero hasta que lo averigüe me voy tener que mantener alejado—.

—¿Esto es una ruptura?¿Así se va a acabar nuestra amistad? —preguntaba llorosa, la pobre Andrea no se podía creer lo que estaba pasando—. Ojalá no haberme hecho ilusiones. Ojalá haber seguido las normas que me dicté antes del curso, pero sabes qué, ¡ojalá os matéis los dos, así por fin viviré en paz!—

Le pegó una bofetada y se marchó llorando. Máximo se quedó perplejo viendo cómo se marchaba, no entendía qué había querido decir Andrea ni por qué le había abofeteado, aunque no se detuvo mucho para pensarlo, el reloj no entendía de dramas y se limitaba a marcar las horas, pronto sería la de la terapia y no podía llegar tarde.

Entró en la consulta y se fue directo a la parte trasera donde estaba la sala de rehabilitación. No veía a Mateo, su fisioterapeuta, por ningún lado así que decidió empezar sin él, se sabía los ejercicios de memoria y no le necesitaba para hacerlos. Iba a terminar el

primero cuando Mateo apareció por la puerta esbozando una sonrisa.

—¡Hola Máximo! Veo que ya te puedes apañar tú solo. Bien porque hoy tenía pensado hacerte las pruebas, si las pasas estás curado, si no, pues te tocará seguir viéndome la cara cada dos días—.

Soltaron ambos una carcajada y Máximo se le acercó.

—Túmbate en la camilla—.

Máximo se echó en ella y Mateo comenzó a doblarle articulaciones y a comprobar la fuerza de éstas.

—Bueno, los pies están fuertes ya... veamos la rodilla que es lo que más me preocupa desde que entraste por esa puerta—.

Le dobló la rodilla izquierda, la estiró varias veces hasta que le pidió que intentara aguantar sus empujones y sus tirones sin que se doblara.

—No me termina de convencer aunque ha mejorado notablemente desde el último mes. Tal vez deberíamos seguir viéndonos otro par de semanas, no quiero arriesgar—.

—Tú mandas—.

—Sí, vas a seguir viniendo un par de semanas más y después te daré el alta. ¿Al final qué vas a hacer con el baloncesto?—

—Ná, perdí la oportunidad de oro y ya no tengo ganas de competir a ese nivel sabiendo que no voy a conseguir llegar hasta donde quería. Supongo que no lo dejaré de lado, pero tampoco quiero

volver a meterme en un buen equipo y jugar una liga entera. Iré a jugar a las canchas del parque de vez en cuando, pero ya no va a ser como antes—.

—Una pena—.

Al salir de la terapia intentó llamar a Andrea, mas en ninguna ocasión lo cogió; sonaba y sonaba el timbre, sin embargo, siempre contestaba la voz para dejar un mensaje antes que ella. Máximo decidió que si no le cogía el teléfono ni le llamaba de vuelta sería porque no quería saber nada de él en una temporada, lógico si acababas de llamarla pérfida sin más pruebas que una conjetura. Puso rumbo a su casa y aceptó que tal vez su amistad había sido herida de muerte, sus palabras habrían sido la hoja que la había cortado, no obstante, deseaba que el golpe ciego en medio de las tinieblas de la incertidumbre que había recibido este lazo fuera curable.

En medio de sus lamentos alzó la vista del suelo y reconoció una cara familiar, era su ex compañero de equipo, Diego. Estaba sentado haciendo algo con las manos cuando los dos se vieron, él se puso en pie y le saludó.

—¡Pero si es el desgraciado de Maxi! Primo, ¿qué haces de pie si después del accidente decías que tu destino era la silla de ruedas?—

—¡Ya ves! fácilmente llevo ya seis meses de terapia, ¿y tú qué? ¿Sigues con María?—

—María es, otra cosa es que no sea la persona, lo dejamos hace unos meses porque me tiré a su prima—.

—Te debería desnucar por mononeuronal, ¿cómo se te ocurre hacer eso?—

—¿Qué quieres que le haga? Estábamos borrachos y sin darme cuenta ella ya me había bajado los pantalones. Ahora fumo para olvidar que tengo una denuncia por violencia de género.

—Tú, tú... ¡Agh! ¿No te han enseñado a meterte en jardines de uno en uno? Dios santo, ¿y por qué la denuncia?—

—Yo qué sé, pregúntale a ella, jamás le he puesto la mano encima ni nunca le he hecho daño. Sólo han sido unos cuernos por subnormal... y porque su prima está muy buena—.

—Madre mía, Dieguito. ¿Y quién te vende?—

—Lo mismo le conoces, se llama Nacho y me preguntó por ti un par de veces—.

A Máximo se le heló la sangre.

—¿Has dicho Nacho? ¿El cabrón que me quiere matar es el que te pasa la droga? ¿Qué le has contado de mí, desgraciado?

—Vale, nunca mencionó lo de matarte, únicamente preguntó por ti como si estuviera interesado... como si fuera un fan—.

—¿Y te preguntó que...?—

—Me preguntó por el baloncesto, yo le dije que ganamos la liga gracias a ti y estabas a punto de fichar por uno gordo, pero que te atropelló un camión y te dejó para el arrastre y que ya no ibas a volver a jugar...—

—Eres el cerdo que necesitaba esta tarde para sacarme de dudas, gracias—.

Máximo se fue sin decir adiós y todo lo rápido que podía, directo a casa de Andrea. Por el camino la intentó llamar otras tantas veces, pero en ninguna lo cogió.

Se plantó delante de su portal exhausto y llamó varias veces al timbre del 3ºA.

Al cabo de un rato ella se puso al telefonillo.

—¿Eres Máximo, verdad?! —gritó hecha una furia.

—Sí, Andrea. Vengo a disculparme y a decirte que ya sé quién me la jugó. Entiendo que sólo quieras verme para darme de bofetadas hasta que te sangre la mano, pero aún así quiero pedirte perdón—.

Se hizo un silencio sepulcral durante unos segundos que a Máximo le parecieron horas y, entonces, la propia Andrea abrió la puerta del portal, estaba en chándal y sudadera gris, el mismo conjunto que se ponía siempre para estar por casa. Ella seguía estando muy cabreada.

—A ver, venga, arrodíllate, pídemme perdón y lárgate, tal vez la almohada me dé motivos para perdonarte o me reafirme en mandarte a tomar por culo—.

—Fue un compañero de mi ex equipo el que le contó todo, le compra la droga a Nacho—.

—¡Oh, enhorabuena! Has aceptado que yo no te vendí, venga, volvamos a ser amigos y pelillos al mar, ¿no? ¡Eres necio y subnormal a partes iguales! —Estaba gritando de nuevo y agarrando la puerta para subir de vuelta, con un pie dentro y uno fuera. Él la cogió del brazo derecho y exhaló un “lo siento” pesimista. Andrea se giró y le miró a los ojos, esos ojos marrones luminosos que reflejaban arrepentimiento infinito y con tono suave le dijo:

—Me has hecho daño y estoy dolida, jamás te he dado motivos para que desconfíes de mí, todo lo contrario. Así que, por favor, prométeme que no volverá a pasar, que nunca más desconfiarás de mí sin razón—.

Máximo bajó su mano hasta llegar a la de Andrea y se la besó. Agradecido de haber sido perdonado, sonrió desde el alma al subir la cabeza y susurró un “prometido”.

Así son los dramas adolescentes, pero había algo hallado en el alma del otro que les impedía ser gobernados por el orgullo.

Ella le abrió los brazos y se abrazaron durante un buen rato en el que dejaron pasar el mundo alrededor sin importarles lo más mínimo, ese momento era suyo.

¡Qué inhóspita y fría se presentó aquella mañana! Máximo y Andrea caminaban juntos hacia el instituto cuando en la callejuela por la que iban, salieron de entre los coches los cuatro demonios. Nacho y sus perritos falderos venían con sed de sangre.

—¡Muy bien, cabronazo! Te has tirado a la cristiana, tienes mis aplausos, ahora iréis los dos para abajo como pecadores—.

Máximo escondió a Andrea detrás de él y le dijo que huyera hasta su casa; ella se negó en rotundo alegando que cuatro puños son mejor que dos.

—¡Voy a disfrutar meando vuestros cadáveres, par de monjas!—

—¡Tú tan maricón que traes a otros tres para un uno contra uno!

¡Esto es conmigo, hijo de puta, sé hombre por una vez!—

Se les echaron los cuatro encima y empezó la pelea. Andrea no dudó y al primer energúmeno lo bajó de una patada en los testículos, pero los otros tres se le echaron a Máximo, lo tiraron al suelo y lo acuchillaron varias veces en el tórax hasta que Andrea pudo patearlos lejos.

Ahora tenía la atención de los tres bárbaros y estaba acorralada contra un coche.

—¡Dejadnos en paz, cabrones! —gritaba asustada.

Entonces, Máximo se incorporó chorreando sangre, se sacó una de las navajas que le habían clavado y se tiró a por ellos a muerte. No dudó y les clavó la navaja a los tres desde atrás y al cuello. Cayeron al suelo sin llegar a tocarle un pelo a Andrea.

—¿Estás bien? —preguntó un jadeante y sangrante Máximo que se dejó caer de rodillas.

—¡Sí! Pero tenemos que llamar a una ambulancia y rápido —gritó ella mientras sacaba el teléfono y marcaba.

Uno de ellos se levantó chorreando sangre y le dio un puñetazo que lo tiró de cabeza al asfalto, se abalanzó sobre Máximo e intentó volverle a pegar, pero ella estuvo rápida y le metió tal patada en la cabeza mientras el perro levantaba el puño que le dejó viendo las estrellas.

Capítulo 5: Dum Spero Amo

Casi sin sangre en el cuerpo llevaron a Máximo al hospital para que le salvaran la vida de nuevo, y mientras estaba inconsciente, soñó.

Máximo soñó con una playa soleada y virgen, una playa por la que no había pisado nadie más que él. La recorría confuso por la orilla, pero impasible, como si sus pies tuvieran vida propia y una brújula. De pronto se le apareció delante una mujer con un vestido blanco y una corona de espinas; era la mujer más bella que había visto nadie, de ojos azules muy claros, casi como los de Andrea, pero más serenos, una sonrisa regia, una nariz perfecta, piel blanca pálida, de aspecto amable, con las manos recogidas sobre el vientre, alta y delgada y con una melena castaña que le resbalaba ondulada y suavemente encima del pecho derecho hasta el ombligo. Cuando Máximo se acercó lo suficiente a ella, sus pies se anclaron al suelo y ella comenzó a hablar con la voz más dulce y calmada del mundo.

—Hola, Máximo, ¿sabes por qué estás aquí?—

—No, señorita, pero ¿quién es usted?—

—Estás aquí porque se te ha encomendado una misión, yo soy tan sólo la mensajera—.

—¿Qué misión?¿Qué es este lugar?¿Dónde estoy?¿Estoy muerto?—

Ella sonrió ampliamente y le tendió la mano.

—No me defraudas nunca, siempre tan curioso. Dame la mano, vamos a pasear—.

Él se la tendió y empezaron a caminar por la orilla.

—Este lugar es el lugar que hemos escogido para la reunión que rara vez ocurre entre ángeles y humanos, pocos son los que han visto este lugar, este es el Jardín que Dios lleva reconstruyendo desde Adán—.

—¿Eres un ángel? No entiendo nada—.

—Específicamente soy tu ángel, desde el día que fuiste concebido el Señor me encargó tu protección. Últimamente ningún ángel dura con su protegido más allá de los doce años pues el Diablo, emperador de la Tierra, los corrompe con falsos ídolos y vicios hasta que nos echan de su lado, pero tú, tú te has mantenido incorrupto todo este tiempo, has llenado de felicidad la vida de desconocidos y cercanos con tan sólo tu presencia y has enmendado cada uno de tus errores. Es por todo ello que Dios no sólo me pidió que le hablara de ti, sino que, pasara lo que pasara, era imperativo cuidarte. A los oídos del Demonio llegaron estas palabras e intentó por todos los medios acabar contigo, fue él quien movió todos los hilos necesarios para que aquel camión te llevase por delante, fue él

quien intentó hacer que te sumieras en la más profunda tristeza y te quitaras tú mismo de su camino, fue él quien te hizo acabar en clase con uno de sus más fieles fanáticos y he sido yo quien ha hecho todo lo posible para mantenerte con vida—.

—Te doy las gracias por todo lo que has hecho por mí, pero ¿por qué soy tan importante? ¿Qué tengo de especial?—.

—Eres uno de los dos únicos adolescentes que conservaron su ángel pasados los quince años y, además, eres quien no ha temido encarar al Demonio y vencerle en batalla varias veces. Una de las que más me llenaste de orgullo fue cuando estabas en cama sin poder hacer nada, triste y roto y decidiste probar la lectura. Fui yo la que te puso las Meditaciones de Marco Aurelio sobresaliendo de la estantería después de terminar aquella novela de Zafón; recuerdo cuando lo abriste y la cara de felicidad que pusiste al encontrar la voz que necesitabas en esos momentos para seguir adelante—.

—¿Fuiste tú?—

Hubo una pausa acompañada de su sonrisa y Máximo volvió a preguntar.

—¿Quién es el otro?—

Ella volvió a sonreír.

—No puedo decírtelo, sin embargo, puedo decirte que ya la encontraste—.

—¡Oh! ¿Y qué he de hacer?—

—Has sido encomendado para traer la Espada a la tierra y derrotar al Mal. También he de avisarte, la guerra será larga y, parafraseando las palabras del Señor, puede que te tome toda la vida devolver la hegemonía de la Tierra al Bien y que los hombres sean aptos para recibir los Dones y recuperar a sus ángeles. Te espera un futuro luminoso si sigues por la senda correcta, yo mientras seguiré velando por ti en cada momento, pero no puedo susurrarte al oído lo que tienes que hacer en cada instante, así que confío en tu buen obrar y tu capacidad de decisión. De igual manera, intentaré mostrarme de vez en cuando en sueños y aconsejarte cuando lo necesites—.

Ella se frenó en seco y se giró hacia él.

—No puedo llevarte más lejos. He de despedirme ya—.

—¡Espera! No me has dicho tu nombre—.

Le besó la frente de puntillas y susurró casi inaudible un nombre:

—Almudena—.

Máximo despertó en una habitación sobria de hospital que tan sólo iluminaba la presencia de Andrea. Eran altas horas de la noche y ella estaba dormitando en una silla rígida con un pañuelo entre las manos y un rayo de luna que se colaba por la persiana le estaba dando directamente en la frente.

Máximo se quedó pensando hasta el amanecer en aquel encuentro y en lo que le había dicho aquella mujer.

—¿Qué he de hacer? ¿Qué ha querido decir con “traer la Espada”? Es una cita bíblica, pero no sé a qué se ha referido. ¿Literalmente me ha pedido que vaya por el mundo solucionando problemas como un caballero hidalgo? ¿Es algo figurado? Probablemente, pero aún así, ¿cómo “traigo la Espada”?—

Hizo una pausa en su verborrea mental y dejó que esa idea se deslizara hasta un cajón de su mente mientras ponía sus ojos en Andrea.

—Pobre Andrea, lo que tienes que aguantar, ¿cuánto llevarás ahí esperando que despierte? ¿Y cuánto habrás llorado viendo que no?—

Calló su reflexión durante unos segundos que aprovechó para observarla.

—¿Serás tú la otra persona con Ángel de la Guarda? Motivos para conservarlo tienes más que yo, pero tu pasado es todavía incógnito para mí, nunca me has hablado demasiado de él, tal vez te estuvieras redimiendo de algo y ese algo fue lo que hizo que se marchara o puede que sólo fueras mártir en aquel sitio. ¡Oh, Andrea! Si supieras cuánto te amo y cuánto me duele hacerte mal...—

Amaneció. Amaneció en diciembre y con un extraño aroma a puro en la habitación, provenía de la ropa del viejo policía que tenía la misión de esclarecer lo que había ocurrido hacía dos días en una callejuela del centro-sur de Madrid. Con su voz de chupatintas y funcionario vago despertó a Andrea de un respingo.

—¡Joven! Al fin ha despertado, pensé que iba a tener que volver a venir por aquí. En fin... cuéntame qué te pasó para llegar al hospital con siete puñaladas en el pecho—.

—Uno de los cadáveres me llevaba... nos llevaba haciendo la vida imposible a todo el colegio, y en especial a ella y a mí. Se comportaba como si fuera Al Capone, cobrando a todos los chavales para que no les canearan y luego vendiendo drogas en el parque. Ese tipo, Nacho, me llevaba amenazando para que le pagara desde el primer día de bachiller, pero ayer nos encerraron en esa calle y nos tuvimos que defender. También es el responsable de la quema de iglesias y parroquias por los alrededores del instituto—.

—Bien, apuntado. Ya recibirás una citación para el juicio—.

En realidad ese tipo no había apuntado nada de lo que había dicho Máximo, lo había trastocado todo; órdenes desde arriba, muy arriba.

Capítulo 6: Orden

—¡Orden en la sala! Siéntense —exclamó el juez mientras golpeaba su martillo.

—Comienza el juicio de Núñez de la Vega, imputado de triple cargo de homicidio —indicó el fiscal.

—¿Cómo se declara el acusado? —Preguntó el juez.

—Inocente—.

Máximo se mostraba tranquilo y decidido aquella mañana de enero en los juzgados de Madrid aunque, por muy recto y formal que se mostrara de cara a los demás en ese traje azul marino y zapatos relucientes, por dentro estaba inquieto.

Aquel lugar era el escenario del peor asesinato de la historia, el asesinato de la Justicia por medio de su propia espada. Suficientes historias de cercanos y conocidos había escuchado Máximo sobre la parcialidad de los jueces y su vocación por destruir vidas de gente honrada como para saber que tenía una posibilidad entre un millón de salir sin cargos de aquella sala.

Por si fuera poco, la sala tenía a gente de la peor calaña observando, anotando y grabando: periodistas. Sabandijas que se tiraban a una gota de sangre en el mar de la sociedad como un tiburón, expertos

en destrozar la imagen de cualquiera si así se lo pedían sus jefes a cambio de un salario mísero.

A la entrada había identificado a reporteros de la SER, TELECINCO, ANTENA 3, LA 1, TELEMADRID y LA SEXTA, dentro sólo quedaban escondidos, y de incógnito burdo entre el público, los malnacidos de LA SEXTA.

—Se le imputa de triple homicidio en una pelea callejera con compañeros de su aula del colegio Salesianos San Miguel Arcángel. Según la versión de uno de sus supervivientes usted y su novia se lanzaron a por el grupo de amigos de Antón Martín, en el cual estaba Ignacio Sáenz, hijo del cargo socialista Rodrigo Sáenz, al grito de “¡Viva Franco! ¡Viva la Muerte!” y en el transcurso de la misma resultó gravemente herido teniendo que ser llevado al hospital 12 de Octubre. ¿Es esto correcto?—

—Nada más lejos de la realidad, señoría. Era por la mañana, mi amiga y yo nos disponíamos a entrar a clase cuando nos aparecieron esos cuatro con intenciones homicidas y nos defendimos—.

—¿Cómo explica pues que las heridas que le causaron la muerte a Nacho, Gabriel y Fernando fueran hechas por la espalda y en la nuca? —preguntó ácidamente el fiscal.

—Porque a mí me dejaron sangrando en el suelo cuando la acorralaron a ella contra un coche. Me saqué una navaja que me habían clavado en el pecho y cargué contra ellos—.

Después de varias horas de intenso e inquisidor juicio a Máximo, se decretó que debía entregar su pasaporte y en días siguientes se reanudaría el juicio; también sería llamada a declarar Andrea.

—Se llama a declarar a la segunda acusada, Andrea García Robles—.

Andrea se sentó en la misma silla que se había sentado días antes Máximo, pero ella se mostraba más inquieta. Sabía como él el funcionamiento de la justicia en estos tiempos.

—¿Cómo se declara?—

—Inocente—.

—Como ya se expuso en la sesión anterior, usted y el señor Núñez mataron por la espalda a Gabriel Sinagoga, Ignacio Sáenz y Fernando de Cuevas. Este fue el testimonio que mantuvo desde la denuncia hasta el juicio el único superviviente de sus actos, Antón Martín. Pero, ¿es esta versión correcta?—

—No, es falsa. Máximo y yo estábamos de camino al instituto cuando salieron de entre los coches ellos cuatro, Nacho como cabecilla, para cumplir las amenazas que nos habían hecho desde el primer día de curso. Ignacio se dedicaba a cobrar a todo el instituto

dinero por que su banda no les pegara una paliza y nosotros no habíamos cedido. Máximo ya había recibido palizas de ellos cuando aún se estaba recuperando de su grave lesión—.

—Muy bonita la historia de mafiosos, pero esto no es la oficina de un director de cine, ¡esto es el Tribunal Superior de Justicia! —el fiscal era despiadado como pocas hienas lo son.

—¿Qué pruebas tiene usted de lo que acaba de contar? —Preguntó el juez.

—Ahora que el mal mayor está muerto, estoy segura de que el instituto entero podría verificar lo que he dicho—.

—Entonces mandaremos una citación a todos los alumnos y si desmienten su afirmación también será cargada por difamación y declarada culpable junto a su amigo de asesinato—.

Maldito el fiscal González, ese hombre era un fiel perro del Gobierno y el propio Sáenz le había untado con varios miles de euros para que fuese especialmente canalla.

—De acuerdo—.

—En vista de que se necesita la declaración de los compañeros de los acusados para continuar el juicio, cierro la sesión por hoy y se reanudará en tres días cuando todos los testigos de las supuestas fechorías de los asesinados sean convocados. Se disuelve la sala—.

Dijo con profunda voz el juez.

A la salida, Máximo y Andrea tuvieron que pelearse con los micrófonos y las cámaras de esos buitres llamados periodistas, pero una vez en casa de ella llamaron a todos sus compañeros pidiéndoles que dijeran la verdad en el juicio cuando fueran apelados a testificar. Con Nacho en una bolsa de plástico y nadie que se hubiera erigido como segundo déspota, todos aceptaron.

Uno tras otro fueron pasando por esa sala confirmando lo que Andrea había contado sobre Nacho, ante el rápido aumento de calvicie del fiscal a base de tirarse de los pelos porque se estaban torciendo sus planes drásticamente y encima este juicio, por mucho que quisieran tergiversarlo en la prensa, estaba siendo grabado y siendo seguido en directo, demostrando delante de todos que Máximo y Andrea eran inocentes y el hijo del ministro de Educación un mafioso.

Por acto de una fuerza superior, Máximo y el juez de su caso se encontraron en el baño y entablaron una corta conversación.

—Máximo, ahora que estamos solos y yo con las defensas bajadas, te puedo contar algo que probablemente ya sabrás: el fiscal está comprado por Sáenz—.

—Eso me pareció desde el primer momento, pero ¿a qué viene esto mientras tiene otra cosa entre manos?—

—Como puedes observar, soy viejo, soy de los jueces que creen en la separación de poderes y la democracia, por eso rechacé el maletín que me ofrecieron y que aceptó el fiscal. Honestamente, yo ya tengo claro que eres inocente, así como Andrea, pero me temo que si lo hago público, más valdrá que forjes una vida digna de aparecer en la historia porque entonces mi muerte habrá sido en vano—.

—Ya veo por donde va, le ofrecieron el dinero o una bala en la nuca—.

—Sí, así que encuentra pronto al conocido como Antiguo Norte, esa asociación les está causando más dolores de cabeza que cualquier héroe solitario a todo el Estado—.

Se subió los pantalones, se lavó las manos y se fue.

Antiguo Norte era una asociación de liberales, conservadores y reaccionarios de la cual él mismo era miembro, aunque ese nombre era el que le habían adjudicado los inspectores de policía a su comunidad, no el verdadero.

A los pocos días, y con todas las pruebas aportadas, el juez declaró inocentes de todos los cargos a Máximo y Andrea alegando que la muerte de aquellos tres fue en defensa propia en medio de una pelea que habían iniciado los propios fenecidos. Una semana después encontraron en su casa al juez con un revólver en la mano derecha y

los sesos esparcidos por toda la pared del salón, un homicidio encubierto de suicidio. También apareció el fiscal González en formato cadáver, pero éste estaba colgando de un puente sobre el Manzanares.

Parte 2: Cosme Damián

Churruca

Capítulo 7: Adapto Ergo

Supersum

Año y medio después.

—¿Qué harás ahora que has terminado bachillerato? ¿Tienes algún plan? —Preguntó Andrea con la cabeza apoyada en el hombro de Máximo mientras observaban la puesta de sol sentados en un banco del Retiro.

—Tengo planes desde luego, pero no sé si algún lugar será el adecuado. Detestaría tener que huir de España, pero entre el desastre estatista en el que se ha convertido y lo que ocurrió con Nacho, casi me veo obligado. ¿Y tú?—

—Con el español, el francés, el inglés y el italiano puedo ir a casi cualquier lugar así que... no obstante, tengo preferencia por Suiza. Estudiar medicina allí puede ser un gran reto, pero me pasa como a ti, no quiero dejar mi patria atrás... ni a ti—.

—Yo, en el caso de quedarme, tengo claro que una carrera no es lo mío, bastante he sufrido a los profesores desde Infantil—.

Pasaron unos meses y se encontraron besándose, tal vez por última vez, frente a una puerta de embarque en el aeropuerto

Adolfo-Suárez. Ese beso sabía a amarga despedida que ninguno de los dos quería tener que dar aunque se lo estuvieran dando.

Él desde la cristalera de la cafetería y ella desde su asiento en el avión, lloraron, sus caminos se separaban posiblemente para siempre.

Aquel veintidós de julio pasaría a sus memorias como el día más triste de sus vidas y, sin embargo, no podrían lamentarse durante demasiado tiempo; Andrea empezaba la universidad el diez y Máximo tendría las pruebas de acceso a la Armada a principios de septiembre.

Andrea, a diferencia de la gran mayoría de gente que solía ver por Berna, no tenía dinero. Había conseguido establecerse allí en una residencia de estudiantes, hacinada en un pequeño dormitorio con las paredes descascarilladas en un piso que compartía con dos suizas y un italiano, pero desde luego lo último que era era un lugar plácido. Sus padres le pudieron costear el billete de ida y el primer cuatrimestre de la universidad, pero lejos de la ilusión que puede crear la oración “me fui con dieciocho años a Suiza para estudiar Medicina” el calvario que pasó la pobre fue digno de novela.

Para empezar, tardó mucho tiempo en acostumbrarse a la frialdad de sus gentes y al acento, Andrea sabía hablar y escribir dos de las cuatro lenguas oficiales de Suiza, pero aún así no era capaz de saber

qué le decían y no tenía a nadie que la consolara por las noches. En Suiza no consiguió hacerse querer ni entender hasta pasado un gran tiempo.

El propio tiempo la puso más de una vez al borde de la ansiedad. Ella estaba allí de alquiler, tan sólo tenía asegurados cuatro meses de estudios, si quería quedarse, debía trabajar, ¿pero cómo trabajar si no entendía a nadie y cada vez estaba más frustrada? La casa de locos a la que había ido a parar no ayudaba en nada, encima la trataban con desprecio y como a su sirvienta. Pese a todo, consiguió sacar el primer cuatrimestre apretando los dientes e hincando los codos como nunca.

Un golpe de suerte o, mejor dicho, un golpe por la calle, le brindó una salida y la calma que necesitaba. Era una tarde fría de diciembre cuando, ensimismada y arrebujada en su abrigo, chocó con un hombre tan preocupado y estresado como ella, Sébastien. Ese gigante esbelto de tupé perfecto y barba recortada vagaba por las calles cuando Andrea y él tropezaron con el otro al doblar una esquina y cayeron al suelo nevado.

—¡Oh! Lo siento mucho, señor, disculpe—.

—Diables! Tu es Espagnole?! —le preguntó desde el suelo con gran emoción y una sonrisa de oreja a oreja.

—Oui monsieur, je suis Espagnole. Pour quoi?—.

—J'ai besoin d'un espagnol pour traduire des livres dans ma maison d'édition!—.

Aquel hombre vivía amargado porque los pocos españoles e hispanoparlantes que vivían en Suiza ya tenían otras ocupaciones y necesitaba con urgencia un traductor para su pequeña editorial que pudiera traducir las obras de autores españoles al francés.

En cuanto Andrea escuchó la proposición de aquel señor desesperado los ojos se le pusieron como platos.

—¿Veinticuatro mil francos suizos al año por traducir novelas desde casa?! ¡Dios mío, que me desmayo! Bien sûr, Sébastien! Quand je commence?—

—Demain nous signons le contrat et lundi je vous envoie le premier livre à traduire—.

Justo cuando Andrea se veía al borde del colapso, como caído del cielo, aquel hombre le ofrecía un trabajo compatible con sus estudios y con un salario suficiente como para poder vivir en Suiza decentemente.

Aunque el empleo no le duró demasiado tiempo, apenas cinco meses, porque a Sébastien le iba el juego y en una noche de borrachera apostó los zapatos y la editorial. El hombre con quien se la apostó, Jean-Pierre Pallois, decidió que la pequeña editorial no era lo suficientemente fructífera así que decidió cambiarla por

completo. Reutilizó el local y la transformó en una sidrería. Desgraciadamente, Andrea se vio de nuevo con una mano delante y otra detrás.

Durante todo el verano fue de entrevista en entrevista de trabajo, le valía cualquier cosa: intérprete, camarera, cocinera, dependienta... y al fin sus esfuerzos y plegarias dieron fruto. Estaba en una cafetería del centro de Berna merendando con los libros abiertos al lado cuando se fijó en que su camarera llevaba una pulsera de España y estuvo dudando durante toda la merienda si hablarla, dudó tanto que fue en un lapsus que atrajo la atención de su salvadora.

—Est-ce que je peux te ranger la table?—

—Sí, ¡gracias!—

—¿Eres de España? ¡Toma ya! Debemos ser las únicas en esta ciudad. ¿Cómo te llamas?—

—Andrea. ¿Tú?—

—Sheyla. Dime, ¿qué te trae por estos lares?—

—Estudios. Y precisamente respecto a eso estaba pensando. Mira, Sheyla, me vine aquí hace un año y he estado trabajando para pagarme la carrera, pero hace dos meses que me echaron y no consigo nada, ¿me podrías echar un cable?—

—Obvio, ¿de qué tienes experiencia? ¿Qué sabes hacer?—

—Bueno, antes de venir aquí estuve en un bar en Madrid y mi último trabajo ha sido traduciendo libros—.

—No se hable más, yo necesito a alguien para las noches, ¿te viene bien?—

—¡Madre mía! Sí, claro que sí, Sheyla, ¿cuándo empiezo?—

—Mañana echamos la firma y te vienes a las seis para tu primer día—.

Andrea trabajó en el restaurante de Sheyla durante toda su estancia en Suiza y con ello pudo pagarse los estudios y el alquiler de un pequeño piso. Aunque la machada le acabó pasando factura porque la carrera cada vez le exigía más tiempo. Tras tres años dejándose la piel y haciendo sobreesfuerzos se quedó escuálida y con una apariencia enfermiza.

Muy distinta fue la suerte de Máximo, él acabó destinado en la fragata Alváro de Bazán como operario de armas, donde hizo una gran amistad con Daniel Escribano, el tipo de los misiles. Era un hombre tosco, gracioso y bruto de la Cuenca profunda, aparte de un bicho de metro ochenta y cinco y cien kilos de puro músculo. Máximo encontró en él un refugio porque era de los pocos que había visto en la base y en las maniobras con verdadera vocación, todos los demás estaban por el puesto vitalicio y la titulación técnica que daba el Ejército.

Ellos dos compartieron camarote a partir de sus segundas maniobras en el Mediterráneo y más de una vez fueron arrestados por el escándalo pasado el toque. Se contaban las vivencias por la noche antes de dormir y las carcajadas se podían escuchar dos pisos por encima.

Al final consiguieron atraer la atención del resto de la sala de armas y acabaron siendo una piña de doce muy cohesionada y que le daba al teniente un dolor de cabeza horrible.

Después de los primeros años que tenían que hacer por contrato, la piña se quedó en ocho, cuatro de ellos se marcharon del Ejército y se buscaron la vida con su título de sistemas electrónicos. Máximo aprobó los exámenes de oficial y ascendió a teniente de navío, ahora sería él quien llevase la sala de armas de la Álvaro de Bazán. Pero en el panorama nacional cada vez las cosas estaban peor, la deuda pública por las nubes, el paro en máximos históricos, la violencia y los crímenes subiendo drásticamente y habían comenzado los asesinatos políticos encubiertos de suicidios. La gente que había conocido Máximo en las redes habían salido a la calle y habían sido encarcelados por “golpistas”.

Por si fuera poco, el Gobierno había abierto las puertas a los inmigrantes ilegales de todas las partes conflictivas de África y Oriente Medio con el apoyo de Marruecos, Argelia y Libia.

Los españoles cada vez vivían peor y cada vez se tragaban mentiras más gordas.

En su barco, Máximo comenzaba a ver entre sus compañeros más jóvenes actos de rebeldía contra el Gobierno y un claro desprecio hacia todos los políticos, y eso le daba esperanzas de que, tal vez, algún día el escenario cambiase.

Capítulo 8: Ascensus

Un día de abril las noticias de todos los telediarios abrieron con la misma noticia: *Marruecos ha invadido Ceuta y Melilla y su flota está a escasas millas de Canarias.*

Los subordinados de Máximo lo tenían claro, habría guerra contra Marruecos por mucho que el Gobierno fuese por la vía penal internacional. Daniel respondía así a la pregunta que hizo a toda la sala de armas antes de recibir el comunicado del capitán de que ponían rumbo a Rota.

—¡A por los putos moros! Tengo cuarenta cohetes con manteca de cerdo para ellos—.

Toda la sala se volvió un espectáculo de vítores y golpes e insultos a los marroquíes.

Máximo se subió a una mesa y gritó: —¡¿Vamos a permitir que ocurra lo mismo que en el 711?!—

—¡No! —Respondió toda la sala en un solo grito.

—¡¿Vamos a permitir que se siga mancillando el nombre de España?!—

—¡No! —Respondieron de nuevo.

—¡Pues limpien las armas y sáquele brillo a las balas porque nos vamos de caza!—

La estancia volvió a estallar en un jaleo de vítores y coros que exclamaban: ¡Má-ximó! ¡Má-ximó!

Entre todo el ruido se escuchó la voz del capitán, Julio Arévalo, que acababa de entrar allí. Era un hombre de estatura media en sus cincuenta pasados, su pelo ya empezaba a estar plagado de canas aunque la gorra se lo tapara en su mayoría. Su cara arrugada había sufrido los achaques durante años de la luz solar y su profunda y áspera voz denotaba años de fumador.

—Les veo muy animados, señores. ¿Saben que tengo órdenes de ir a Cádiz y esperar a que el felón del presidente o los Altos Mandos nos den más instrucciones?—

Todos callaron, Máximo se giró hacia él y le respondió.

—Tengo la sensación de que vamos al Estrecho sin escalas, mi capitán. Tengo a los chavales muy emocionados como para que ahora nos agüen la fiesta. Sé que usted también quiere llenarles de plomo a esos cabrones—.

—Las órdenes son las órdenes, señor Núñez, no obstante puede que en los dos días de travesía que nos quedan consiga hacerles entrar en razón a los señoritos de oficina—.

—¡Hurra! —Gritaron todos y el capitán abandonó la sala.

Efectivamente, al día siguiente los marroquíes tomaron Canarias y por la tarde la comandancia de la Álvaro de Bazán recibió órdenes

de reagruparse con toda la flota sobre la costa mediterránea. Una flota de cinco fragatas de la clase F-100, seis de la serie F-80 y dos B.A.M. serían los encargados de patrullar el Mediterráneo y escoltar a los buques anfibios de despliegue de tropas una vez hubiera superioridad marítima sobre las ciudades autónomas para su retoma, pero lo más importante y que había llenado de júbilo los dominios de Máximo: el completo uso de la fuerza estaba autorizado.

Se decretaron turnos de patrulla de las aguas en función de la autonomía restante de los barcos, la fragata Cristóbal Colón patrullaría junto a la Santa María en un óvalo desde Cádiz a Almería por la noche y a la mañana siguiente le relevarían la Álvaro de Bazán y la Blas de Lezo mientras el resto se reabastecían en los distintos puertos de la costa andaluza. El plan era claro, ante el bloqueo marítimo de los marroquíes en la ruta a Canarias, el Ejército se centraría en retomar Ceuta y Melilla, haciendo que tuvieran que reposicionar la flota y posibilitar un ataque relámpago a las islas.

La patrulla nocturna fue tranquila y fructífera, sendas fragatas detectaron un gran cúmulo de aeronaves y barcos militares en las inmediaciones de Melilla y a lo largo de la costa africana. Habría

guerra al amanecer lo más probable. Lo que era inimaginable es lo que le sucedió a Máximo en su breve estancia en tierra firme.

Él estaba descansando en la base naval de Rota, Cádiz, cuando recibió una llamada a su teléfono personal, ¡era Andrea! Lo cogió con incertidumbre porque desde Navidad no le había llamado.

—¿Sí...? —Respondió dubitativo.

—¿Estás bien? ¿Estás a salvo? El mundo está en shock con lo de Marruecos, malditos bastardos. ¿Estás de maniobras? ¿Estás herido? ¿Te han hecho algo esos perros? Te he estado llamando hoy, pero no me lo cogías y estaba muy asustada —iba saltando de un tema a otro sin hilar dos oraciones, probablemente estuviera llorando al otro lado de la línea.

—¡Eh! Andrea... estoy bien, estoy en la base, salgo mañana a patrullar el cacho de mar que nos separa de ellos. Cuéntame, ¿cómo estás tú? ¿Acabaste la carrera?—

—Sí. ¡Sí, he aprobado el trabajo final hoy mismo!—

Se hizo un pequeño silencio que no se llenó hasta que Andrea conectó con las palabras que quería decir.

—Esto... no te lo tomes a mal, pero espero que no me visites—.

—¿Qué...?—

—Sí... voy a trabajar en los hospitales de campaña y desde luego preferiría que no me tuvieras que visitar—.

Máximo soltó una carcajada y ella una risa nerviosa.

—Al menos la tragedia no te ha quitado el humor—.

—Sí. Mañana vuelo de Berna a Málaga—.

—Bien, bien, es una gran noticia. Estaré todo el día en el barco, pero la tarde la tengo libre y hay un pinchazo en el pecho que desde hace tiempo quiero mirármelo—.

—¿Sí? ¿Y cómo es?—

—Doloroso, nocturno, crónico...—.

—¿Sabes?, a mí me pasa algo parecido, pero sólo cuando pienso en... en ti—.

—¿Algún día podremos recuperar el tiempo perdido?—

—No lo sé —claramente se le escuchaba la voz rota y casi cómo las lágrimas se le escurrían por la mejilla—, seis años y no ha pasado un sólo día en el que no piense en ti. Me he levantado innumerables veces abrazada a la almohada y con un “te quiero” en los labios que deseaba podértelo susurrar al oído como buenos días—.

Él también empezó a llorar.

—Si supieras cuántas noches de vigilia he pasado sentado en la proa del barco admirando la Luna y preguntándome si todo esto ha valido la pena, si no haberme ido contigo fue lo correcto, si...—.

—No mueras mañana, por favor, quisiera poder volver a abrazarte en esta vida—.

Secándose las lágrimas exhaló un “prometido”.

Después de colgar, Máximo sacó de un armario la botella de Ballantines' que le había acompañado intacta durante cuatro años, era el whisky favorito de su padre, un bourbon como pocos, pero que jamás había catado y sin embargo le había dado el mismo efecto que si hubiera bebido de ella. Siempre que la sacaba era igual, se sentaba y la contemplaba mientras en su cabeza surgía la disputa de caer en el vicio y la solución fácil y cobarde o afrontar los problemas *cum gladio et sale*. Esa noche el debate fue más airoso que nunca. Por momentos, Máximo se llevaba la botella al regazo, estaba a punto de descorcharla, pero no terminaba de hacerlo. Al final, optó por guardarla e intentar dormir las escasas cuatro horas que le quedaban de noche, mas la benevolencia de Almudena decidió que aquel momento era el adecuado para aparecérselo después de nueve años.

De nuevo se encontraba caminando aquella majestuosa playa virgen y, casi en el horizonte, se encontraba su ángel de la guarda; misma apariencia que la última vez, misma mirada dulce y misma sonrisa regia.

—Hola, Máximo. Bienvenido—.

—Hola, Almudena—.

—Aunque hayan pasado años, no me he olvidado de ti, he estado observándote en cada momento y admirando todo cuanto estabas haciendo—.

—¡Gracias! Me alegra estar aquí de nuevo, sobre todo hoy. Supongo que has visto lo que ha pasado hace un momento y me gustaría preguntarte una cosa—.

Ella le tomó la mano y empezaron a caminar.

—Pregunta—.

—¿Podré casarme con ella?¿Podré ser feliz con Andrea?—

—No debería decírtelo, pero no puedo negarte esa respuesta después de todo lo que has sufrido. Sí. El futuro es mutable en todo momento, pero si vuelves mañana a casa, la podrás ver por el resto de tus días y nunca más desaparecerá de tu vida, te lo prometo—.

—He rezado tantas veces por que algún día pudiera volverla a ver—.

—Me he reunido con Daniel, protector de Andrea, y tras conversar con él y consultar a Dios hemos concluido que si os casáis, no habría fechoría demoníaca que os pudiera dañar, vuestra bondad es tan grande que no hay poder del Diablo capaz de igualársele. De vuestra unión sólo puede florecer el Bien—.

—Mañana será el día decisivo entonces. Todo o nada—.

—Mañana será el peor día para nosotros, si consigo que el sol luzca sobre la bruma y las nubes, sabe que estaré contigo en todo momento—.

—¿Cómo va el pulso? ¿Hemos conseguido algo que no alcanzo a ver? El mundo que conozco está tan envenenado que no parece que haya hueco para una mano salvadora, donde damos un paso, ellos nos hacen retroceder cuatro—.

—Más de lo que esta situación te permite observar, estás haciendo un gran trabajo, querido Máximo. Recuerda, el cambio del mundo comienza por un cambio en ti mismo y tú, desde luego, has cambiado mucho en estos años—.

—¿Si mañana muero, dónde iré? ¿Quién me llevará?—

—*Te hagan marchar como te hagan marchar, te recogerán las mismas sábanas que te vieron crecer y el sueño agradable en el que a veces te sumergías ayer se volverá eterno—.*

—¿Qué quieres decir?—

—Piensa con el corazón y mira con el alma, así lo sabrás—.

—Lo... lo intentaré—.

—Bueno, querido niño, hasta aquí te puedo llevar—.

Se puso de puntillas y le besó la frente.

Capítulo 9: Præ Bellum

Dieron las cinco y media de la mañana y Máximo despertó completamente descansado para su asombro.

—Otro de los dones de mi ángel, supongo —se dijo a sí mismo.

Bajó a desayunar y se encontró con un comedor amplio y sobrio, con las paredes de gotelé blanco amarillento y un largo mostrador para pasar con las bandejas de metal y recibir la comida. Justo allí se percató de la presencia de su querido amigo, tan dormido que iba dando tumbos.

Le tocó la espalda en la cola de los desayunos y se dio cuenta de que de verdad estaba a punto de quedarse dormido de pie.

—¿Mala noche?—

—Peor día mi pana, me apuesto la mano a que tenemos que disparar antes de que me pueda volver a la cama. Pero, sí, estoy que me caigo—.

—Se te ve, se te ve. Un colacao con porras lo arregla seguro—.

Se sentaron con sus respectivos desayunos en la mesa donde estaban sus compañeros, aquella mañana el comedor era entero de la tripulación de la Álvaro de Bazán, no había más ruido que el de las cucharas y los vasos repiqueteando mientras los tripulantes removían aletargados su bebida.

En medio del desayuno, Israel, alias “Grimmer” y el operario del cañón MK45, le preguntó a Máximo cómo es que estaba tan calmado desayunando como si fuera una mañana más, si no le turbaba que estuvieran en guerra y que hoy podría ser su último día, a lo que, dejando el vaso sobre la mesa a medio beber, Máximo le respondió confiado:

—Hoy salimos todos nosotros a defender a nuestras familias. Su presencia se arropa bajo el pabellón —empezó mientras le señalaba con el índice derecho—. No es otra emoción la que puedo sentir salvo agradecimiento por tener tamaño honor, además, mírate lo que llevas colgando de tu cuello, no te lo quitas ni para dormir ¿y ahora vas a perder la fe en Él, ahora vas a dejar de creer que te está cuidando?—

Esas palabras calaron hasta el fondo del muchacho asustado y le sacaron el miedo. Al recién alumbrado le cambió la expresión de la cara por completo y todos los compañeros enmudecieron mientras ambos mantenían la mirada. Daniel, recién vigorizado por lo que acababa de decir su amigo, empezó con los cánticos —¡Má-ximó! ¡Má-ximó! —Y de pronto toda la mesa se le unió—. ¡Má-ximó! ¡Má-ximó!—

El escándalo hizo que la mesa de los oficiales se girara entera hacia el epicentro del ruido.

—Maldito loco, primero no respeta los galones y se sienta con la tripulación como un mero cabo más y ahora monta este jaleo, no sé cómo no lo ha expedientado ya, capitán, —se quejaba el segundo oficial, Óscar Martínez.

—Porque es un joven sobresaliente, señor Martínez. Mírele, veinticinco años recién cumplidos y es teniente. He visto su ficha tantas veces que me la sé de memoria, ese tipo es un luchador nato y un afortunado; lo arrolló un camión y sobrevivió; los médicos dijeron que no sería capaz de correr de nuevo y logró la mejor marca de su promoción en la prueba de las carreras de veinte metros; lo apuñalaron tantas veces como a Julio César y sobrevivió; se enfrentó en juicio por la muerte de uno de sus agresores, el niño del ministro de Educación, y sus otros dos compinches en la pelea y ganó el juicio a pesar de ser su palabra y la de su novia contra la de el otro tonto amigo del de Sáenz. Me he leído hasta sus declaraciones en el juicio una por una, lo poco que le respondió a la prensa y lo que hablaron de él sus compañeros de instituto a los medios... tenemos suerte de que esté aquí, con nosotros, si no, ¿qué nos quedaría para salir hoy a recibir tiros marroquíes? Una tripulación vaga, perdida y quejosa que la guerra más cercana que ha vivido es la última torta de su padre por llegar borrachos a las cinco de la mañana. Máximo los ha enderezado y les ha insuflado un amor por este menester que no había visto en treinta años de

servicio. Ese niño es especial, se lo puedo asegurar, desconozco qué es lo que le motiva a hacer todo esto, pero es un divergente y yo lo agradezco—.

—Con todo el respeto, señor, ¡ha perdido el juicio! Es un revolucionario que habría que echar, ¡mire lo que hizo el otro día en la sala de armas, se impuso sobre usted y le trató como a un igual!—

Por mucho que el corpulento segundo oficial le gritara al capitán, él no le escuchaba, al contrario, pasaba olímpicamente de lo que tuviera que decirle a grito pelado aquel llorón y se dirigía con paso solemne hasta la mesa de Máximo.

La mesa calló de golpe al notar la presencia del capitán y éste le pidió hablar cinco minutos a solas a Máximo. Se lo llevó hasta el pasillo que daba a la cafetería y allí intercambiaron unas palabras.

—Señor, ¿qué necesita hablar conmigo?—

—Necesito saber qué ha hecho para hacerse con los mismos patanes que hace unos años se comían semanas de arresto por desobediencia, ¿qué diablos ha hecho para que haya pasado de avergonzarme de mi tripulación a estar orgulloso de ella?—

—Ejemplo y esperanza—.

—Explíquese—.

—Sólo tiene que observar las mesas hoy —dijo Máximo señalando hacia el interior del comedor—. Los hombres a cargo de ellos se

sientan en una mesa aparte, duermen en departamentos aparte, comen diferente a ellos, pero ni mucho menos han pasado por donde ellos. Bueno, salvo usted, treinta y tres años de servicio, siete hasta que ascendió a oficial, por ello usted se ha acercado a mí mientras su segundo le increpaba por ello. Esos hombres no entraron aquí por vocación, no en su gran mayoría; yo sí. Esos pobres entraron aquí buscando un empleo vitalicio y un salario mejor que el que las cada vez más menguantes empresas podían ofrecer. Pero aquí y en el barco, miro a unos y a otros y veo compañeros y amigos; no subordinados; no ex amigos que separaron los galones otorgados vía examen. Mi uniforme presenta una banda más grande que los suyos, pero si no tengo su respeto, si no soy merecedor de la autoridad, ¿cómo van a seguir mis órdenes? Si ellos no siguen mis órdenes, ¿quién las seguirá? Nadie. Ellos son los que en el transcurso de esta guerra van a recibir los disparos, van a despedirse bruscamente de esta vida y muchos de ellos no podrán decirle adiós a su familia. No usted; no Martínez. Ellos van a darse cuenta de que esto no es un juego y de que ellos no son funcionarios, sino soldados. Muchos ya han despertado y esperan que sus Mandos estén a la altura—.

—Me fascinas, tanta madurez en una mente tan joven—.

—Corre el rumor de que ojea mi ficha de vez en cuando, supongo que sabrá de dónde vengo. Mi padre sirvió como radio en el

Dragaminas y el Aragón y fue precisamente la patanería de sus compañeros la que hizo que se fuera de la Armada. Si ha leído mi expediente, sabrá que yo tampoco la soporto, pero soporto menos la hipocresía y la cobardía de quien viendo un peligro se queda de brazos cruzados esperando a que otro actúe. Mi antiguo superior era de esos a los que un galón de más se le subía a la cabeza aunque no estuviera respaldado nada más que por información vacía vomitada en un papel; para mí estar a cargo de dieciséis muchachos significa mucho más que dar órdenes y ser un capullo que arresta porque sí, para mí este galón significa que soy responsable de las vidas de cada uno de ellos y a partir de hoy se verá quién está aquí por amor y quién por conveniencia. Si me permite el consejo, le aseguro que preferiría tener de segundo en el puente a Escribano antes que a Martínez—.

El capitán iba a responder justo cuando el grito del segundo oficial dando la hora le cortó.

—Hora de embarcar. Reanudaremos esta conversación cuando estemos de vuelta—.

Capítulo 10: Amanecer

Se aposentaron cada uno de los doscientos dieciséis hombres en sus puestos y partieron rumbo al Estrecho. Iba a ser casi el amanecer cuando Máximo recibió un mensaje en su teléfono: —Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela—. Era una extraña forma de Andrea de desearle suerte, pero todo apuntaba a que la fortuna no iba estar de su parte, el cielo estaba encapotado y acababa de entrar un mensaje de radio de la Blas de Lezo indicando que había un gran tránsito marítimo en el estrecho y todo eran buques de la Marina Real de Marruecos. Lo más probable era que estuvieran intentando formar un muro de contención para que ningún barco pasara sin su consentimiento.

—Menudo día movidito vamos a tener —dijo Daniel.

—Les superamos en fuerza, no hay nada que temer —zanjó Máximo.

Habían llegado a Zahara de los Atunes cuando otro mensaje, esta vez de auxilio, entró en el barco.

—¡Mayday! ¡Mayday! ¡Son siete y tienen un destructor pesado! ¡Nos han encerrado a la altura de Algeciras y no hay cazas disponibles para guerra aire-superficie! ¡Necesitamos apoyo!—

Inmediatamente se tocó zafarrancho de combate y la fragata entera entró en ebullición, se escuchaban pasos histéricos y gritos por los pasillos aledaños a la sala de combate, en ella la tensión se podía cortar con un cuchillo y todos y cada uno de sus integrantes estaban con los nervios a flor de piel. Ninguno de los hombres en esa sala había experimentado la guerra en sus carnes y esa mañana podría ser la primera y última. Los religiosos rezaban y los agnósticos cruzaban los dedos, sea como fuere, todos invocaban a una fuerza superior para que les ayudara.

Y, de pronto, la calma antes de la tormenta, se avistaba ya África cuando el comandante ordenó a “Combate” localizar la Blas de Lezo. Máximo se giró hacia Ángel, el operador de radar, y chasqueó los dedos mientras por megafonía el capitán seguía dando las instrucciones de derribar todo barco marroquí cercano.

—Señor, la tengo, está a punto de ser capturada por siete barcos. Tres medianos, tres ligeros y uno descomunal a escasas tres millas de Gibraltar—.

Máximo agarró el micrófono y se lo comunicó al puente.

—¡Disparen a los medianos, hay que abrirle una ruta de escape!—

—Recibido—.

Máximo dejó el micrófono y se dirigió a la sala entera.

—¡Caballeros! —Empezó—. Hoy son bautizados todos ustedes en la Guerra. De entre la bruma que nos acompaña saldrán proyectiles

a por nosotros, habrá ruido, meneos, sangre y esquiras, pero cuando acabe el día les prometo que este barco seguirá a flote. Miren a su compañero de la derecha. Miren a su compañero de la izquierda. Cuando vuelva la calma tendrán que seguir aguantándole el careto de patata—.

La sala volvió a explotar en vítores como en el comedor de la base hacía unas horas.

—¡Está bien, muchachos! ¡Daniel, mándales nuestra más tierna bienvenida a esos cabrones!—

—¡Señor, sí, señor! Ángel, ¿coordenadas?—

—Treinta y seis punto cero cuatro ocho siete dos nueve grados norte; cinco punto tres dos uno dos siete nueve oeste. Veinte nudos, rumbo dos siete dos—.

—Primer misil fijado—.

—Segundas coordenadas: treinta y seis punto cero seis uno dos cuatro grados norte; cinco punto dos cinco tres nueve. Dieciocho nudos, rumbo dos seis cinco—.

—Dos en el horno, esperando el timbre, Máximo—.

—¡Fuego!—

Dos misiles salieron del lanzador directos a sus blancos a más de cuarenta kilómetros del buque.

—Radar, ¿algo?—

—¡Impacto! Uno en popa, el otro en babor, siguen en pie por poco—.

—¡Máximo, nos atacan con munición convencional!—

—¿Qué diablos...?!—

Dos disparos de munición de gran calibre impactaron sobre el puente y en estribor de la proa, la fragata se estremeció y empezaron a sonar las sirenas por todo el barco.

Por la megafonía gritaban los suboficiales de todas las alas de proa pidiendo ayuda para sofocar el incendio antes de que llegara a la santabárbara e hiciera explotar toda la munición del cañón.

Entre todo el griterío se apoderó del canal un conmocionado y herido timonel.

—¡El capitán y todos los oficiales del puente han muerto, nos ha explotado en la cara!—

Máximo buscó el micrófono y habló:

—¿Quién es el siguiente mando?—

—Tú—.

Máximo se quedó en silencio durante unos instantes en los que toda la sala le clavó la mirada.

—¿Estás en condiciones de gobernar el barco?—

—Negativo, medio brazo colgando de un tendón—.

—¿Estado de la torreta uno? —Preguntó a la sala.

—Está completamente caput —respondió Israel.

—Vamos a por ti, timonel. ¡Grimmer! Conmigo. ¡Daniel! Fuego continuado, cárgate a todos los que puedas—.

—¡Señor, sí, señor!—

Israel y Máximo abandonaron la sala de armas y corrieron por el barco hasta subir la escalera del puente, allí encontraron a un acribillado timonel en el suelo y restos humanos y sangre por doquier.

—¡Grim, a enfermería cagando leches! Hoy no es su día soldado, todavía no —le gritó a su compañero ayudando a levantar al pobre timonel del suelo.

—¿Tú te quedas aquí? Si nos han dado una vez, no tardarán en darnos otra —le preguntó Grimmer.

—No podemos ir a la deriva. Y ahora, ¡largo!—

Grimmer se llevó a hombros al pobre Christian hasta el ala médica y Máximo se quedó en aquel destrozado puente de mando que tenía un agujero del tamaño de un coche debajo del ventanal.

Agarró el micrófono principal y habló para todo el barco mientras los nuevos proyectiles se ceñían sobre la Álvaro de Bazán.

—Al habla el teniente de navío Máximo Núñez de la Vega, este buque de la Armada está ahora bajo mi gobierno. Me dirijo a todos vosotros, héroes de una nación en crisis, —los cuatro disparos cayeron a los costados del buque sin rozarlo y Daniel disparó dos misiles más—, habéis sido llamados a defenderla y habéis

escuchado la llamada sin rechistar, estoy orgulloso de ello. Pero hoy, este barco de la Armada no es la espada de España ni el escudo de la misma, hoy esta fragata es lo único que se interpone entre esos bastardos y nuestras familias. Hoy somos nosotros, marineros, suboficiales y oficiales bajos los valientes que se levantan contra el caos y la barbarie. Yo lucharé hasta mi último aliento y les exhorto a que ustedes me sigan—.

Por todo el barco se escucharon golpes de júbilo y vítores coreando el nombre del teniente Núñez.

—¡Armas! ¡Vamos con todo, no os cortéis en disparar en cuanto fijéis a uno, si hace falta le mandáis todo, hay que hundirlos como sea!—

Máximo puso rumbo cero noventa, directos hacia la escuadrilla marroquí que proseguía su atosigamiento a la Blas de Lezo. Parecían piratas intentando acercarse para abordarla o una pitón que constriñe a su presa hasta asfixiarla para poder devorarla.

—¡Máximo! El radar dice que la Blas de Lezo se ha rendido, los barcos pequeños abandonan con ella el combate en rumbo uno siete cero —contó Daniel por megafonía.

—¡Mierda! ¿Cuatro contra uno es ahora? Avisa a radio, que contacten con el Mando Aéreo, ¡necesitamos a los *eurofighters* aquí ya!—.

—¡Máximo, ya hemos probado, necesitan una hora para prepararlos y sin cañón principal es una locura ir de frente!—

—¿Cuánto tiempo para el enfrentamiento directo?—

—A este ritmo, quince minutos y estamos a cañonazos con ellos, ¡hay que cambiar el plan!—

—Cierto, ¿los portugueses están cerca? La Francisco Almeida patrullaba el sur desde la semana pasada si no me equivoco—.

—¿Qué tramas?... Sí, me dicen por aquí que está a veinte millas al sureste de Lagos—.

—¡Llamadla y ponedme con su capitán!—

—Hecho—.

Comunicaciones se puso en contacto con la fragata portuguesa por el canal de emergencias inmediatamente y le cedieron el habla a la radio del puente.

—Ah, espanhóis! Qual é o problema? —inquirió el capitán portugués.

—Señor, al habla el teniente de navío Máximo Núñez de la Vega, estamos en combate contra cuatro buques de guerra marroquíes sobre el Estrecho, necesitamos apoyo, el capitán y el primer oficial han muerto de un proyectil contra el puente, nuestra batería principal está muerta y los misiles no nos sirven en rango corto. Le pido ayuda como hermanos—.

Hubo una larga pausa en la que se escuchó al capitán suspirar.

—Deslocamento de seus inimigos? E, como você diz isso?
Desplazamento?—

—¡Desplazamiento! Sí... tres mil, tres mil, cuatro mil quinientos y treinta mil—.

—Você pode repetir o último, acho que não ouvi bem—.

—Tres cero cero cero cero—.

—Você está louco!—.

—Estoy solo contra cuatro, le pido sólo que me dé una hora de vida hasta que nuestros aviones estén preparados, señor... se lo ruego—.

—Você tem sorte que o Estado-Maior Geral me deu ordens para apoiá-los na guerra há cinco minutos, dite sua posição—.

Máximo contactó con Armas por megafonía y les comunicó la noticia, los portugueses se unían a la fiesta. Habló con el resto del barco y entre los disparos enemigos que ni rozaban el casco se escuchó de nuevo la agitación y el fulgor de la tripulación. Antes de abandonar el puente se asomó al agujero que había hecho el proyectil impactado y vio cómo entre las nubes grises lucía un sol estival de las nueve; en ese momento comprendió todo.

—Almudena, no mentías, tú también tenías una batalla que librar—
—pensó.

Llamó a Grimmer al puente y le cedió el timón mientras él bajaba a comprobar a la tripulación.

—Rumbo dos ocho cero hasta Chiclana, después volveremos a mar abierto cuando los portugueses nos avisen —le dio una colleja amistosa y bajó las escaleras.

Primera parada, la enfermería, ver cómo estaba Christian. Le recibieron unas enfermeras con una bandeja de vendas ensangrentadas y otras dos de utensilios médicos también manchados de sangre, pero cuando se apartaron pudo ver a un Christian que le sonreía con un brazo en cabestrillo y envuelto en vendajes y gasas rojizas.

—Te resistes a perderlo, eh. ¿Cómo estás?—

—Ni de coña dejo que me lo amputen, es el derecho, señor—.

—No has perdido el humor con la sangre que has tirado por medio barco, eh, te voy a dar una fregona después para que limpies tu estropicio —dijo entre risas Máximo.

—Pues a los del agujero en el frontal les vas a tener poniendo remaches medio año —contestó Christian también entre risas.

—A esos preferiría poder colgarlos del palo mayor como si fueran atunes—.

—Sí, hay que vengarse de esos cerdos. ¿cuál es el plan? He oído algo de portugueses, pero aquí las señoritas no veían a bien dejarme escuchar—.

—Para una vez que estás rodeado de bellas mujeres que te atienden vas y te quejas, serás desgraciado. Pero sí, el plan es hacer tiempo,

han capturado la Blas de Lezo y la cosa ha quedado en un uno contra cuatro. Estaría igualado si no fuera porque tienen un destructor de treinta mil toneladas métricas, pero el caso es que tienen ese bicho, así que he pedido ayuda a la Almeida y han aceptado ayudarnos. Durante sesenta minutos, ni un segundo más, pero al menos tenemos un cañón ahora, el nuestro nos lo han volado—.

—Bien, bien. Si vienen, si abordan el barco, dame un fusil. Estaré manco, pero yo no me voy de aquí sin luchar—.

—El primero que reparta irá para ti, ahora descansa, amigo—.

Se estaba marchando de la enfermería cuando Christian le gritó:

—¡Dales duro, capitán!—

Capitán, esa palabra se le quedó en la cabeza a Máximo durante su trayecto hasta la cubierta, es como si no le encajara, como si no entendiera por qué le había llamado capitán, él era teniente y ahora estaba al mando del barco, era lógico que le llamaran así, pero no se lo terminaba de creer.

—¡Señores! ¿Daños?—

—Perforación de seis metros desde el casco hasta el interior, no ha llegado a las municiones de milagro y ya ves, un boquete chamuscado como un furgón de grande, no sé qué diablos nos han disparado, pero que no nos den muchos más. Parte de los fragmentos han roto el sistema hidráulico de la torreta y otra parte

han deformado el alimentador, hay que cambiarlo entero, por ahora no tengo medios para hacerla funcionar —evaluó con tono sesudo el alférez Santos.

—¿Nada más?—

—Nada más—.

—¿Qué nos han disparado, teniente? —preguntó otro de los técnicos que estaban en el agujero.

—Posiblemente munición altamente explosiva por encima de los doscientos milímetros, no estoy seguro, pero a juzgar por los daños, ellos tienen un cañón más grande que el nuestro, fijo. La torreta estaba cargada, ¿se puede disparar?—

—No es lo que yo haría, pero sí, se puede disparar, el percutor no ha sufrido daños ni tampoco el sistema de expulsión del cartucho, pero tienes sólo un cargador y no puedes mover el cañón de ninguna forma, se ha quedado anclado en cero grados, veintidós de elevación—.

—Si puede disparar, es todo lo que necesito. ¿Y de ninguna manera, ni con ninguna chapuza, se puede reparar el alimentador?—

—Teniente, en mar y con los moros pisándonos los talones poco puedo hacer—.

De pronto se le iluminó la cara al otro técnico que estaba en la brecha.

—Hay una cosa que podemos intentar. Estoy ahora mismo sobre el techo de la santabárbara, si camino hacia la torreta, estoy pisando justo sobre su cargador, podría meterme hasta el alimentador e intentar enderezarlo a martillazos—.

—Alfredo, se te va la puta olla, no cabes por el alimentador ni de coña, como mucho metes el brazo —le rebatió el alférez.

—El daño está a un metro de la santabárbara, estoy convencido de que encontraré la forma de arreglarlo —le insistió el otro.

—¿Hay una posibilidad entre un millón de hacerlo?—

Los dos técnicos se miraron y asintieron, el alférez no muy seguro de ello.

—Manos a la obra—.

Máximo se fue y pasó por cada una de las áreas del barco comprobando que los ánimos no habían decaído y en cada una de las salas le recibían como al César; todos estaban con él, nadie dudaba de su juicio y más de uno exclamó que *un español no capitula hasta estar muerto*. Aquel barco era toda la esperanza perdida durante años de una nación reunida en doscientos catorce corazones. Su última parada fue en su sala, donde le recibieron con más aplausos de todas las que había pisado.

—Nunca os he mentado y no va a ser ésta la primera vez, estamos jodidos. Son cuatro naves contra una y tienen un puto destructor salido de las peores pesadillas del almirante Nimitz—.

—Tres —le corrigió Daniel—, he mandado una al fondo del mar y otra está para el arrastre—.

—Gran noticia, pero imagino que no es el grandullón—.

—No, era la de cuatro quinientas—.

—Bueno, entonces eso deja la situación en un kalashnikov y dos bayonetas contra una pistola y un jamonero, algo es algo. ¿Se sabe de nuestros cazas? ¿Van a hacer acto de presencia en algún momento?—

—Deberían estar a punto de venir, ¿qué pasará con la Blas de Lezo? ¿Y su tripulación? —Intervino Ángel.

—Probablemente si no le han pegado muy fuerte a la fragata, la usarán ellos, a nuestros compañeros los tendrán de rehenes, pedirán un dinero por devolvérselos o los fusilarán en cuanto toquen tierra si es que no lo han hecho ya, en cualquier caso, no podemos pensar en eso de momento, tenemos tres buques que convertir en chatarra—.

—¡Señor, sí señor! —Gritaron todos al unísono.

—¿Cuánta munición queda?—

—Cuatro misiles y cincuenta cartuchos en total —respondió Daniel.

—Bien, me han dicho que con suerte tenemos el MK45 funcionando de nuevo, sin poder moverlo, pero con posibilidad de disparar hasta quedarnos sin existencias—.

—Eso es una enorme noticia, pero no podremos darles a más de siete millas con la posición en la que se ha quedado, tendremos que estar muy cerca—.

—Nuestro amigo Grimmer se encarga—.

—Máximo, ¿tenemos plan de ataque o esto va a ser a las bravas y como salga?—

—Siempre hay un plan. Ángel, pon la carta en la mesa, desde Huelva hasta Gibraltar tengo que ver—.

Ángel utilizó la mesa-ordenador que reinaba la sala y puso un mapa satélite que abarcaba el golfo de Cádiz, el estrecho y Ceuta. Tecleó un poco en la mesa y le cedió el lápiz táctil a Máximo.

—Veamos, nosotros estamos aquí —dijo mientras rodeaba una zona a dos millas de Chiclana—, nos reunimos con los portugueses más o menos a esta altura —e hizo un círculo a diez millas de Cádiz—, ellos están en el estrecho, esperando como tiburones para sorprendernos con el resto de la flota, podemos pasar, pero no iremos muy lejos... hay que sacarlos de ahí, ponerles un cebo y llevarlos donde no quieren ir... —se quedó pensando unos momentos con los brazos cruzados—. Nos acertaron con la batería principal desde unas veinte millas, ¿cierto? Eso significa que necesitamos alejarnos más... si los aviones no llegan iremos de frente a tirarles un anzuelo —dijo mientras del óvalo anterior trazaba una flecha hacia el estrecho—, el punto de no retorno es

Algeciras, una vez les hayamos hecho salir a por nosotros damos media vuelta en rumbo dos cero cero —y trazó una línea curva desde el estrecho hacia la costa marrroquí y hasta el punto de encuentro—, la Almeida deberá cubrirnos mientras regresamos, la aberración mórbida que tienen no llega a los catorce nudos sin forzar las máquinas, dudo mucho que nos alcance, las otras dos en cambio puede que sí, las torretas secundarias tendrán que ser rápidas y letales, sin titubeos; línea de flotación y puente, son débiles de blindaje, aprovechémoslo. En el caso de que los capullos de nuestros pilotos tuvieran la buena idea de aparecer, concentramos el fuego desde las treinta millas en el gigante y ellos en los cascarones de nuez. ¿Entendido?—

—¡Señor, sí señor! —gritaron todos.

Capítulo 11: Mediodía

Eran casi las diez de la mañana cuando le comunicaron a Máximo que los aviones no vendrían por la gran capacidad antiaérea que tenía Marruecos a lo largo de la costa.

—¡Pero serán maricones! —Maldijo Máximo cuando le dieron la noticia.

Ahora daba igual todo, no tenían ningún apoyo, tendrían que ir de frente contra un enemigo aplastantemente superior.

—¡Compañeros! Nuestros tontos favoritos no van a venir, somos nosotros y los portugueses contra los moros. Toca apretar los dientes e ir de cara a pesar de la inferioridad—.

La Francisco Almeida llegó al punto de reunión y Máximo le explicó el plan por radio a su comandante. Lo último que fue bien recibido, pero aquel hombre había dado su palabra y no la rompería por nada, no era el estilo del comandante Lopes. Nuestros héroes pusieron su fragata a la máxima velocidad, directos al estrecho, mientras en sus entrañas una docena de operarios trabajaban a marchas forzadas para arreglar el alimentador de la torreta. Lopes les apoyaría desde la distancia con fuego convencional y algunos misiles.

A ciento cincuenta kilómetros de allí, en Málaga, Andrea seguía las noticias con detenimiento por la radio mientras se instalaba en su nuevo apartamento. Poco le había dado tiempo a colocar en los armarios cuando todos los programas anunciaban la batalla naval que se estaba librando en el Estrecho, llevaba sentada en la cama con varias camisas dobladas en el regazo media hora cuando los reporteros informaron de la ofensiva de Máximo —*La Álvaro de Bazán y, al parecer, una fragata portuguesa se disponen a combatir a los marroquíes sobre el Estrecho de Gibraltar. Urge decir que nuestra fragata está dañada, la han disparado previamente y han volado el puente de mando, no sabemos si el capitán está vivo...*—decía el periodista de la COPE. En ese momento se le cayó la ropa al suelo a la vez que una lágrima le bajaba por el rostro y se le escapaba un susurro doloroso —Máximo...—.

En el mar se preparaban todos los barcos para el enfrentamiento, el destructor marroquí ya avisaba de que estaban esperándolos con las primeras salvas desde veinte millas, quince millas por detrás de los disparos se encontraba la fragata portuguesa introduciendo las coordenadas en los misiles y la Álvaro de Bazán ya disparaba los suyos contra aquel barco del que aún desconocían hasta su apariencia.

Justo cuando iban a llegar a Algeciras, lo vieron por primera vez, era un acorazado en toda regla, un buque vetusto que podría tener perfectamente cien años; estaba propulsado a vapor, no contaba con misiles y tenía óxido sobre el óxido del casco. Parecía sacado de un videojuego porque era completamente anacrónico.

—¿Qué cojones?! ¿Desde cuándo tienen los moros un mastodonte de la Segunda Mundial? —exclamó Máximo desde su posición en el puente.

El sol lucía fuerte y la última nube se disipó cuando a Máximo le dieron dos mensajes a la vez: —¡Alimentador arreglado!—; —¡Los *çaos* han hundido una de sus fragatas con un *harpoon!*—

Máximo lo vio claro entonces, daría la vuelta mientras canalizaban los esfuerzos en hundir el acorazado.

—Media vuelta, ponemos rumbo dos cero cero, les daremos un susto a los de Tánger —anunciaba Máximo mientras giraba el timón bruscamente a veintidós nudos evitando justo una salva de seis disparos.

Daniel no les daba tregua, los misiles no aguantaban con su objetivo fijado mucho tiempo en el lanzador, uno tras otro salían directos a por el gólem, aunque por mucho que conseguían darle no parecía inmutarse.

—¡Máximo! Llevamos tres impactos directos sobre la superestructura y ni se resiente, hay que probar otra cosa, los

cohetes para este parecen hechos por *Manolo Sistemas* y no por *Boeing* —le comentó Daniel desde Armas.

—Ahora mismo les estamos dando la espalda, poco podemos hacer, termina con la otra mosca cojonera y ya vemos qué hacemos con *Polifemo* luego—.

—Recibido—.

Mientras volvían con los portugueses, Máximo le dio vueltas a la manera de hundir ese monstruo de acero carcomido por el óxido que encajaba los golpes como un saco de boxeo.

—¿Fuego concentrado sobre la zona más débil del blindaje? Es un clásico que podría funcionar —pensó— pero, ¿cuál es esa zona?... Miraré mi enciclopedia de barcos, con suerte aparece uno similar—.

—¡Grim! Coge el timón, necesito buscar una cosa en mi camarote —dijo por megafonía.

En cuanto el hombre se presenció en el puente, Máximo bajó como una bala a su habitación. Rebuscó entre los cajones hasta encontrar un desgastado libro de barcos y navíos. Miró el índice y se fue directo a la sección de acorazados, y allí, en la quinta página, encontró a su enemigo.

—¿Estás de puta coña?! ¡Me estoy pegando con un barco que tiene más de cien años! Por si fuera poco, es inglés que luego pasó a manos soviéticas, me cago en mi estampa, ¿cuánto blindaje tienes,

malnacido?... Trescientos milímetros... doscientos... ¡Menuda mierda! ¡¿Cómo no estás hecho trizas ya?! A todo esto, ¿qué diablos haces sirviendo con más de un siglo y encima en la Armada Real de Marruecos? ¿Y qué demonios te habrán hecho para que aguantes tanto? Me expliquen, bueno, el cinturón es lo que menos blindaje dice que tiene, esperemos que siga siendo así—.

La cabeza le iba más rápida de lo que sus palabras llegaban a poder enlazar. Subió hasta Armas y se dirigió a sus compañeros.

—¡Ya sé qué buque es! Es el HMS Royal Sovereign, alias Arkhangelsk después de que pasara a manos rojas. Ese capullo tiene más blindaje que la caja fuerte de un banco, nuestro actual plan es inútil, cuando estemos en una distancia segura contaré el nuevo, hasta entonces no malgastéis más munición en él—.

Se fue sin más alboroto hacia el puente y mandó a Israel de vuelta a su puesto.

Una vez dejaron atrás los incesantes tiros enemigos, Máximo colocó de nuevo el barco en posición de ataque y redujo la velocidad. Durante minutos estuvo sentado en los restos de la silla del comandante, mirando por el boquete de la ojiva a su pesadilla y pensando en cómo conseguir golpear a esa bestia en sus puntos débiles. El MK 45 estaba fijo, la batería secundaria era como tirarle pelotas de goma a una pared y no quedaban más misiles antibuque. La única idea que se le ocurría era acercarse mucho y disparar los

torpedos, pero eso era lo mismo que ponerse delante de la escopeta cargada de un suegro que se había enterado de tu existencia por una tripa demasiado abultada.

—Si no hay otra manera, tocará sacrificar el barco —reflexionó en voz alta.

Tras varios minutos más contemplando al acorazado, intentando imaginar posibles alternativas al suicidio que se le había ocurrido, llegó a la conclusión de que no había alternativa. Máximo convocó a toda la tripulación en la cubierta para la estrategia final.

—Tras media hora dándole vueltas no veo otro camino para hundirlo que un plan suicida. Ninguno de ustedes entra en él, abandonarán inmediatamente el barco en los botes y los portugueses os llevarán hasta Rota, no puedo pedirlos a ninguno que malgastéis vuestra vida en una locura que ni siquiera estoy seguro de que funcione. Sé que me seguiríais hasta el fin del mundo, pero esto es algo que debo hacer yo. Gobernaré el barco hasta dejarlo en ruta y una vez esté lo suficientemente cerca, dispararé los torpedos. Señores, esto es un adiós, me temo, fue un placer servir con cada uno de ustedes, lo que habéis logrado hoy le ha dado a España un hálito de esperanza, ¡no dejéis que se consuma!—

—¡Estás loco si crees que te voy a abandonar ahora! —exclamó Daniel—. Además, ¿no crees que es más inteligente que yo me encargue de disparar y tú del rumbo?—

—Señor Escribano, esta es la orden de un superior y la acatará sin rechistar, ¿entendido?—

—Máximo, nunca has creído en los galones, ¿vas a empezar a hacerlo ahora? —Saltó Israel desde la segunda fila de marineros mientras se hacía hueco hasta la primera.

Máximo sonrió pícaramente, estaba orgulloso de ellos, pero mantenía bien firme la idea en su cabeza de que ese viaje de ida sólo debía hacerlo él como responsable de todos los allí presentes.

—Su comandante les ha dado una orden y acatarán esa orden, no merece la pena desperdiciar más vidas que la mía en esto, esta batalla debo lucharla yo si ustedes quieren ganar la guerra, además, ¿dónde va a encontrar la Marina a otros doscientos trece hombres tan hábiles y preciados? ¡En ningún sitio, ya no los hacen como a ustedes!—

—Máximo, corta el rollo, el discurso te ha quedado genial y para los libros de Historia que irá, pero de este barco no me echan ni muerto mientras seas tú el comandante —le contestó Daniel.

—Estoy con Daniel, de este barco no me bajas si no es a cañonazos —se le unió Israel.

—¡Dios, qué mal dolor que sois! ¡Está bien, los tres suicidas y ni uno más! Desde el infierno quiero poder ver cómo todos los demás tenéis una vida de ensueño al lado de vuestras esposas e hijas, ¿capicci?—

—¡Señor, sí, señor! —gritó toda la tropa.

Máximo, Daniel e Israel se quedaron en la cubierta mientras los otros abandonaban el barco en las lanchas, Lopes ya había sido avisado y les estaba esperando a una milla al oeste de la Álvaro de Bazán.

—Estáis más zumbados que yo, chavales, este barco se va a convertir en una masa de acero al rojo vivo en unos minutos y os habéis quedado a conciencia—.

—¿Cuál es el plan ahora que tienes dos polizones? —Preguntó Grimmer.

—Yo gobierno; vosotros disparáis—.

—Buena estrategia, simple y eficaz—.

—Primero iremos de frente, Grim, fuego sobre el puente y la cubierta, Daniel, quiero que les vacíes nuestras existencias de torpedos a tres metros de profundidad en popa, si no tienen dirección, son un tocón esperando a ser arrancado—.

Eran las diez y media cuando Andrea salió de su nueva residencia directa a coger un taxi hasta el estrecho, no soportaba estar oyendo las terribles noticias e imaginarse cosas peores de las que estaban ocurriendo, sentía la necesidad de verlas con sus propios ojos.

—A Tarifa —llegó a decir mientras se metía en el Sköda.

—Un poco lejos para ir en taxi, ¿no? Le va a salir cara la carrera—.

—No me importa, sólo lléveme hasta allí—.

—Como quieras—.

Tras casi dos horas de viaje, llegó a su destino, justo para escuchar cómo se disparaban unos a otros. El estruendo era atroz, tanto que apenas oyó cuánto le pedía el taxista por haberla llevado hasta allí, simplemente le dio la tarjeta e introdujo el PIN en el datáfono.

Con tanto tiro a Andrea se le aceleró el corazón, sólo alcanzaba a ver la pequeña fragata portuguesa desde donde la había dejado el taxi y, arrastrada por una corazonada, decidió poner pies en polvorosa por la playa hacia el este, hacia el Parque Natural del Estrecho. Los disparos cada vez sonaban más cercanos, casi podía sentir que ella misma estaba en uno de los barcos, siguió caminando descalza por la playa unos kilómetros más hasta que vio al demonio de acero oxidado en el horizonte y a un dañado buque en el que ondeaba la Rojigualda y que estaba confrontando a aquel espectro. Agotada por la carrera, cayó de rodillas a la arena manchándose su vestido rosa mientras contemplaba cómo la fragata española daba la vuelta, dejando ver que el reportero de la radio no mentía, algo había impactado justo debajo del parabrisas y había abierto un agujero en el puente de tamaño considerable.

—Amor, eso es, da la vuelta y vuelve a casa conmigo —susurraba desde el asombro de aquella imagen—, no te pongas más en peligro, por favor —justo en ese momento salió del lanzador un

misil que surcó el cielo más allá de lo que Andrea podía alcanzar a ver— por favor, vuelve a casa, ya has hecho mucho en esta guerra—.

El buque cruzó por delante de ella y en el agujero del puente creyó ver a Máximo, pero a esa distancia podría haber sido cualquier hombre uniformado de su complexión. Finalmente, se perdió en la lejanía para su consuelo.

Andrea se dejó caer definitivamente sobre la arena, sin fuerzas para levantarse o siquiera pensar.

Capítulo 12: Audentis

Fortuna Iuvat

En el destrozado y sangriento puente, Máximo se encontraba de rodillas al borde del agujero, las manos juntas sosteniendo un rosario y con el sol dándole de pleno; estaba rezando. En aquellos minutos de estresante y asfixiante paz estaba haciendo testamento y hablando con Dios, encontrando de nuevo la razón por la que iba a sacrificar su vida. En medio de la oración notó cómo se desprendía algo de él y dejó que se fuera, bajó metros y metros de agua hasta llegar a la playa jamás vista, pero tan familiar para él, y de nuevo le estaba esperando Almudena en la orilla.

Esta vez no parecía igual, el vestido blanco tan fino y delicado de siempre estaba hecho jirones y ensangrentado, en su mano derecha portaba una espada mellada y, clavado en la arena a su vera, un escudo redondo que presentaba incontables grietas y astillas.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano. Estos atributos ya no me pertenecen más, ahora son tuyos —dijo mientras le presentaba la espada con ambas manos. Era una bella espada templaria, con mango de oro y una cruz de rubíes en el centro de la guarda.

—¿Te vas? —preguntó mientras la recogía sobre sus manos.

—No. Al lado de cierta joven en la playa estaré —contestó mientras le presentaba el escudo.

Máximo puso cara de extrañeza.

—¿Qué joven?—

—Andrea —respondió antes de besarle la frente y devolverle a su cuerpo en el barco.

—Andrea está aquí... —pensó nada más abrir los ojos.

Se puso en pie y se revisó todo; era él, era su cuerpo, era su uniforme y no había nada fuera de lo común.

—Cada vez entiendo menos los haceres de mi ángel —se dijo a sí mismo.

Miró hacia el mar y cayó en la cuenta de que tenía todavía un acorazado que hundir.

Aquel monumento flotante advertía desde las veinte millas con una salva que venía a decir: *acércate, cascarón de nuez, que nos vamos a divertir.*

Máximo empezó a maniobrar el barco en zigzags impredecibles para que no les alcanzase ningún proyectil hasta el final, dándole los cinco segundos entre golpe de timón y golpe de timón a su artillero para que apretase el gatillo. De esta manera pudieron cubrir diez millas sin ningún impacto, y otras cinco las cubrió su enemigo, de modo que quedaron a cinco millas de distancia ambos barcos.

—Máximo, tengo el puente a tiro —comunicó Grimmer.

—¡Fuego!—

Un estruendo ensordecedor sacudió las cercanías del cañón con el disparo, un obús de varios kilos salió propulsado directo contra el parabrisas del acorazado y explotó dentro. Todo el que se encontrara allí no volvería a respirar en este mundo. Pedazos de acero y cristal cayeron por la borda y una columna de humo negro empezó a emanar del impacto; el puente había quedado totalmente desfigurado.

Grimmer era el único hombre conocido que podía lograr colar un proyectil de 127 milímetros por una ventana de un metro cuadrado a unas cinco millas de distancia.

—¡Ojo por ojo! —gritó Grimmer por megafonía.

—Y diente por diente —completó Máximo en un tono que sólo le escuchó el cuello de su camisa.

Durante unos instantes no hubo respuesta de sus enemigos, en aquel armatoste el caos debía haber empezado a imperar después de dejarles sin nadie vivo en el puente.

—En cuanto estemos paralelos esto va a ser un auténtico infierno, ¿ponemos música? —apareció Daniel por el puente con el móvil en la mano.

—¿Qué tienes?—

—Himnos, mucho *Estirpe Imperial* y algunas que me has ido pasando—.

—El himno de Pemán y, si nos queda tiempo, ya pongo yo alguna mía—.

Empezó a sonar por toda la megafonía del buque el conocido como *Himno con letra, la Marcha Real*.

—...*alza el frente hijos del pueblo español que vuelve a resurgir*—.

Daniel bajó a su puesto de nuevo acompañado de los disparos enemigos que Máximo intentaba esquivar inútilmente. Golpearon y destrozaron la popa.

—...*los carros y las ruedas cantan al compás del himno de la fe*—.

Los barcos se pusieron totalmente paralelos, les separaban apenas dos millas de agua y el olor de la vieja pólvora del Arkhangelsk inundó el puente de Máximo.

—...*sobre el azul del mar el caminar del sol* —terminó el himno.

—¡Máximo, tubos listos!—

—Húndelo—.

Media docena de torpedos saltaron al agua desde los lanzadores laterales e hicieron pleno. Uno tras otro impactaron a lo largo del cinturón, y en pocos segundos se hundiría, pero no sin antes descargar su última andanada. La batería secundaria y la torreta principal de proa dispararon por última vez, como el soldado que,

herido de muerte en un asalto a las trincheras, suelta una granada viva.

La predicción se hizo realidad, la fragata se convirtió en un infierno de explosiones y esquirlas volando por los aires y chocando contra cañerías y paredes, contra puertas y escaleras. Varias de esas tuberías rotas empezaron a dejar caer agua, vapor y chispas.

Un ensangrentado Grimmer subió a por Máximo al puente mientras arrastraba el cuerpo acribillado de Daniel.

—¡Máximo, hay que irse cagando leches!—

—¡Eh! ¿Qué le ha pasado?—

—Más metralla de la recomendada por el médico. ¡Vamos, hay que irse!—

—Túmbalo sobre la mesa, no podemos pretender que sobreviva tres kilómetros a nado así—.

—Se intenta, el grandullón aguanta. ¡Lo que no aguanta es el barco, nos han dejado como a un queso!—

—¡Está como un cerdo en una matanza! ¡Ponlo sobre la mesa, hay que hacerle algo!—

Grimmer terminó cediendo y tumbó a Daniel sobre la mesa de rumbo. Tenía la camisa totalmente agujereada y ensangrentada, pero por suerte ninguna herida era demasiado grande ni demasiado

profunda, la peor que tenía era una esquirra de acero en forma de cartabón clavada en el estómago.

—¿Se puede bajar hasta los camarotes?—

—Si te das prisa, tal vez—.

—Ábrele la camisa e intenta frenarle la sangre, ahora vuelvo—.

Como una bala salió disparado evitando toberas humeantes y pisando charcos de fluidos diferentes hasta llegar a su camarote semi inundado, el agua llegaba ya hasta las rodillas y los objetos habían empezado a flotar por aquella especie de bañera. Rebuscó de nuevo entre sus cajones hasta encontrar una caja metálica de galletas. Al encontrarla la abrió, comprobó su contenido y salió por patas al puente.

—Te encantaban los romanos, ¿verdad, amigo? Hoy toca curarte como a uno—.

Puso la caja de metal a un lado y sacó de ella una navaja y un gran mechero, lo encendió y empezó a calentar la hoja.

—¿Qué diablos piensas hacer?! —preguntó un alterado Grimmer.

—Una sutura térmica, en cuanto esté lo suficientemente caliente, le quitas con cuidado el cacho de acero de la tripa y yo sello. Esto te va a doler, no lo dudo—.

Le desabrochó el cinturón y se lo dio a morder.

—¿Preparado? A la de tres.

El grito de dolor que pegó a pesar de tener el cinturón en la boca se pudo oír perfectamente desde la playa, con un chisporroteo igual que el de un filete sobre la sartén, Máximo terminó de sellarle la herida.

—Y ahora a ganarle a Michael Phelps o a jugar al ajedrez con la Muerte—.

—Si después de cocinarme palmo ahogado, pienso atormentarte como fantasma hasta que te mueras —gruñó Dani dejándose caer de la mesa.

Salieron por el propio boquete del puente y saltaron al agua justo cuando el acorazado enemigo explotaba tres millas por detrás de ellos porque el incendio había alcanzado la santabárbara y las máquinas.

—Se terminó el problema. ¡Muchachos, tres mil metros a braza! ¿Lo conseguiremos? —gritó Máximo nada más emerger.

—¡Por supuesto! —respondieron sus dos amigos.

Grimmer encabezó el nado y Máximo se quedó algo rezagado para vigilar que su malherido compañero no se ahogaba. Brazada a brazada se fueron acercando a la costa mientras de fondo escuchaban los chirridos y explosiones de su barco hundiéndose.

—Máximo, no puedo más. Seguid sin mí —dijo Daniel parándose a menos de un kilómetro de la playa.

—¿Te acuerdas del *Olríkismo*?—

—Sí...—

—Pues eso. No pienso dejarte, compañero—.

Le agarró por los sobacos y le tumbó bocarriba para remolcarlo a espaldas el resto del nado.

Israel iba bastante por delante, aproximadamente cien metros, y fue el primero en llegar a tierra, se desplomó de espaldas completamente exhausto y sonrió entre jadeo y jadeo.

A los diez minutos llegaron Máximo y Daniel, que lejos de rilarse, Máximo insistió en pedir un coche hasta el hospital más cercano.

—Dame un respiro, joder, deja que disfrute la tierra firme y el seguir vivo —le contestó Daniel.

Fue en ese instante cuando vio a lo lejos a una muchacha en vestido rosa correr como una loca hacia ellos e inmediatamente cayó en la cuenta.

—¡Andrea!—

Salió disparado hacia ella con sus últimas energías y tropezó consigo mismo, rodando y parándose justo a sus pies.

—Hola, cariñ...— no le dio tiempo a acabar la frase antes de que ella le besase. Después de cuatro años separados y pensar que había muerto en ese combate, al final se reencontraron. Habían pasado calamidades, momentos de amargura, momentos de soledad

extrema y momentos de desesperación, pero nunca se rindieron y ahora su sacrificio hallaba su debida recompensa.

Parte 3:
Fernando Álvarez de
Toledo y Pimentel

Capítulo 13: Brevis Pausa

Al día siguiente de su victoria en el mar, Máximo abandonó temprano la casa de Andrea dispuesto a tomar un autobús hasta Rota para presentarse ante sus compañeros junto con Israel. Daniel se quedó en el hospital de Málaga siendo atendido por Andrea mientras ellos dos volvían a la base para recibir instrucciones y comunicar que seguían vivos.

Eran las nueve de la mañana cuando se bajaron en Cádiz. Cogieron un tren y llegaron por fin a Rota a las diez.

—Oye, Máximo, ¿crees que haber acabado en Málaga como “accidente bélico” valdrá de excusa para llegar tan tarde? —le preguntó Israel con una sonrisa pícaro a la entrada de la base. Se echaron una miradita cómplice y empezaron a reír a carcajadas. El humor es muy importante en momentos tan duros como la Guerra.

Una vez dentro se presentaron a la capitán de navío Lucía Sánchez Matamoros, una mujer bajita, de apenas metro sesenta, pero que se imponía por encima de todos con su carácter fuerte y su lenguaje contundente. La acompañaron hasta el patio donde se habían colocado cinco féretros y se organizaba un duelo por el sacrificio de cinco héroes.

—¡Se aplaza el acto! Los más locos de España han sobrevivido. ¡Con una copa de champán nos relatarán la heroicidad! —exclamó la mujer mientras caminaba con paso ligero y recto hacia la bandera que presidía el patio con destino final: la cantina.

Todos quedaron perplejos en un primer momento al verlos caminando como cualquier día de diario por la base cuando habían organizado un homenaje por su sacrificio. Pero, una vez el asombro dejó de inundarles el cuerpo, se agolparon a su alrededor para saludarlos y abrazarlos.

—¡Tres hurras por Máximo *el Afortunado*!—

—¡El cazador de buques ha vuelto!—

Llegaron a la cantina como una estampida y asustaron a los suboficiales de la cocina con tanto alboroto haciendo que incluso salieran a ver qué demonios pasaba.

—¿Todo bien, capitán? ¿Por qué tanto ajeteo a estas horas?—

—Un regreso inesperado, señor Guisado, el teniente Núñez y el alférez García han vuelto de entre los muertos—.

—Sacaré el champán y las copas buenas pues—.

Ninguno se sentó, al contrario, instaron a Máximo e Israel a subirse a la mesa central del comedor y a contar todo lo que pasó después de que los demás tripulantes fueran recogidos y llevados a Rota por los portugueses.

—Señores —empezó Máximo— ¡lo hundimos!—

El comedor entero se sumió en vítores, aplausos, silbidos y golpes contra la mesa.

—Desgraciadamente, también nos golpearon fuerte de vuelta y perdimos el barco. La Álvaro está en el fondo del mar ahora mismo, ¡pero ellos han perdido un buque insignia y tres fragatas a cambio de dos nuestras!—

—¿Y qué fue de Escribano? —Preguntó la capitán volviendo de hablar con el chef.

Todos callaron y la fiesta pareció que acababa de aguarse por la cara de los marineros.

—En la última descarga de su batería nos hicieron trizas el buque y bastante metralla le alcanzó —varios empezaron a bajar la cabeza y a quitarse los sombreros y las gorras, llevándoselos al regazo, en gesto de duelo—, ¡pero el gigante aguantó hasta la playa y ahora está en el hospital de Málaga!—

Y volvió a estallar entera la cantina de alegría y gozo.

Los oficiales alumnos no se demoraron más en traer el alcohol y dio comienzo la fiesta de verdad aunque, si bien todos parecían disfrutar, Máximo tenía algo más importante que hacer que festejar su propio triunfo.

—Capitán de navío Sánchez, necesito hablar con usted en privado y donde no haya alboroto—.

—Los despachos me quedan muy lejos, fuera tendrá que valer, teniente, —le respondió mientras se servía su copa.

Ya fuera, y apartados de la puerta, Máximo le expuso sus inquietudes.

—Con todo el respeto, señora, tenemos problemas muy serios encima como para permitirnos esta celebración. Han capturado la Blas de Lezo, no sabemos nada de su tripulación, hemos perdido dos barcos en un día, nos encontramos con un acorazado de más de cien años combatiendo para la Armada Real Marroquí, el HMS Royal Sovereign, alias Arkhangelsk, estuvo en las dos Mundiales y ha pasado de los ingleses a los soviéticos y, en algún momento, a los marroquíes, ellos cuentan ahora con una de las fragatas más modernas del mundo, que además tiene el sistema *Aegis*, y pueden atacar cualquier punto estratégico con misiles balísticos porque está preparada para ello—.

—Entiendo sus preocupaciones, teniente, pero no les puedo dejar sin la celebración de su regreso porque al parecer confían más en usted que en ningún otro oficial, aunque si tanta ansiedad tiene por saber cuál es el plan, acompañeme a los despachos ahora mismo, me daré el viaje si no me agua más la fiesta—.

Se terminó la copa y emprendió el camino hacia el edificio principal con ese paso ligero tan característico de ella sin siquiera mirar que Máximo la estuviera siguiendo.

En su modesto despacho sacó de uno de los armarios archivadores varias carpetas de diferentes cajones y las fue tirando sobre su mesa, se podían leer los títulos: *Flota Marroquí*, *Respuesta de la OTAN*, *Donald Cook*, *Informe satélites...*

—De todo lo que le preocupa, ¿por dónde quiere que empiece?—

—Por los barcos, ¿cómo continuamos la guerra en el mar si no disponemos de navíos capaces de hacer frente a sus desconocidas adquisiciones?—

—Pacto de la OTAN —comenzó mientras cogía la carpeta correspondiente—, a todos menos a los portugueses y los americanos se la suda que hayamos perdido Ceuta, Melilla y las Canarias. Los portugueses prestan su fuerza naval al completo y la ponen bajo el mando del almirante López Castro; los americanos, en cambio, nos prestan barcos del programa *Aegis* según vayamos perdiendo los nuestros en combate, antes de que hicierais acto de presencia esta mañana, ya había mandado el fax pertinente a la sede de la Marina Estadounidense para solicitar el Donald Cook y el Ross, ambos de la clase *Arleigh Burke*, deberíamos tener el permiso de ambos muy pronto—.

—Algo es algo. ¿Quién los llevará?—

—Uno de ellos lo llevaría yo misma en ausencia de ningún otro capitán sin asignación; el otro probablemente te lo den a ti después de lo que has hecho—.

—¿A... a mí?—

—Es obvio, en cuanto el almirante reciba el informe de la batalla le va a faltar tiempo para ascenderte, además, a alguien tiene que ascender después de la muerte de Arévalo—.

—Bueno...no sé qué decir... —dudó—. Otra de las cosas que más me preocupan es que habían rescatado un acorazado y no teníamos ni idea—.

—Eso es cierto a medias, echa un ojo a esto —del informe de la Armada Marroquí sacó tres fichas con fotografías del satélite— no sé cómo ni cuándo pero se han hecho con tres viejas glorias, han atacado Canarias con un acorazado japonés que estamos intentando identificar y en el Mediterráneo estaban el que has hundido y otro crucero ruso de hace más de cien años—.

—¿Y por qué no teníamos esta información antes?!—

—Porque las fotos del satélite llegaron después de que zarparáis ayer, ahora el problema es cómo hundirlos sin sacrificar nuestros propios barcos—.

—Si le han aumentado el blindaje a los otros dos como al Arkhangelsk no los vamos a hundir sin aviones o sin un cañón grande—.

—Pues malas noticias, no podemos desplegarlos en el Mediterráneo, tienen suficientes SAMs como para barrérmolos todos, y ya nadie hace la guerra naval a cañonazos como para que nos preste un buque de ese tipo. En el mar estamos solos—.

—Entonces, ¿qué hacemos?—

—Por el momento, y hasta nuevo aviso, tú y tus compañeros estáis de permiso, pero tampoco te puedo decir mucho más. El plan de vigilancia marítima seguirá como estaba y, a menos que se te ocurra una locura para desequilibrar la balanza, tendremos que conformarnos con esto así, con suerte en algún momento cometerán un error que podremos aprovechar—.

—Odio tener que librar en estos momentos—.

—Sí, pero qué le vas a hacer, ni tienes barco ni tienes capitán—.

Por un momento, Máximo amagó con irse y zanjar la conversación, sin embargo, se le ocurrió una última cosa.

—Lo único que nos detiene de poder usar los aviones sobre el mar son sus antiaéreos, ¿cierto?—

—Bueno, y que llevan doce años comprando cazas modernos, pero sí, ese es nuestro mayor impedimento—.

—¿Tenemos sus localizaciones?

—Sí —abrió el informe del satélite y rebuscó entre los folios hasta encontrar el que buscaba y lo puso sobre la mesa—. Los tienen diez kilómetros detrás de la costa a lo largo del norte, hemos descubierto trece silos—.

—¿A qué esperamos para destruirlos?! Un par de aviones que vuelen bajo podrían barrerlos, o nuestros barcos si los dotamos con el misil adecuado—.

—Calma, vaquero, eso ya lo hemos pensado otros. No disponemos de misiles balísticos por culpa de los hippies, ni esperamos tenerlos dentro de poco, y lo del ataque aéreo es ridículo, ¡es un suicidio! Antes de que uno de nuestros aparatos pudiera destruir un SAM, ya tendría a una escuadrilla y seis misiles tierra-aire encima—.

—Lo del acorazado también fue un plan suicida y funcionó, ¿por qué no iba a funcionar esto?—

—¡Porque nadie sería tan gilipollas de subirse a un avión con ese plan!—

Capítulo 14: Portam Mors non Vocat

Andrea abrió la puerta de la sobria habitación de hospital y le recibió un sonriente Daniel entre sábanas y tubos y máquinas y bolsas de suero y sangre. Tanto objeto de por medio le había molestado la noche anterior y le había complicado el sueño además de plagárselo de pesadillas sobre un kraken que le quería engullir.

—Así que eres tú la mujer por la que Máximo ha perdido el culo y ha empalmado días sin dormir a golpe de café del malo—.

Andrea se quedó callada durante un momento de asombro hasta que recordó lo que le había dicho Máximo sobre su amigo: —Es burro como él solo, pero nunca va a malas. Si se pasa, síguele el juego y vacílele de vuelta—.

—Hola a ti también, Daniel, veo que te ha sentado bien el sueño sobre un suelo que no se mueve—.

—No precisamente, que me tienes atado como a un jamón de Navidad—.

Andrea lo ignoró por completo.

—Máximo te hizo un buen apaño, por poco no lo cuentas—.

—Sí, pero no es que lo recibiera con gusto—.

—Je, quejica. Si te hubiera hecho lo que ponen los libros, sí que tendrías algo para quejarte—.

—Lo que tú digas, doctora. ¿Cuándo me podré largar de aquí?—

—Tenemos cinco días para hacernos amigos o enemigos—.

—Se me van a hacer largos —dijo soltando una risita pícara.

Andrea le iba a contestar cuando la llamaron de urgencia, decenas de heridos en un ataque sorpresa a las fragatas de la clase Santa María, entre ellos estaba el capitán de la Victoria, Lucas Volek un alto y rubio checohispano, devoto donde los haya. Les había pasado exactamente lo mismo que a Máximo y a los de la Blas de Lezo. En un visto y no visto, un gran número de buques armados hasta los dientes los habían cercado obligándoles a usar armamento secundario, constriñéndoles poco a poco hasta que se quedaron sin espacio. Por suerte un dueto de F-18s salido de la nada, y obviando toda orden, había acudido en su ayuda hundiendo dos de las naves enemigas y ofreciéndoles cobertura para la retirada.

—¡Eh! Tú, la nueva, quirófano tres, amputación de brazo a la altura del hombro—.

Primera intervención sería que tendría que realizar y primera muerte que tendría que ver en su turno. El pobre cabo que acababan de traer al hospital había aguantado el trayecto, pero no aguantaría la operación, el joven murió encima de la mesa de operaciones de

Andrea cuando ella le estaba empezando a intervenir. En un principio se quedó en shock, aturdida, no podía asimilarlo en el momento. Cualquiera que la hubiera visto podría haber afirmado que era de piedra o que no era la primera vez que perdía el pulso con la Muerte por la vida de alguien más, pero en cuanto se cambió a la vestimenta ordinaria, se desplomó contra la pared del pasillo.

—¿Qué he hecho mal?¿En qué he fallado?—

Se sacó su cruz del cuello y se quedó contemplándola durante unos instantes eternos mientras su cabeza formulaba un discurso consigo misma. Y de pronto, le habló.

—Sólo te pido que nunca me pongas encima de la mesa a Máximo, de esa no podría recuperarme—.

Repentinamente, notó cómo se sentía más grácil, más liviana, tanto como un pájaro, y se permitió ir. Caminó por un extraño bosque que conocía de memoria de haber estado antes, los robles, cipreses y hayas parecían abrirse hacia un lado para mostrarle el camino hasta la playa, la misma playa que había paseado en otras ocasiones de la mano del ángel Daniel, su protector, y la misma que había caminado Máximo con Almudena.

—No te preocupes, Andrea, pronto todo habrá acabado, pronto Máximo surgirá manchado de ácido y caminará hasta tu escudo y esta tierra sanará bajo vuestro amor. Confía en el plan —le recibió

Daniel al umbral de la arena—. No debes temer por tu niño, no ha podido nadie con él y no parece que alguien podrá—.

—¿Qué hago de nuevo aquí?—

Daniel, aquel joven de ojos marrones y cabellos de oro en túnica blanca, se acercó hasta su protegida y la tomó de la mano.

—Poner la cabeza en reposo, sé de sobra el bucle en el que te estabas metiendo imaginando que él moría de la misma forma que ese soldado—.

Y empezaron a caminar por aquel bello paraje.

—La Muerte nunca llama a la puerta antes de entrar—.

—Sí, Azrael nunca tuvo modales, pero está tan cansado de mover a Máximo en su lista que ni siquiera se lo plantea ya—.

—Quisiera poder salvarlos a todos, desearía que nadie puesto en mis manos muriera—.

—¡Oh, pequeña! Tan pura como siempre. No puedes salvar a todo el mundo, a lo largo de tu vida verás a muchos marchar. Tu tarea no es la de salvar a todas las personas, sino salvar a todas las que puedas. ¿Recuerdas lo que se te encomendó hace unos años? ¿Recuerdas el pulso del que te hablé? ¿Recuerdas por qué te hice abandonar tu casa? ¿Recuerdas que tuviste que mentirle por el bien mayor?—

—Sí—.

—Te has hecho fuerte, pero todavía no lo bastante. Hoy el Diablo ha campado a sus anchas y, asustado de vosotros, ha atacado vilmente cuando Máximo no estaba de guardia, cuando no había espada que pudiera contragolpear. Él no va a estar siempre para defender este lugar y debes aprender a golpearle tú. Esa serpiente tiene sus planes, y en ellos los humanos son únicamente sus marionetas. Los hilos con los que os mueve son la desesperanza, el miedo, el odio y el placer efímero; no caigas en sus trucos. Hoy ha aprovechado para intentar desmoralizarte con la muerte de ese pobre chico y la de sus compañeros, mañana serán otros los que ocupen su lugar y otros los que podrás salvar. Ten fe, el Mal está predestinado a perder mientras haya valientes que hagan el Bien—. Le besó la mano y Andrea volvió al bullicioso pasillo del hospital.

—¿Todo bien? —le preguntó un preocupado Daniel envuelto en vías y tubos que iban a una percha con ruedas de la que colgaban diferentes bolsas.

Andrea no pareció oírle en un primer momento.

—¡Eh! Andrea, ¿todo bien? —volvió a preguntar.

—Sí...— respondió sin mucha intención.

—¿Qué haces en el suelo?—

—Rezar—.

Capítulo 15: A Hierro Candente; Martillo de Piedra

Habían pasado seis días desde su batalla en el mar y Máximo no podía más con su frustración, sentía la vida civil como una cárcel de oro en la que todo cuanto podía ver era falsa alegría. Tras las sonrisas piadosas de la gente que le saludaba por la calle se escondían el miedo y la incertidumbre. Cada vez que salía a por el pan se encontraba con las mismas tres ancianas jubiladas en su paseo matutino, los mismos cinco obreros arreglando un boquete de la calle, los mismos seis soldados patrullando el barrio y la misma pareja de sin techo y, de todos ellos, estos eran los únicos que le decían la verdad, los únicos que en su cara y sus palabras expresaban la verdadera situación. Iban perdiendo una guerra que llevaba siendo anunciada décadas, estaban prácticamente solos frente al enemigo y el Diablo parecía estar jactándose de ellos, seguramente recostado sobre su trono de huesos y azufre, con una copa de ginebra en la mano, riéndose del jaque en el que había puesto a los que una vez habían sido los mayores aliados de su enemigo.

Todo lo que podía inducir paz, a Máximo le inducía tensión. Todo lo que podía significar satisfacción, a Máximo le producía irritación.

Ni siquiera dormir en la misma cama que Andrea le reconfortaba. Mientras ella le abrazaba después de un duro día de operaciones, muertes, dolor y estrés, él estaba trazando un plan en su cabeza con lo poco que sabía y con lo poco con lo que dispondría para terminar aquella guerra. Varias habían sido las noches en las que ella había regresado de su turno y él todavía estaba despierto; tumbado inmóvil sobre el lecho, pero despierto.

A la octava noche, pensando que había dado con la solución, se irguió al escuchar a Andrea entrar en la habitación y le preguntó de la nada.

—¿De qué escuadrón eran aquellos dos aviones que salvaron a los de las Santa María?—

—No son horas, cariño, duérmete, son las cuatro de la mañana —respondió quejosa.

—Andrea, ¿de dónde eran? ¿Qué volaban?—

Bostezando le respondió: —Efe dieciocho o algo así decían los marineros, no estoy segura. ¿Pero a qué viene la pregunta a estas horas? ¿Qué tramas?—

—Una locura de las mías, pero necesito otro par de locos que me ayuden—.

—Ni lo sueñes. No. Me niego. Hasta que no sea imperativo tú te quedas en esta casa. Una cosa es tener que tomar riesgos y otra que los busques. Que no. Sé lo que estás pensando y ni de coña, además, esos dos pilotos están arrestados hasta nueva orden—.

Sin decir más se metió en la cama.

—Así que están arrestados por salvar a cientos de marineros —pensó.

Al día siguiente los noticiarios se llenaron con la misma noticia, acababan de darle el permiso a la Armada para utilizar los buques estadounidenses destacados en Rota. Por primera vez en una semana, Máximo volvió a sonreír, no por el acontecimiento en sí, sino porque significaba que pronto volvería al mar a ayudar a sus compañeros. Justo al mediodía recibió una llamada de Israel comunicándole que mañana le esperaban uniformado en la base de Rota la capitán de navío y el propio almirante para recibir a los nuevos buques y “algo más”.

—¿Cómo que “algo más”? ¿Qué te ha dicho?—

—Literalmente me ha dicho eso y no tengo ni idea de a qué se refiere, lo mismo es una medalla—.

—Me cuadraría, pero no creo que si fuese eso, se lo hubiera guardado así—.

—No sé, ha sido muy raro cuando lo ha dicho Sánchez—.

Se hizo el día y Máximo cogió su coche a las seis de la mañana para llegar a tiempo a la base. Después de dos horas de viaje en el vetusto pero fiable Seat Córdoba que había heredado de su padre, arribó a su destino. Salió del vehículo, se alisó las galas, se puso la gorra y caminó hasta el patio de la base acompañado de uno de los guardiamarinas que vigilaban la entrada.

—Llega justo a tiempo, teniente, el almirante está a punto de comenzar su discurso y usted tiene reservado un asiento en primera fila—.

Máximo se sentó en la silla con su nombre, justo entre Daniel e Israel, quienes le saludaron tocándose la gorra. El almirante, un señor que rozaba los sesenta años, alto, esbelto y de ojos azules, al ver la escena desde el estrado donde iba a dar el discurso en escasos dos minutos, se giró a la capitán en un tono en el que nadie que no fueran ellos y el cuello de sus camisas les escuchase y le preguntó si era él el teniente Núñez.

—Sí, señor, es él—.

—¿Por qué viene con la hora pegada?¿No se le avisó con tiempo de este acto?—

—No, señor, se debe a otra razón, ayer uno de sus compañeros le telefoneó para indicarle que debía acudir—.

—¿Y cuál es?—

—La desconozco—.

El almirante se dirigió a todos los presentes y dio comienzo su discurso.

—Hoy me presento ante ustedes por tres razones. La primera, informarles de que a partir de hoy disponemos de dos destructores americanos para continuar la guerra que estamos librando contra el implacable Marruecos. Contra todo pronóstico, hemos conseguido convencer a los Estados Unidos para que nos presten también el Ross desde el primer momento y no sólo el Donald Cook, ahora tenemos dos sustitutos para nuestras fragatas perdidas en la primera jornada de esta pugna que igualan e incluso superan sus cualidades. La segunda, despedir como se merecen a los dos oficiales que ya no están entre nosotros. El capitán Arévalo y yo guardábamos una estrecha amistad forjada a través de diez años navegando juntos... —

El almirante detalló durante una hora todo cuanto había vivido al lado de su difunto amigo y cuán importante era su baja, no sólo para él y su familia, sino para la Armada, en un discurso que a Máximo y la tripulación de la fragata hundida se les hizo eterno.

—...Y, por último, tengo la obligación de nombrar a los responsables de las dos nuevas adquisiciones, aprovechando que las iba a recibir en persona también he mantenido en secreto hasta hoy quiénes van a comandarlas. Aquí a mi izquierda —dijo girándose

hacia la señora Sánchez— está la mujer que va a llevar el Ross, todos en esta base sabéis de sobra quién es y creo que no hacen falta presentaciones. Ella misma elegirá próximamente a sus tripulantes en vistas de la imperiosa necesidad que tenemos de poner estos dos buques en marcha lo antes posible. El Donald Cook, en cambio, será el estreno de un nuevo capitán. —Hizo una breve pausa y continuó—. Entre los efectos personales de Don Julio había una caja con diferentes informes sobre un joven sobresaliente a la par que problemático, un muchacho que no me daba ninguna seguridad ni lo querría a mi lado por lo que relata su expediente, es más, hasta que no leí el informe sobre la batalla donde perdimos la Blas de Lezo y la Álvaro de Bazán, no comprendí por qué ese muchacho era de tanto interés para mi amigo. —Miró hacia la primera fila y buscó con los ojos a Máximo—. Señor Núñez, forme en el estrado—.

Con todas las miradas clavadas en él, subió y se irguió a la izquierda de la capitán Sánchez.

—Es un honor para mí y para toda la Comandancia de la Marina otorgarle la Cruz de Guerra y el mando del buque así como el ascenso extraordinario a capitán de fragata—.

Una marea blanca se levantó de sus asientos y comenzó a aplaudir ante el asombro y la incredulidad de Máximo, que se había anclado al suelo y no podía bajar su sonrisa del rostro.

El almirante cortó el aplauso y terminó su discurso deseando suerte a todos los allí presentes para las jornadas venideras.

Durante las siguientes dos semanas Máximo y su tripulación estuvieron haciendo diferentes tareas con los manuales del barco en la mano para aprender cada acción posible con él. Trastearon con todos los sistemas de navegación, de radares, de tiro, de guerra electrónica y hasta cronometraron cuánto tiempo tardaban en desalojar el barco en los botes o en completar un zafarrancho de combate. En dos semanas, un tercio de lo que normalmente se necesita para conocer los funcionamientos de un nuevo barco similar al que estás acostumbrado a llevar, se hicieron casi expertos de ese buque. El *Donald*, como lo apodaron, era más grande, más veloz, más letal y requería más personal que la *Álvaro de Bazán*, pero con la estrategia de unificar tareas y puestos del recién ascendido, consiguieron no necesitar a nadie más para ponerlo en marcha e iniciar su turno de patrulla justo a tiempo para la nueva ofensiva de Marruecos. Alí Al-Bashad, el elegido por el rey Mohamed VI como general mayor del Ejército y planificador de toda esta guerra, había preparado una escuadrilla de siete cruceros, cinco fragatas y dos buques anfibios para transporte de tropas y planeaba hacer un ataque conjunto sobre Rota y San Fernando mientras la fuerza principal, que constaba de diez fragatas, dos

destruidores, un acorazado y un transporte de tropas asaltaban Cartagena.

El dos de mayo Marruecos ejecutó su ataque. Las acribilladas fragatas Santa María, los escuadrones 111, 112, 113, 141 y 142, las fragatas Almirante Juan de Borbón, Méndez Núñez y Cristóbal Colón y los submarinos clase Isaac Peral, además de los dos destruidores americanos, participaron en la defensa.

Las F-100, los submarinos y los escuadrones 141 y 142 se encargaron de la defensa de Cartagena y los demás; de Rota y San Fernando.

Capítulo 16: Un Español Vale por Diez Hombres

El cielo del alba estaba rompiéndose en chispas con los fogonazos de disparos y explosiones, la lluvia de metralla servía de rocío para los cascos de los buques esa mañana de mayo en la costa gaditana. Los navíos españoles habían formado un muro de contención a la entrada del puerto y los eurofighters volaban a seiscientos metros en formación de ataque mientras los proyectiles antiaéreos les empezaban a alcanzar. El plan de defensa del almirante era el siguiente, mientras las fragatas y destructores ralentizaban e incluso hundían a los barcos enemigos, sus aliados los tomarían por la espalda de tal manera que quedaren rodeados y no tuvieran más opción que rendirse o ser hundidos.

Pero los marroquíes no eran tontos, en cuanto vieron aparecer los *spots* portugueses en sus radares, dividieron la escuadrilla y se lanzaron con cinco cruceros a por ellos. Les superaban en potencia de fuego con creces, tal que hundieron cuatro fragatas portuguesas en un abrir y cerrar de ojos.

—Se acaba de ir al traste la estrategia. ¡Informen a los demás capitanes de que nosotros vamos a cargar! —exclamó Máximo.

—Máximo, nos superan en número—.

—Carguemos o no, eso no va a cambiar y hay un puerto que defender—.

Los buques se fueron desprendiendo de sus posiciones y formaron en cuña siendo el *Donaldo* la punta de lanza. El problema que se le planteaba era que si se lanzaban a ayudar a los portugueses, dejaban desprotegido el litoral; si se dividían en dos, los marroquíes les pasarían por encima reunificando sus barcos; y si se centraban sólo en el grupo que tenían en frente de ellos, los portugueses serían presa fácil.

—Vale, genio, ¿ahora qué? —preguntó Lucía con aire chulesco por radio.

—Hay que confundirlos, la Santa María, la Victoria y la Navarra que vengan con nosotros a rodear al grupo grande, tú y el resto tenéis que ir a por los perseguidores de los lusos. Nosotros ponemos rumbo dos uno cero; vosotros tres tres cero. Si intentan ir a por el puerto, la Canarias, que sería la última de tu flanco, tendría que virar y ayudarnos a hacer la pinza—.

—¿Nunca puedes tener un plan que no sea un suicidio?—

—*Alea iacta est, capitán*—.

Repentinamente, dos cazas salidos desde tierra pasaron a escasos cien metros de la escuadra en plena fragmentación. Escarapelas

españolas, insignia del Ala 12, del 121 escuadrón. Eran los mismos salvadores que los de hacía tres semanas.

—Al habla el capitán Carvajal, mi compañera y yo hemos escuchado que necesitáis una mano. Aquí tenéis dos avispones dispuestos a picar hasta morir—.

Andrés Carvajal López y Sofía González Villalobos, dos ases del F-18 aparte de dos capitanes que se meten en más líos de lo debido. Dejaron caer el infierno a su paso entre las cortinas de balas y los cañonazos, consiguiendo atraer el fuego antiaéreo sobre ellos y que los dos escuadrones pudieran lanzar el contragolpe.

—Bueno, esto sí que decanta la balanza a nuestro favor, ahora son ellos los que están jodidos —pensó Máximo.

—¡A por ellos! —exclamó.

La escuadrilla de Doña Lucía atrajo rápidamente la atención de los cruceros mientras Máximo comenzaba a enlazar la sogá sobre el grupo principal de naves enemigas. En un lento y amplio viraje encerraron a sus adversarios que, cada vez más constreñidos, lanzaban salvas sin atino alguno mientras les impactaban misiles desde el cielo y proyectiles desde el mar. Fue entonces cuando las fragatas marroquíes empezaron a poner cargas y torpedos en el agua, dañando significativamente a la Navarra e inutilizando la Santa María.

—¿Daños?—

—A la Navarra le acaban de abrir el casco y la Santa María está sin dirección ni propulsión, pero no hay movimiento en cubierta que indique evacuación, ¿cuáles son las órdenes, capitán?—

El puente entero tenía la mirada clavada en Máximo y él no paraba de saltar de una cara a otra. Al séptimo par de ojos encontró la respuesta.

—¡Abandonamos el rodeo, hay que salvar a los nuestros!—

Así, tanto el *Donald* como la Victoria rompieron el viraje y se interpusieron en la línea de tiro de sus enemigos para proteger a sus compañeros.

Cinco millas al norte, Lucía había comenzado las labores de rescate de los portugueses a través de los helicópteros embarcados y las balsas de salvamento, dejando encargada a la Numancia de recogerlos. Los otros navíos y los dos ases continuaban la persecución de los cruceros.

—Aguantad un poco más, toalleros bigotudos, —pensó en voz alta Lucía.

—Señora, los pilotos inician el último bombardeo —comentó su segundo de a bordo.

—Bien, comuníqueme a Armas y al resto de fragatas que iniciamos el ataque—.

Poco después, las explosiones en cubierta enemiga se hicieron visibles, cañones y protecciones del enchapado salieron por los

aires al paso de los cazas y de los impactos de la munición de la Canarias, la Reina Sofía y el Ross. Los cruceros abandonaron inmediatamente la persecución de las pequeñas fragatas y viraron hacia sus agresores con ganas de represalia.

—Los perros están rabiosos —dijo Lucía mientras observaba por los prismáticos los movimientos enemigos—. ¡Quiero todo el armamento de este barco disparado inmediatamente!—

El fuego se intensificó y los cruceros empezaron a irse a pique hechos trizas.

—Siempre va a haber un pez más grande que vosotros, por eso no se pega a los hermanitos pequeños, ¿no os lo enseñaron en la academia? —se burló la capitán.

El último de ellos se fue abajo instantes después, justo a tiempo para ayudar a Máximo con el grupo principal. En la media hora que había tomado salvar a los portugueses, Máximo y su escuadrilla habían conseguido hundir tres fragatas y los escuadrones de eurofighters a un crucero, pero la Navarra tenía una fuga descontrolada y la Victoria estaba a merced de la marea.

—¡Máximo, Lucía está de camino, treinta segundos y nos ayudan con misiles antibuque!—

—Bien—.

Efectivamente, mientras en la cercanía las fragatas y el *Donaldo* peleaban con uñas y dientes, los *Harpoon* del Ross, la Reina Sofía y la Canarias caían sobre las naves enemigas uno tras otro.

—Grim, ¿listo para otro tiro de oro? —preguntó Máximo por circuito interno a Armas.

—Siempre—.

—Buque con indicativo Foxtrot-Zulú-Echo-Juliet, es el líder de la escuadra—.

—Foxtrot-Zulú-Echo-Juliet —se repitió para sí mismo mientras hacía rotar a la torreta en busca de su blanco—. Mark 45 armado y listo, a tu señal—.

—¡Fuego!—

Tal y como pasó la última vez, Israel puso un proyectil de 127 milímetros a volar con un objetivo: el puente de mando. Atravesó el parabrisas lateral y estalló en el interior con tamaña explosión que la superestructura de ese buque desapareció, así como su esperanza. Sintiéndose derrotados, el crucero y sus similares detuvieron el fuego, arriaron la bandera e izaron un pabellón blanco. Máximo dio la orden de apresarlos una vez sendas escuadrillas se reagrupasen sobre la posición del *Donaldo*.

—Bueno, pues parece que al fin vamos a poder saber algo más de cómo se han hecho con buques de hace un siglo y de estas moderneces sin que nadie se percate. Me lo voy a pasar muy bien

observando cómo los infantes empluman a estos pollos —pensó Máximo al ver cómo se agitaban sus banderas blancas.

—¡Máximo, no sé cómo demonios te salen tan bien los planes siendo tan ridículos! —se mofó el señor Volek por radio.

Pero entonces, una llamada de socorro entró por el canal de emergencias. ¡Provenía de la Colón! El operador de radio exhortaba refuerzos lo antes posible, les estaban sobrepasando y el acorazado les estaba machacando a base de cañonazos.

—¡Nos están cosiendo a tiros! ¡El barco está para el arrastre! ¡Necesitamos a alguien aquí ya!—

—Marinero, ¿cuál es la situación? ¿Cuántos barcos son? ¿Cuántos de los nuestros quedan?—

—¡Quedamos solamente nosotros y los submarinos! ¡Son muchos, necesitamos ayuda, capitán! ¡Todavía les quedan tres fragatas y el puto acorazado!—

Lucía, Lucas y Máximo lo tuvieron claro, sus buques eran los menos dañados y los que más capacidad tenían para dar apoyo a los de Cartagena, de modo que emprendieron la marcha de trescientas millas al mayor ritmo que les permitían sus motores, treinta nudos, pero aún así no serían capaces de llegar antes de la tarde. Sólo les quedaba rezar por que sus compañeros aguantasen el tipo hasta entonces. Si lo que el asustado operador había dicho era la situación

real, sin un detalle olvidado en medio del agobio, eso significaba que dos escuadrones enteros de cazas habían sido abatidos y dos F-100 habían sido hundidas, por increíble que pareciese.

La situación bélica acababa de pasar de grave a crítica, de once fragatas con las que se disponían en un principio, apenas quedaban cuatro (cinco si conseguían salvar a la Colón). La Álvaro de Bazán: hundida; la Blas de Lezo: en paradero desconocido; la Juan de Borbón: hundida; la Méndez Núñez: también a pique; la Santa María y la Navarra: para el arrastre, y no había previsión de que nadie les ayudase, como mucho les alquilarían los barcos, pero el pacto de la OTAN no iba a ser respetado en cuanto a la idea principal de éste. Cosa bastante normal después de que España llevara incumpliendo las cuotas de gasto militar y de aporte al pacto durante dos décadas, pero, para variar en temas de política, el pato lo iban a pagar (y ya lo estaban pagando) todos aquellos que no habían tenido ni voz ni voto en esas negociaciones ni en las del presupuesto.

En la larga travesía no encontraron ni un alma en el mar, toda la Marina de Marruecos parecía haber sido movilizada en este ataque conjunto. En medio de la calma antes de la nueva tormenta, Máximo se recostó sobre el sillón del capitán, puso los pies en alto y se sacó su medallón, en su interior había dos fotos, una de sus

padres con él de pequeño en brazos de su madre, y otra de Andrea en Madrid antes de la universidad, antes de este desastre, antes de esta guerra. Se quedó contemplándolas durante horas mientras en su cabeza elaboraba un discurso con ambas.

—¿Sabes, mamá? Siempre me dijiste que acabaría haciendo algo grande, pero jamás me imaginé que fuera a ser de este calibre. De pequeño me acostumbraba a pensar que lo decías porque iba a inventar algo que cambiaría la humanidad, el coche electromagnético o solar o un nuevo avión capaz de ir de Madrid a Moscú en quince minutos, pero jamás se me pasó por la cabeza que esa oración fuera a hacerse verdad porque liderase un ejército en una guerra. De niño jugaba a soldados, como todos los niños, pero nunca pensé que me vería en una de verdad. No lo sé. Papá, tú siempre me hablaste de la Marina como la mejor época de tu vida, con el descerebrado de Pavón liándola cada dos por tres y con las pacíficas noches en alta mar en las que te dedicabas a filosofar sin abstraerte demasiado por si la radio tenía algo que decir. Sin embargo, lo que yo me he encontrado ha sido una aventura mayor, ahora que he sido nombrado capitán súbitamente, me siento como si fuera Churruca en joven y toda esta pugna Trafalgar. Pero, si mañana muriese en combate, me gustaría que os dijeran que morí como mueren los españoles, defendiendo su patria con gran honor, porque así es como me habéis criado, como un hombre. Aunque

pongo en duda mi hombría a pesar de ser un varón adulto, porque, si bien mis actos pueden asemejarse a los de un hombre, yo no me considero como tal, todavía me falta un escalón para que pueda llamarme a mí mismo “hombre”. Siento que en eso, Don Bosco se equivocaba, “no le pidas a Dios por una mujer hasta que tú no seas un hombre” decía el salesiano, yo le pedí por una y me dio a la mejor, por lo que aplicando la lógica, yo ya sería un hombre, ¿por qué yo no lo veo así si hasta Dios me ha dicho que lo soy? —Sacudió la cabeza—. En fin, las mías son chaladuras de un loco o de un tonto. En cuanto a ti, querida Andrea, siento que no te he dicho suficientes veces cuánto te amo y, por mucho que Almudena diga lo contrario, temo el día en el que lo lamente de veras, temo el día en el que muera sin haberme despedido de ti, sin haberte besado por última vez, sin haber podido escribir la más romántica de las cartas de despedida y sin haber podido concertar con una floristería el envío mensual de rosas a tu puerta con los poemas que te llevo escribiendo durante los años que hemos estado a dos mil kilómetros del otro. Cada día se me hace un infierno porque me hallo en constante peligro, temo mi muerte porque ella te rompería el corazón. Mi vida para mí no es más que un reloj de arena que me deja una sola caída de ésta para cumplir todo cuanto vine a hacer aquí y, si estallase ese reloj mañana, el reloj en sí no me preocuparía en absoluto, sino que me preocuparían tus lamentos y

tu dolor por mi abrupta partida, tus lágrimas y tus oraciones harían de mi estancia en el Cielo un infierno del que no podría escapar. Y a pesar de todo, aún vivo, aún me amas, aún tengo una familia, aún tengo a un ángel que vela por mí noche y día y, sobre todo, aún tengo el abrazo del Señor y, juntando todo ello, el único destino posible es la vuelta a casa. ¡Y volveré a casa!—

Capítulo 17: Carthago Nova

Delenda Est

A las seis de la tarde llegaron al escenario de una cruenta batalla de la que no parecía haber supervivientes. Una rojigualda rajada ondeaba enganchada a un hierro de un pilar maestro en un edificio que antes había sido el ayuntamiento. Columnas de humo se levantaban desde la ciudad y en la playa todavía estaban encallados los buques de desembarco de tropas enemigas. La defensa había fracasado. Cartagena había sido bombardeada y tan sólo un semiderruido campanario se erguía por encima de los escombros, el polvo y los destrozados edificios. Había sido una masacre en toda regla.

Los tres capitanes se reunieron en un mismo barco, el Ross, específicamente en el camarote de la capitán, para discutir qué debían hacer a continuación.

—Han destruido Cartagena y probablemente estén avanzando hacia el interior para establecer un perímetro, si alguno tiene una idea de cómo recuperar lo poco que queda en pie, que hable ahora —comenzó Lucía.

—Observando la destrucción me he fijado en que la ciudad como tal está arrasada, no obstante, las afueras y los castillos que rodean la entrada al puerto están casi intactos y tanto el Tercio de Levante de la Infantería de Marina como la FGNE tenía el acuartelamiento aquí —empezó a explicar el capitán Volek.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Máximo mientras sacudía la cabeza sin entender nada.

—Quiero decir que no todo está perdido, pensadlo, no hay literalmente nadie en los alrededores, si de verdad nos hubieran tomado esta ciudad, sus buques estarían patrullando sin cesar o al menos en el puerto. Tengo la corazonada de que esta situación no es lo que parece, habrán cañoneado Cartagena, pero no la han asaltado con éxito—.

—¿Entonces qué hacemos?¿Nos acercamos sin más?¿Tiramos las balsas al agua y vamos hasta allí? —preguntó irónica Lucía.

—Por muy tonto que te parezca mi razonamiento, usa la Navaja de Ockham. ¿Qué es más probable, que nos hayan tomado la ciudad, no hayan dejado a nadie para defenderla y hayan proseguido con su lista de objetivos o que los infantes hayan puesto a salvo a los supervivientes en los múltiples castillos de la zona y estén a la espera de los refuerzos solicitados?—

—Tienes que reconocer que ahí lleva razón, Lucía, —añadió Máximo—. Yo creo que lo óptimo sería que bajásemos unos pocos y lo comprobáramos—.

Soltando un bufido y poniendo los ojos en blanco, Lucía se plegó.

—¿Y quién baja? —preguntó.

—Iré yo —contestó Máximo—. Conmigo vienen también Escribano y otros diez, no vamos a arriesgar a nadie más, un pequeño pelotón y ya—.

—No sé si eres consciente de que ahora eres capitán, no teniente, y que no podemos permitirnos perder a otro—.

—Me voy contigo —saltó Lucas—. La corazonada es mía, si estoy equivocado, debo sufrir las consecuencias—.

—¿Por qué me tiene que haber tocado con los dos más tontos de compañeros?! Mira, idos al carajo, si estiráis la pata que no se diga que yo no os avisé—.

—Zanjado el tema. ¿Cómo y dónde desembarcamos?—

—El puerto deportivo parece un buen lugar, de ahí avanzaríamos hacia el interior de la ciudad y luego a alguno de los castillos medievales en busca de los infantes —respondió Lucas.

—Me parece bien—.

Alrededor de las siete de la tarde zarparon dos lanchas motoras del *Donaldo* con Máximo, Lucas, Daniel y otros nueve marineros con

el equipamiento táctico al completo, Lucía asumió el mando supremo de la escuadrilla hasta su regreso.

En cuanto pusieron un pie en tierra comenzaron a sentir escalofríos ante tan desolador paisaje. La muerte se sentía en el ambiente. Pero lo más escalofriante era el ruido, un desgarrador silencio que ni las olas del mar perturbaban. Y de pronto, cuando estaban a punto de llegar al ayuntamiento desde el que ondeaba la bandera, escucharon el sonido de un cerrojo de fusil. Inmediatamente, el pelotón entero formó en círculo y empezó la búsqueda visual por azoteas y balcones rifle en ristre.

—¡Pegados a la pared! —gritó Lucas.

Entonces, escucharon dos silbidos.

—¡Son de los nuestros, sargento! —exclamó una voz proveniente del campanario semiderruido de la iglesia de Santa María de Gracia.

Una patrulla de seis hombres apareció doblando una esquina y el susodicho sargento dejó su G36 colgando de la correa mientras avanzaba hacia Lucas con la mano extendida. Era un hombre fuerte sobre los treinta años, de barba poblada y peinada, pulcro, algo más alto que Máximo, de ojos marrones y pelo negro.

—¡Bien, los refuerzos! —exclamó.

—Sí y no, somos más bien un grupo de exploración de apenas doce —respondió Lucas mientras se la estrechaba—. Capitán de fragata

Lucas Volek —se presentó—. Viene conmigo el capitán de fragata Máximo Núñez—.

—Yo soy el sargento Alfonso Rojo, este es el Tercio de Levante de la Infantería de Marina... o lo que queda de él —respondió mientras saludaba a Máximo.

—¿Cuál es la situación, sargento? —preguntó Máximo.

—Estamos buscando y fusilando a todo morrucho que haya desembarcado hoy—.

—¿Hay supervivientes civiles?—

—Realmente, ningún civil ha muerto, no que yo sepa. En cuanto vimos con lo que venían, los desalojamos de la ciudad, están repartidos entre albergues de otros pueblos y algunos castillos que hemos podido habilitar para los que no tenían a nadie a quien acudir—.

—Tenías razón, Lucas—.

El sargento arqueó una ceja como gesto de extrañeza.

—El capitán Volek se fijó en que no había movimiento alguno por los alrededores y sugirió que tal vez los supervivientes se hubieran refugiado en las fortificaciones medievales—.

—Muy perspicaz... Acompañadnos hasta nuestro teatro de operaciones, el Castillo de San Julián—.

Media hora de caminata después, llegaron al castillo. No era excesivamente grande, pero era un buen refugio en el que mantenían a unas cuatro mil personas. Aquel fuerte tampoco era medieval, sino neoclásico, exactamente del período de la Guerra de Sucesión, y sirvió en su día de protección para la margen oriental de la entrada al puerto de Cartagena, ahora era más bien un conglomerado de antenas de comunicación y un monumento.

Una vez tenían el terreno reconocido, uno de los marineros del pelotón empezó a montar la radio en el patio del castillo para futuras emergencias de los infantes, también para comunicar a la capitán que todo estaba correcto y pasarían la noche con los del Tercio de Levante. En la guardia nocturna, Máximo le hizo compañía al sargento en la almena de la torre. Con un par de cascotes improvisaron unos asientos y encendieron un pequeño fuego con leños para alumbrarse. Al cabo de tres cuartos de hora de silencio absoluto, el señor Rojo lo rompió.

—¿Cuántos años tienes, chaval? —Le preguntó el sargento encendiéndose un cigarro.

—Veinticinco—.

—Muy joven para ser capitán me parece, ¿cuál es tu historia?—

—No te entiendo—.

—Sí, que cómo diablos has llegado tan arriba en tan poco tiempo—.

—Yo entré de oficial alumno harán más de seis años y en enero de éste logré presentarme al examen de ascenso por número de días navegados pese a no llevar los años necesarios para ello. Aprobé con la segunda mejor nota el examen para teniente, luego vino la guerra, la batalla del Estrecho de Gibraltar, la muerte de mi superior...—

—Espera, ¿eres tú el héroe de Gibraltar? —Inquirió sorprendido—. Ahora me cuadra todo, pero aún así... ¡un niño de capitán!—

Hubo una pequeña pausa que Alfonso utilizó para dar una calada.

—¿Estabas presente cuando ocurrió la batalla de hoy? —preguntó Máximo.

—Sí, estaba ayudando a evacuar la ciudad—.

—¿Qué pasó exactamente?—

Alfonso exhaló pesadamente para arriba y respondió.

—Esos cerdos se plantaron a las ocho de la mañana delante de la bahía, cinco millas mar adentro más o menos, puede que diez. Nuestros navíos les cortaron el paso y comenzó el combate. Misiles, obuses, bombas, torpedos, cargas submarinas... todo el arsenal imaginable se usó durante estas cinco horas, pero esos hijos de la grandísima tenían un monstruo traído de otro tiempo, un crucero de otra época, un crucero enorme con cañones tan grandes como para meter una moto por ellos. Los escuadrones de aviones fueron derribados por la batería antiaérea y los misiles de la robada

Blas de Lezo. —Le dio otra calada bramando un insulto—. Las fragatas fueron sucumbiendo ante su abrumadora potencia de fuego, sin embargo, no hubo un solo bote en el agua, murieron peleando hasta el último segundo, por eso consiguieron mantener la proporción de uno a uno en hundimientos hasta los instantes finales. La última media hora fue el aguante por cojones de la Cristóbal Colón frente a tres fragatas y el acorazado. Esos héroes, que la mala memoria de esta nación olvidará, cumplieron su misión, nos dieron el tiempo exacto para evacuar a todos los civiles y establecer posiciones para combatir a los invasores que pusieran un pie en esta santa tierra. —Hizo una pausa para dar otra calada y prosiguió—. El final de la batalla fue el más vil y cobarde que he visto jamás. Los putos moros apuntaron con sus baterías a la ciudad e hicieron fuego. Los vestigios romanos, las iglesias, las casas, los comercios... todo destruido por sus proyectiles. —En ese instante se echó para delante y señaló a Máximo con el cigarro—. Escúchame, hijo, si tengo algún día en frente al cabronazo del Mojama Seis, los Derechos Humanos no tendrán valor alguno durante el tiempo que le tenga a mi merced—.

Máximo ignoró eso último.

—Aún así, ¿cómo es que no hemos visto a ningún buque si al parecer sobrevivieron cuatro de los suyos?—

—Porque no lo hicieron. Nuestros submarinos lograron hundirlos aunque tuvieran que hacer un ataque suicida. —Dio la última calada al cigarro y tiró la colilla—. Tenían los alrededores de los barcos repletos de cargas submarinas y de señuelos para torpedos, la única forma de darles era acercándose mucho y eso es lo que hicieron. Nuestros dos submarinos navegaron esquivando unas y otras hasta que se aseguraron de que podrían hacer blanco, mientras, los marroquíes arrasaban nuestra preciosa ciudad. Pero esa jugada les costó los aparatos y buenos hombres al invariablemente activar algunas de las cargas. Rescatamos a cien del agua, a los demás los damos por muertos—.

—¿Y en tierra? Hemos visto que desembarcaron—.

—Sí, desembarcaron alrededor de ochocientos morenos con la mierda hasta los tobillos. Iban de gallitos con toda la flota detrás, pero sin ella no eran nada más que unos cuantos inútiles que se creían comandos. ¿Te acuerdas de Víctor, el que estaba en el campanario?—

Máximo asintió.

—Sargento de especiales, tirador. Quince bajas hoy desde ahí. Los muy subnormales iban como pollos sin cabeza por una de las calles más anchas y con menos lugares para cubrirse de toda la ciudad. A otros tantos los sorprendimos las patrullas. No obstante, mis exploradores dicen que se bajaron ochocientos cincuenta tipos y

sólo hemos contado setecientos veintitrés cadáveres, todavía hay ciento veintisiete moros en nuestra casa y eso me preocupa—.

—Otra cosa que no llego a comprender es dónde están los oficiales de su tercio—.

—Entre los escombros de esta ciudad —dijo mientras se encendía otro—. Quedamos un teniente de la FGNE, otro teniente sanitario del Tercio, servidor y otros tres sargentos que están ahora mismo de patrulla con sus hombres. El capitán y el coronel están desaparecidos desde el ataque y no han dado signos de vida. Y, ¡oh! Por si no lo he mencionado antes, también se guardaron unos pocos obuses para nuestra base, está hecha arena—.

—¿En total?—

—Catorce de especiales, cincuenta y cuatro del Tercio—.

—Joder...—

—La artillería es lo que más bajas causa en una guerra —zanjó con la mirada perdida en el fuego.

Hubo una larga pausa en la que sólo se escuchó cómo fumaba el sargento hasta que, a medio cigarro y con el ambiente estelar idóneo para filosofar, le preguntó a Máximo.

—¿Alguna vez te has planteado que todo esto, el mundo que conocemos, la forma del mismo, la “civilización”, lo correcto y lo incorrecto... sea un engaño? ¿Que nosotros y todo humano de a pie

seamos nada más que marionetas de carne y que nos controlan veinte tipos?—

—¿A santo de qué viene la pregunta?—

—Verás, llevo treinta y cuatro años en este planeta y no paro de observar cabos sueltos que nadie quiere atar, aunque, hay algo en tu cara que me hace pensar que los tienes anudados, puede incluso que lleves más que yo. —Dio la última calada y lo tiró por encima de la almena—. Mis preguntas radicales arrancan con estas dudas: ¿por qué llevamos donando millones y millones de euros a Marruecos cada año para que endurezca las fronteras en vez de endurecerlas nosotros? ¿Por qué cada vez llegaban, hasta que comenzó la guerra, más y más inmigrantes ilegales? ¿Por qué todos los medios nos dicen que tener hijos es malo, que la familia tradicional es mala, que lo ideal es la fiesta y la promiscuidad mientras nos venden que necesitamos cientos de miles de inmigrantes para que el país siga creciendo? Estas preguntas tienen diez años y desde entonces he estado indagando, buscando y preguntando y uno de los cabos que me es más difícil de atar proviene de la siguiente pregunta: ¿cuál es el objetivo de todo esto?—

—Lo ignoro—.

Máximo acababa de mentir, sabía exactamente la respuesta, pero no conocía lo suficiente a ese hombre como para concedérsela.

—Y luego están los grandes señores de la guerra y el caos, Rockefeller e hijos, los Rothschild, Soros... la lista es larga, pero tienen en común que son los responsables últimos de todo cuanto sale en el periódico y la televisión. ¡Esa gente es la responsable incluso del método de gobierno de países enteros y de quién los gobierna! Ellos y su asquerosa... ingeniería son los que deciden que hoy Soler sea el “bueno” y Conde el “malo”, que la “derecha” sea el diablo y la “izquierda” la única opción si eres una persona honrada. ¡Bah! Al final todos son lo mismo aunque la apariencia diga lo contrario, por eso llevo también diez años sin jugar a esta mierda que nos venden por democracia—.

Se inclinó de nuevo hacia Máximo y casi susurrando le habló.

—Sé que sabe más de lo que quiere decir y hace bien, no sabe aún si soy compañero, perro del Estado o amigo. De igual manera tengo que pedirle que confíe en mí, capitán, —era la primera vez en toda la conversación que le hablaba de usted y le concedía el debido respeto a los galones, cosa que le sorprendió a Máximo—. Sé que puedo aparentar ser un loco con todo lo que he dicho, pero si tengo algo claro es que mi estancia aquí no va a ser para siempre, por eso vale la pena osar preguntarse tales disparates y cuestionar todo lo establecido—.

Capítulo 18: Punto y Coma

Máximo despertó en su pequeña tienda de campaña con las voces de los soldados de Rojo.

—¡Veintidós menos, señor! —Gritaban mientras apagaban el motor del vehículo.

Salió de su tienda frotándose los ojos, con la camiseta recién puesta y las botas desatadas.

—Serán las seis o así —pensó nada más observar la poca luz que había.

En seguida le recibió el sargento en el centro de la plaza con una amplia sonrisa y haciendo como si no hubiera pasado nada la noche anterior, como si no hubiera dudado de la existencia misma o el orden de las cosas.

—¡Ah, capitán! Tengo un mensaje para usted, recogen todo antes de las nueve, les están esperando en sus buques para volver a casa—.

—¿A casa? ¿Y dejar desprotegido el Mediterráneo?—

—Órdenes desde arriba dice su compañera—.

—Me tocará mandarle una carta al Alto Mando diciendo que me chupan un huevo y parte del otro, no hemos perdido a más de quinientos hombres en una batalla para ahora regalarles la costa—.

—Sea lo que sea, aquí siempre seréis bien recibidos —le agarró del brazo y se acercó a su oreja para susurrarle—. Sobre todo para desobedecer órdenes estúpidas—.

Se dieron la mano amistosamente y Máximo emprendió el camino de vuelta al grupo de tiendas asignadas a su unidad.

A las diez de la mañana estaban ya en los navíos y el mensaje del almirante se reproducía por todo el barco. Era un discurso de aliento dirigido a los marineros supervivientes y a los que estaban patrullando las aguas en navíos más pequeños, un discurso que les animaba a seguir adelante y a sobreponerse al miedo, un discurso en el que les daba su palabra de que pronto la guerra acabaría, de que Marruecos no tenía más arsenal con el que atacar y que la tregua, o la paz, eran inminentes.

Y fue así, tras otras cinco escaramuzas enemigas, una gran batalla más, en la que participó y fue lisiado Lucas Volek, y un pacto de no agresión durante quince meses, que se llegó a la tregua el trece de julio. Aunque, lejos de ser una pequeña victoria, era una vergüenza dados los términos en los que se aprobó. De ahora en adelante, España aceptaba la legítima soberanía de Marruecos sobre los territorios ocupados y juraba no reclamarlos en un futuro ante las organizaciones supragubernamentales. Los hombres de Máximo y

él mismo no podían estar más furiosos, cientos de vidas perdidas en la defensa de la nación y miles de españoles secuestrados para que luego el Estado se bajara los pantalones.

A pesar de todo, y aprovechando este corto periodo de paz, el veinte de agosto de aquel año Máximo y Andrea contrajeron sagrado matrimonio en una pequeña iglesia de Oria, iglesia donde Juan Manuel Góngora, el cura que una vez salvó Máximo, había sido trasladado.

La boda no fue muy pomposa ni muy extravagante, pero fue su boda, y meramente por ello fue la más grande, bonita y enternedora de todas. Aquel día el problemático mundo se quedó esperando fuera mientras los novios disfrutaban de su día.

La noche de bodas para ellos se queda, pero después de ella ninguno de los dos volvió a ser el mismo ni a sonreír igual. Acababan de encontrar la felicidad plena y ya no eran dos, sino uno. Un solo ente formado por dos personas que se aman y nada mundano las puede separar.

Como luna de miel decidieron hacer una pequeña ruta por capitales europeas. Hicieron Viena-Praga-Varsovia recorriendo cada una de ellas al completo, no dejaron museo por visitar ni monumento por ver. Lejos de casa, lejos de la amargura y tristeza de la guerra, en

los prados verdes y los arroyos azules, se reencontraron con lo que eran, lo que era la vida, la infancia que pensaban haber perdido con la madurez les fue devuelta durante esas tres semanas de juegos y troteo, de paseos cogidos de la mano y bailes a medianoche, de besos y arrumacos.

Allí, en las plazas y calles ajenas, se sentían aliviados a la par que extrañados pues notaban cómo faltaba esa tensión en el ambiente y el juego de sonrisas falsas; allí todo era verdadero. La arquitectura de las catedrales e iglesias, la frondosidad de los parques y la cristalinidad de los ríos pareció servirles de búnker para los malos pensamientos durante su tiempo fuera de España. Esa ruptura con el estrés constante les sentó mucho mejor y les ayudó mucho más de lo que jamás se pudieran imaginar. Y, curiosamente, como presagio de la vuelta a la cotidianidad, si es que eso existe en un periodo bélico, un hombre se les acercó mientras paseaban por los alrededores de la *Tumba del Soldado Desconocido*. Se hacía llamar Paweł Gut y hablaba un casi perfecto español.

—Disculpadme, señor, ¿es usted aquel soldado del que hablan los noticiarios?—

Andrea miró a Máximo y Máximo le devolvió la mirada con el mismo mensaje: *¿eres famoso?*

Máximo puso sus ojos en aquel joven rubio de iris azules y con cara de extrañeza le contestó que no sabía de qué le estaba hablando.

—¡Sí! —respondió entusiasmado—. ¡Es usted el *español invencible*, el de la guerra *españomarroquesa*!—

—¿Qué es lo que quieres? Te prometo que no te entiendo aunque hables mi idioma—.

—Señor, soy del Siły Zbrojne Rzeczypospolitej Polskiej, las Fuerzas Armadas, brigada de las Fuerzas Especiales y, en nombre de mis compañeros, quiero transmitirle nuestro arrepentimiento y nuestra pena por que no nos dejan ayudarles—.

Máximo cada vez levantaba más la ceja según menos entendía.

—Agradezco tus palabras, pero de verdad que no entiendo adónde quieres llegar—.

—Capitán, tengo la obligación moral de ello y de comunicarle que mis superiores están más cerca de ceder, una carta de su puño y letra podría hacerles cambiar de parecer y permitir a mis compañeros y a mí ir a ayudarles—.

—Creo que te voy entendiendo—.

—¿Y por qué tantas ganas de meteros en una guerra que no es vuestra?¿No erais ultranacionalistas?¿Qué os importa a vosotros lo que le pase a España? —saltó Andrea en tono de sospecha.

—Dama, nuestros abuelos nos contaron desde pequeños cómo nuestro país ha estado siempre solo frente a las invasiones, sabemos el dolor de pedir una mano y que nadie te la preste, por ello cuando vosotros, mis amigos españoles, la necesitáis más, nosotros sólo

tenemos ganas de tendérsela. Nadie debería sufrir lo mismo que hemos sufrido nosotros, siglos y siglos de ataques sin aliado a quien acudir—.

Andrea sólo pudo recular en su expresión y exhalar un —¡oh!— de sorpresa.

Tras un fuerte apretón de manos, el misterioso brigada se marchó del lugar tan fugaz como había aparecido y dejó mirándose con absoluta extrañeza a los recién casados.

—Y yo que pensaba que con los esclavos era difícil establecer una amistad instantánea —alcanzó a decir Máximo.

De vuelta en España, Máximo se dio un tiempo para volver a reencontrarse con un barco y la presión de ser mando después de los tan apacibles veintitrés días de luna de miel que había tenido. Sólo ese tiempo había hecho valer la pena los casi siete años separados. Andrea, por el contrario, inició el papeleo para su traslado al Hospital General De La Defensa De San Fernando inmediatamente después de retornar para poder mudarse con él.

Los meses siguientes fueron los más calmados de sus vidas cotidianas, ni ella tenía tripulaciones enteras tiradas por los pasillos a la espera de alguna habitación o de recibir tratamiento para sus heridas ni él tenía la adrenalina disparada por la batalla; sólo

patrullas rutinarias sin mucho de lo que preocuparse (para su sorpresa, Marruecos estaba respetando el alto el fuego). Afortunadamente para ellos, su única preocupación grande fue la mudanza.

En este tiempo sucedieron grandes cosas en España, entre otras *La Carta de los Ejércitos* y la *Revuelta de Emérita y Alcántara*, sublevación popular de regiones extremeñas contra el gobierno central y autonómico. El escrito era un texto de ciento quince páginas que ponía de manifiesto todas las necesidades militares a cubrir antes de que finalizase la tregua, los sumos mandos resaltaban la imperiosa necesidad de suplir las cerca de cien aeronaves perdidas y al menos tres fragatas más, aparte del reclutamiento de dos mil personas. A diferencia de lo común, esta carta fue remitida a Su Majestad antes que al Gobierno, cosa que cabreó a éste y por la cual pusieron bajo vigilancia a la Corona interpretando que estaba incitando una rebelión armada. El presidente y sus ministros tenían muy en mente los disturbios del campo y no querían que escalasen a algo de carácter nacional.

El Gobierno denegó la gran mayoría de peticiones y no repuso ni a la mitad las unidades perdidas (realizó la compra de dieciséis Panavia Tornado a Italia, veinte Mirage 2000-5 a Francia y doce

Su-27 a Ucrania, todos los modelos a buen precio por las elevadas horas de vuelo que tenían los aparatos, la fragata Carlo Bergamini y todo el material asociado de cada elemento) y a pesar de que no era excesivamente alto el desembolso que se hizo por lo adquirido, hizo subir los impuestos que ya de por sí eran asfixiantes para las clases más bajas y medias, agrandando así aún más la brecha entre ricos y pobres.

Parte 4:
Francisco Javier Castaños

Capítulo 19: Luz

La Guerra es cruel, vil, sangrienta, incierta, desesperanzadora, tormentosa, asfixiante y sucia, por ello, sólo los que flotan por encima del barro o los que se meten hasta donde haga falta, la acaban ganando. Pero si algo bueno aporta un conflicto como éste, es unidad. Desde el principio de la pugna, los vetustos y polvorientos nacionalismos que traían de cabeza a España se habían callado y no había otra bandera enarbolada que la Rojigualda. Habían necesitado de un invasor para apartar las ligeras diferencias entre culturas, pero al fin lo habían hecho. El pueblo español había comprendido que de nada valían diecisiete autonomías que les dividían y diferenciaban en aspectos tan básicos como la Educación o la Fiscalidad. España debía volver a ser una y abolir todo privilegio territorial después de haber ganado la guerra.

Otra característica que pusieron de manifiesto los españoles fue que cuando no se tiene nada por perder, es cuando el individuo quema todo lo impuesto, todo lo falso, todo lo innecesario y recupera su esencia, vuelve a la humanidad. Y el humano español se distingue de los demás por dos rasgos en particular: la osadía y el tesón. Sólo esto puede explicar que cientos de jóvenes, varones y mujeres,

sometidos a la contemporaneidad y a la mala paternidad del Estado decidieran alistarse al día siguiente de que su patria, en forma de Su Majestad, les pidiera que dieran sus vidas por ella. Niños de toda la nación, de todas las clases sociales, ahora desengañados al descubrir que nada de lo que les habían metido en la cabeza era cierto si no había terreno en el que cumplirlo, tomaron las armas y se unieron a los ejércitos.

Puede que el armamento fuera escaso. Puede que los buques, aeronaves y vehículos terrestres fueran escasos. Pero de soldados, de eso había suficientes como para tomar el planeta.

Además de los nacionales, con la carta firmada por todos los capitanes de fragata, capitanes de navío y los almirantes, Polonia accedió a enviar dos fragatas, una corbeta, cinco helicópteros y quinientos hombres voluntarios para participar en el enfrentamiento en la que denominaron *Flotylla Hispania*.

Sorprendentemente, la calma se mantuvo incluso dos meses después de la finalización de la tregua, nadie quería dar el primer puñetazo del segundo asalto. Los buques españoles estaban listos desde hacía meses, los B.A.M. y las corbetas patrullaban el Mediterráneo noche y día, las fragatas y los destructores esperaban aparejados y a media amarra de zarpar si los patrulleros daban el

aviso (el USS Porter y el USS Carney habían sido también prestados según el acuerdo con Estados Unidos). Todo estaba dispuesto en España para resistir otro embiste y devolver el golpe, pero no fue hasta el tercer domingo de Adviento que se produjo.

El Audaz detectó a toda una flota dirigiéndose a Málaga, cerca de quince naves de ataque y tres de transporte de tropas planeaban un desembarco de más de cinco mil hombres y vehículos pesados.

Esta vez no había sorpresas ni un desequilibrio de fuerzas considerable, nadie tenía la necesidad de entrar en combate abierto ni la de sacrificar naves. Durante días, el mayor estruendo que se escuchaba era el de las salvas de advertencia y las bocinas. No fue hasta el tres de enero que los marroquíes abrieron fuego real sobre el Furor, hundiéndolo y dejando a la mitad de la tripulación herida y a un tercio muerta. Aquel día empezó la verdadera guerra, una lucha sin escrúpulos en la que los civiles fueron las mayores víctimas, los proyectiles enemigos caían sobre sus casas con la única intención de matar al mayor número de ellos.

Los hospitales no daban abasto, tuvieron que utilizar salas y pabellones reconvertidos en hospitales de campaña. La destrucción se contaba por hectáreas y los muertos por miles. Las ciudades del suroeste del Mediterráneo quedaron reducidas a tristes escombros y sus habitantes sucumbieron con ellas.

Durante dos días de intenso fuego y antifuego, sendas armadas lucharon en el mar sin dar su brazo a torcer; los marroquíes habían perdido mucho para ganar y los españoles no se lo iban a dar.

Al tercer día, el último barco de los agresores fue hundido y una centena de tripulantes, además de otros dos mil de las demás embarcaciones, fueron apresados.

Los interrogatorios arrojaron algo de claridad sobre el porqué de esta guerra, confirmando lo que hacía un año y medio otros prisioneros habían confesado. El rey Mohamed VI tenía contactos con grandes fortunas de la industria tecnológica y en Canarias se habían encontrado montes submarinos plagados de metales caros y necesarios para esta práctica, por lo que había pedido la organización de una estratagema para apoderarse de ellas y extraer los recursos. Ceuta y Melilla eran daños colaterales de la expansión por el norte de África y servían como distracción mientras llevaba a cabo su plan. En cuanto a las naves y su compra increíblemente discreta, el propio rey había ido a los diferentes poseedores de éstas y les había puesto un cheque en blanco sobre la mesa.

Pero ahora que al fin ningún indeseable protegía las asaltadas ciudades autónomas, era el momento de ir al ataque con todo lo que quedaba. Y aunque esto era ínfimo, las ganas de zanjar el conflicto

y volver a casa eran tales que cubrían la falta de material con destreza y determinación.

El Juan Carlos I, buque de transporte de tropas y porta-helicópteros usado como portaaviones para aeronaves de despegue vertical, sumado al *Donaldo*, el Ross, la Victoria y el Audaz tomaron Ceuta el once de enero del año II. Nada más vieron a sus compatriotas dirigirse a la playa, los propios ceutíes echaron a base de cuchillos de cocina, tijeras, jarrones, ladrillos y escupitajos a buena parte de los soldados haciendo que la toma de la ciudad fuera un simple desembarco de mil doscientos infantes de marina. En cuestión de dos horas, la ciudad estaba asegurada y, sin un solo marroquí a la vista, Ceuta volvía a ser España. Pero, apartado de ella, a unos cinco kilómetros, se veía un edificio en forma de torre de aspecto lúgubre, seco y que desentonaba con el paisaje verde y montañoso, en aquella construcción se habían resguardado los soldados de Mohamed después de huir de la ciudad a la espera de órdenes o apoyo.

Los infantes esperaron al día siguiente para, con los refuerzos, atacar la fortaleza y colocar la frontera de nuevo donde estaba. Cuán sería su sorpresa que tras tomarla con una leve oposición, descubrieron que no era una torre sino una cárcel en la que tenían prisioneros a los legionarios del Tercio Duque de Alba y a la tripulación de la Blas de Lezo.

Tras su liberación sólo quedaba Melilla por recuperar antes de poder centrar todos sus esfuerzos en Canarias. La campaña de ésta fue mucho más ardua porque no valía con capturarla, estaba demasiado lejos de la península como para poder mantenerla en caso de un contraataque por tierra. Para ello, y en el transcurso de cuarenta días, las tropas avanzaron tomando todas las ciudades costeras del norte hasta que al fin pudieron cercarla. El veinte de marzo, Melilla se alzó en armas por sí sola y combatió a sus hostigadores, acelerando de este modo la liberación final que fue con la entrada de legionarios e infantes el veintisiete.

Sucedieron dos semanas hasta que se aseguró de manera total y definitiva el entonces nombrado como *Corredor Africano* con la llegada de los blindados y los regimientos del Ejército de Tierra.

Abril inició con la convocatoria unilateral de navíos sobre Rota, la flota entera, o lo que era lo mismo, apenas cuatro destructores americanos, cuatro fragatas Santa María, la Carlo Bergamini, la *Flotylla Hispania*, el Galicia, el Castilla y el Juan Carlos I, fueron aparejados allí y partieron en rumbo dos uno cero con la única misión de retomar las Canarias de una vez.

Tres años de conflicto para ese momento.

Desde el sillón del comandante, Máximo pensaba en lo impensable hacía un año, el fin de la guerra. Estaban ya a escasas ciento ochenta millas de terminarla y volver a casa. A menos de trescientos kilómetros de su última batalla y poder abrazar por el resto de la vida a su amada. Absorto en su sueño, y con la mirada clavada en el azul horizonte, no se enteró de que le estaban llamando hasta que alzaron la voz.

—¡Capitán!—

Máximo dio un respingo y se recolocó en el asiento.

—¿Qué es?—

—El almirante le está llamando por radio. Dice que debe estar en diez minutos sobre la pista del Juan Carlos I—.

—Dígale que allí estaré, avise al piloto—.

Quince minutos después estaba en la sala de operaciones del buque insignia junto a los demás capitanes, recibiendo instrucciones del líder de la flota y ayudando a trazar el plan para la estocada final.

Capítulo 20: Ad Astra Per Aspera

Andrea sorteaba a los pobres ciudadanos demacrados y mutilados en su camino por el pasillo hasta el quirófano donde la necesitaban, el hospital era de nuevo un reguero de sangre y cadáveres al borde de la muerte, las paredes y suelos blancos presentaban innumerables marcas de sangre seca y vendas sucias tiradas, era todo un caos que ella y los demás intentaban organizar de la mejor manera, pero era imposible. Realmente no daban a basto con los heridos y lo peor era que no eran víctimas de la guerra, no eran aquellos setecientos mil civiles que habían sido bombardeados desde varias millas con total vildad, no, eran los heridos que había dejado la Policía abriendo fuego indiscriminado contra una manifestación de autónomos al borde de la ruina y el hambre. Trabajadores expoliados que habían salido a reclamar sus derechos y libertades, en teoría reconocidos en la Constitución.

Tardaron días en terminar la catalogación de graves, críticos y leves y de poder darles una camilla a todos los que debían permanecer en el hospital. Ella no podía creerse lo que le narraban esas pobres gentes, padres de familia en las últimas para poder alimentar a sus

hijos, comerciantes que debían cientos de miles de euros en impagos a Hacienda y créditos bancarios para poder pagar sus deudas con el Fisco, empresas familiares centenarias quebradas, técnicos y jefes de fábricas que habían acumulado años de horas extras para poder mantenerlas abiertas mandados al paro por la subida de impuestos... y, por supuesto, los medios tachándoles de “peligrosos fascistas” que querían asaltar la Junta de Andalucía. Lo que sintió al escucharles a cada uno de ellos hasta que fueron dados de alta o fenecieron fue un dolor visceral, una impotencia supina de querer apalizar al responsable de tal crueldad. Cuando al fin pudieron situar a todos los heridos en una habitación, se encargó de protegerles de quien entrare por la puerta buscándoles problemas. Le daba igual de dónde vinieran, quién les enviare u organismo público al que pertenecieran, nadie iba a ampliar esa injusticia, no mientras ella estuviera presente.

De esta forma, el hospital entero se amotinó e impidió la irrupción de policías y guardias civiles, quienes querían esposar y fichar a todo aquel que hubiera participado en la manifestación.

Durante los días que duró el motín, mientras los cuales Máximo estaba en camino de la Batalla por Canarias, Andrea estableció una amistad con un hombre llamado Tomás de Roda, andaluz de toda la vida por mucha apariencia de vikingo que tuviera. Él era uno de los heridos, aunque, afortunadamente, él tan sólo había recibido un

disparo en el hombro. El señor de Roda era un pequeño fabricante de aceite artesanal que trabajaba tanto sus propias tierras como las de otro hombre de campo que poseía frutales, y con ello se ganaba honradamente la vida.

—Aguantar esta puerta va a ser inútil, doctora. Tarde o temprano nos cogerán —dijo Tomás poniendo la última estantería para atrancar la puerta.

Andrea echó un ojo por uno de los pequeños reductos de ventana sin tapiar que habían dejado como mirilla y observó varios furgones policiales y alrededor de una veintena de oficiales, a lo lejos se escuchaban los helicópteros dando vueltas alrededor del edificio y las sirenas ensordecían a cualquiera que estuviera en un radio de veinte metros.

—La prensa dice que las revueltas están creciendo en la provincia y alrededores, el Parlamento de Andalucía ahora está hostigado por más gente aún de la que convocasteis vosotros, dudo que la Policía tarde mucho en dejarnos en paz —le respondió.

—En algún momento van a entrar por las ventanas o por Dios sabe dónde, ¿de qué nos sirve ganar unos días?—

—Si quieres entregarte, eres libre de hacerlo pero yo voy a defender este hospital de esos matones hasta el último segundo—.

—¿Por qué te juegas el tipo por nosotros?¿Por qué has hecho que todo un hospital militar se amotine contra las Fuerzas del Orden?—

—Mi padre me dijo una vez, “hija mía, la moral que te hemos inculcado va a entrar a menudo en contradicción con las Leyes porque éstas hace mucho tiempo que perdieron su base ética y se convirtieron en mandatos planos, de ahora en adelante, actúa según tu juicio”. Y yo ya he visto demasiado como para quedarme parada—.

—Aún así, necesitas algo más para convencer a tanta gente para revolverse contra el Estado—.

—Digamos que todos los que trabajamos aquí estamos hartos de todo cuanto ha pasado en la última década—.

Hubo un momento en el que sólo se oyó el ruido del exterior y entonces volvió a hablar aquel hombre mientras Andrea abandonaba la ventana.

—Pues ya que estamos en el mismo bando, permíteme presentarme, mi nombre es Tomás —dijo aquel grandullón campechano mientras le tendía la mano.

—Andrea, un placer —le respondió estrechándosele.

Mientras aguantaban la entrada, él le contó la historia completa y no sólo escenas de lo que había ocurrido.

Todo venía de mucho tiempo atrás, más de lo que ella había vivido. Resulta que la Unión Europea y el Mercado Común les impedían a los agricultores como él cultivar más de equis hectáreas de olivo por persona, entre otros plantíos, y los intermediarios cada vez les compraban a menor precio para que el distribuidor final pudiera vender sus productos en el territorio nacional, compitiendo con los precios de foráneos. Con cada subida de impuestos vendían menos y las ayudas que daba la UE nunca terminaban de suplir las pérdidas que tenían porque alguien entre el Banco Central Europeo y ellos se quedaba con la mayor parte. Todas las denuncias que le había puesto “el Campo” a la Junta habían sido desestimadas y se negaban siquiera a escucharles. Los nuevos gravámenes, los de hacía cuatro años en adelante, habían hecho colapsar a las cooperativas, a los invernaderos y a los agricultores, les habían puesto entre la espada y la pared con los nuevos impuestos y la subida de los viejos, a todos y cada uno de ellos les salía menos perjudicial vender los terrenos y cesar negocio que intentar mantenerlo a flote. Sin embargo, no veían justo que después de tantos años bajo el sol tuvieran que venderlo todo, por ello llevaban organizándose desde hacía seis años para pelear sus derechos y sus tierras. Tras haber probado toda vía legal y haber sido tratados como la última escoria, habían decidido salir con sus tractores y rodear la Junta hasta que se les diera una solución,

pero, en vez de hacerlo, la Junta se encargó de que los medios difamasen, mintieran y escondieran toda verdad sobre lo que había pasado aquel día y le dio carta blanca a los Cuerpos de Seguridad del Estado para desalojarlos lo antes posible. Conclusión: hubo un tiro al aire, seguido de un tiroteo al bulto, seguido de una estampida entre gritos y pánico.

Los golpes, las sirenas, las voces y los helicópteros siguieron con su cantinela, acosando al hospital durante cinco días, hasta que uno de los soldados que llevaban ahí ingresados desde enero se levantó de la camilla por primera vez, reunió a otros dos que yacían y salieron a hablar con los hostigadores. Y en cuanto a hablar se refiere, se puede decir más bien imponer su rango de teniente sobre los oficiales de policía y dejar bien claro mediante su vozarrón que la policía nada tiene que hacer en un hospital militar. A punto de llegar a las manos estuvieron, pero fuertes son los perros locos con los ratones, no delante de lobos cuya sombra se alarga por encima de sus orejas.

En ese tiempo, multitudes de disturbios y protestas estallaron por todo el país, las más fuertes en Madrid, Cantabria, Andalucía y Murcia. Los habitantes de las comunidades rodearon congresos y edificios públicos, llegando a tirar cócteles molotov en el caso de los ministerios situados en Madrid, y piedras a las ventanas y

puertas en los demás. Entre toda la turbación, el caos, la desesperación y la rabia, la Familia Real fue asesinada en secreto en los jardines de Palacio, sus cadáveres fueron cremados en una pira allí mismo y los únicos tres testigos de aquella atrocidad aparecieron al día siguiente en bañeras cuyas aguas estaban teñidas de rojo.

El Gobierno intentó jugar su última baza antes de ser borrado del mapa por el pueblo ordenando a policías y guardias civiles utilizar toda la fuerza para reprimir la revolución que ardía por las calles.

Capítulo 21: Focum, Fumus et Lutum

No fue fácil. Nada de lo relatado fue fácil a pesar de la interpretación que se le pueda dar a mi acelerada narración. Sin embargo, la Batalla por Canarias fue sin duda alguna la más desgarradora de todas, allí los enemigos se cebaron con los inocentes, los débiles y los sumisos utilizándolos a todos ellos para construir cañones costeros en tiempo récord y más tarde pasarlos por la espada. El último resquicio del poder naval de los dos países se encontraba en menos de cien leguas cuadradas y a punto de colisionar. Los Harrier estaban en el aire, inspeccionando el mar añil y turquesa antes del combate y analizando cuánto mal habían provocado durante ese tiempo los invasores en las islas. Al sur de Fuerteventura se veían minas marinas que sacaban telurio, níquel, platino y laurencio de las chimeneas del fondo basáltico, algo más al oeste se apreciaban estaciones petrolíferas recién construidas, es más, aún no estaban en funcionamiento, y, justo entre ambas estructuras, algo más al norte, un enorme buque vetusto que había sido actualizado a la guerra moderna. De las islas se elevaban columnas de humo gris y amarillento, habían quemado y gaseado a

todo aquel rebelde y su propiedad, no querían una insurrección como en las Ciudades porque aquí sería fatal, si los canarios cargaban contra ellos, no tendrían tierra para correr ni nadie que les pudiera socorrer. De las urbes quedaban en pie un quinto de los edificios, lo único en buenas condiciones que restaba eran los puertos y las grúas de aparejo, los campos habían sido quemados y rociados con sal y de los legítimos propietarios de aquellas islas no quedaba ni rastro.

—¿Qué piensas, Máximo? —le preguntó Daniel mientras observaba cómo su amigo contemplaba Lanzarote a través de su rosario sostenido en el aire.

—Pienso en la guerra, en cómo me ha cambiado. En que, muera o no en estos instantes finales, el hombre que era tu amigo ya ha muerto—.

Pasaron dos cazas por encima de la cubierta donde estaban ellos dos y Máximo miró su estela mientras realizaban la aproximación al portaaviones.

—Sonríe, amigo mío, pasado mañana festejamos y puede que no en esta Tierra —añadió una vez el ruido de las toberas se hubo disipado.

Seis de abril del año III. Ése fue el día en el que dio comienzo la tan anunciada batalla, los Harrier surcaron el cielo, muchos por última vez, y dieron con la flota que guardaba aquel terreno expoliado, calcinado, envenenado y explotado. Hacia ellos navegaban seis cruceros, dos fragatas y un acorazado dotado de misiles y radares de última generación; sin duda alguna ése era el buque insignia de la Marina Real de Marruecos. Aquel mastodonte sobresalía sobre el horizonte y sus acompañantes como el Teide sobre el mar, fácilmente podía tener doscientos metros de eslora y veinticuatro de manga y poseía dos chimeneas gemelas situadas unos metros detrás del puente, aunque, la ausencia de humo saliente indicaba que ya no usaba el sistema de propulsión original. Estaba armado hasta los dientes, cuatro torretas gemelas de 310 milímetros y un lanzador de seis cohetes componían el armamento principal, pero también disponía de diez baterías secundarias de 127 milímetros situadas en proa, justo delante del tándem de las principales, y en las amuras.

Las naves a cargo del almirante López Castro tomaron posición de tiro y ordenaron zafarrancho de combate. Durante dos minutos fue todo movimiento, sombras y escándalo, pero una vez completado se hizo la suma calma en la que nadie pronunció palabra ni hubo más ruido que el de los instrumentos. Todos los marineros, suboficiales y oficiales estaban agarrotados esperando la orden de disparar o el

primer disparo enemigo. Durante esos instantes, los aviones habían formado sobre las nubes y se estaban lanzando a por los buques, con la confirmación del primer impacto el almirante daría la señal para que todos abrieran fuego.

De pronto sonó la radio y el *Donald* entró en ebullición de nuevo, así como el resto de navíos.

Voces, información, pitidos, chasquidos, golpes, pasos sonoros... y en el epicentro de todo el estruendo, un impasible Máximo que miraba al enemigo a los ojos sin más gesto que el de sus labios susurrando un rezo. Entonces recibieron el primer disparo. Parado, los sistemas de defensa lo destruyeron en vuelo. Segundo, tercer y cuarto. Parados por los pelos. Quinto, sexto, séptimo y octavo. Baño de metralla para el casco. Noveno y décimo. Agua y fragmentos. Era el momento de contragolpear uniendo la fuerza de todos los buques. Cada uno disparó un misil, once fueron en el aire simultáneamente, seis impactaron en sus objetivos causándoles graves daños, tal que una fragata se fue a pique dos minutos después. Pero nada alteraba a Máximo, ni siquiera que las ojivas disparadas contra ellos explotaran a una decena de metros de su cara.

—Guerra es y guerra fue; la paz vendrá —dijo de pronto.

¡Quién pudiera saber lo que tramaban sus enemigos! En cuanto esa fragata se hundió, los demás iniciaron una retirada y se dispersaron por las islas mientras derribaban aviones como moscas.

Máximo sí se lo imaginaba, iban a ocultarse entre las islas y atacar de sorpresa como en una guerra de guerrillas, conduciéndolos poco a poco hasta las baterías principales del acorazado y los recién construidos cañones costeros. Por el contrario, el almirante flaqueó en visión y ordenó perseguirles hasta el fin del mundo si era preciso, quería zanjar de una vez el conflicto, pero eso sólo provocó que fueran directos a la muerte.

Sin más ojos en el cielo, iban a ciegas bordeando playas y cabos hasta toparse de súbito con fantasmas y sirenas que les arrastraban directos hacia un pelotón de fusilamiento. Todos los navíos que siguieron las órdenes del almirante cayeron en la trampa y fueron atravesados por disparos desde el mar y desde tierra, poco quedó de ellos salvo un suspiro en el aire. El buque de Máximo, el Ross, la Victoria y el Juan Carlos I fueron los únicos que no se metieron entre las islas y los únicos que salvaron el pellejo junto con los transportes que esperaban unas leguas más al norte.

Rojo de furia, Máximo pidió que contactasen con el almirante.

—¡Maldito saco de paja!¿En qué diablos estabas pensando, desgraciado?! Acabas de perder no sólo la batalla, sino el respeto de los que quedamos vivos —le gritó—. De ahora en adelante asumo

el mando, quédate en la retaguardia ordenando cafés a ver si te vuelve a funcionar el cerebro—.

Máximo ordenó virar al noroeste, alejándose de las islas varias millas mientras que los helicópteros embarcados buscaban y marcaban las posiciones de los cañones costeros.

Él bajó a la sala de Armas y allí encontró a sus amigos perplejos, todos notaban que algo había cambiado en él verdaderamente, como si aquella rebeldía hubiera fermentado en algo más.

—Sabes que esto significa perdón al pisar tierra firme, ¿no? —le preguntó Daniel en un tono serio.

—Me da igual, esa cabeza hueca no va a sacrificar más vidas en vano—.

—¿Cuál es el plan?—

—Que los helicópteros designen como blanco todos los cañones costeros que encuentren y nosotros los disparamos. Después, Dios dirá, pero hay que abrirles un camino seguro a los infantes. Aquí hemos venido a izar la bandera en Canarias, no a hundir barcos, eso es consecuencia de lo primero, pero si nos lo podemos ahorrar, mejor. Quiero zanjar esta puta guerra hoy, pero llevo pegándome desde el día que empezó con dos enemigos a la vez: los que me disparan y los que me mandan a recibir tiros con las manos atadas. Estoy harto de que el alto almirantazgo haya quedado para pasear “blancas al mérito” y que encima cuando se bajan al barro

demuestren que sólo saben hacer eso. Cuando vuelva a Rota yo seré hombre muerto si es que no vuelvo en un cajón, pero mi sangre correrá satisfecha sabiendo que lo hace pintando dos franjas y el alegre amanecer de la nueva primavera completa la bandera—.

—Para un poco, muchacho —le dijo Grimmer poniéndole una mano en el hombro—, primero vamos a por esos cañones y ya luego vemos qué ocurre—.

Máximo miró la mano de su amigo y después subió hasta su cara, notaba preocupación detrás de su ligera sonrisa.

—Menos mal que estáis vosotros—.

Capítulo 22: La Última Pica

A punto estaba de ser el ocaso cuando los helicópteros volvieron a sus barcos, habían encontrado un promedio de cuatro torretas por isla y, de casualidad, los puertos donde estaba atracada la flota enemiga. Desde luego a Máximo volvía a sonreírle el cielo. Pero ese pobre desquiciado estaba caminando sin rumbo alguno por todo el barco, daba vueltas por la cubierta sin quitar la vista del horizonte y lo poco que se veía de las islas a esa distancia. En su cabeza trazaba el plan completo y siete más por si con el primero no valía, y así estuvo hasta el anochecer; noche cerrada con nubes que tapaban la Luna nueva y que propició que Máximo borrara todo lo que tenía en la cabeza y se le encendiera la bombilla. Entró con tanta energía en la sala de Armas que casi desencajó la puerta de los goznes y asustó a todos los que estaban allí con el golpe que dió contra la pared. Tenía algo demasiado importante en mente como para permitir que se le escurriera por ir con formas. Se tiró encima de la gran pantalla que la presidía con un rotulador rojo y empezó a rodear las posiciones donde se habían localizado los cañones y los barcos y a escribir la hora del amanecer, la distancia interinsular, la velocidad de los buques enemigos, el radio de efecto de los misiles *Tomahawk* y diferentes rutas entre las islas de norte a sur que según

trazaba, borraba, una y otra vez, hasta que se echó hacia atrás para contemplar su locura y asintió satisfecho. Mientras, el resto de la sala y algunos marineros más que se asomaron le miraban como el que ve una vaca volando sin entender nada.

—Máximo, definitivamente has perdido la cabeza —le dijo Ángel desde su espalda a la vez que intentaba entender lo que había escrito el capitán como un maníaco.

—Creo que necesitas descansar, querido amigo, no estás bien —soltó Israel caminando hacia la pantalla.

—¡No! —exclamó—. ¡Despierten a todo el mundo! ¡Avisen a los demás barcos! Esta noche acaba todo—.

Los dos oficiales se miraron sin entender, pero acataron la orden e hicieron levantar y poner en alerta a todo el barco.

La tripulación no comprendía en absoluto por qué la habían despertado con tanta urgencia si no estaban siendo atacados, pero ahí estaban, en sus puestos. Lo que iban a hacer era golpear primero y certero, eso era en todo lo que se resumía los garabatos de Máximo. A partir de las dos de la mañana empezaron a poner en el aire a los helicópteros para que confirmasen visualmente los impactos de los misiles. Cuarenta y cinco minutos después estaban en posición y podían reconocer que la mayoría de la flota seguía en puerto, sólo echaban en falta el acorazado y una fragata.

—A las tres de la mañana abriremos fuego contra sus armas, seguidamente, nuestros compañeros se dividirán y realizarán rutas independientes norte-sur bordeando las islas con la orden de ignorar cualquier avistamiento de sus naves, ayer ya perseguimos fantasmas y lo pagamos muy caro. Hasta que no estemos reagrupados a veinticinco millas al sur de Tenerife no entraremos en combate naval, tampoco se deberá responder a su fuego en el caso de que nos disparen. Mientras nosotros los atraemos al sur, los buques de transporte de tropas desembarcarán a todos nuestros soldados en las playas del norte de las islas y avanzarán hacia el interior. Ése es el plan —explicó Máximo para todos sus hombres apretujados en la sala de Armas.

—¿Oído? —gritó Daniel a toda la marinería.

—¡Señor, sí, señor! —respondieron al unísono.

—Caballeros, a sus puestos—.

La sala se desalojó y empezaron a llegar diferentes mensajes del otro buque que iba a participar en el ataque y, por primera vez, Lucía no se quejó de un plan de Máximo, aunque no se sabe si por resignación o porque estaba de acuerdo.

Dieron las tres de la mañana y los primeros misiles empezaron a salir de sendos destructores así como las indicaciones por radio.

—Dos minutos para la fiesta, sectores Charlie 5 y 6, esperando confirmación del grupo Pantera—.

—Líder Pantera a *Donaldo*, dos minutos para la fiesta, sectores Charlie 5 y 6, recibido—.

Y poco después, el silencio de la noche se rompió por completo con dos explosiones sobre la isla de Tenerife.

—Líder Pantera a *Donaldo*, impacto confirmado, dos trompetas de la muerte menos—.

—Recibido. Siguiendo coordinadas: Delta 4 y Delta 5. Mismo retardo—.

—Delta 4 y Delta 5. Esperando al DJ para que empiece el show—.

De nuevo, dos misiles de crucero salieron del lanzador de cada barco y surcaron el cielo nocturno hasta hacer blanco.

—Líder pantera a *Donaldo*, fiesta en todo el mapa, mañana tocará hacer limpieza general—.

—Vuelva a casa, no queremos resaca y vómitos. Gran Conde está abarrotado, los tortolitos nos centramos en él, Locus os hace el relevo de carabinas—.

—Copiado—.

Los dos helicópteros que componían el grupo abandonaron el espacio aéreo de la isla y se dirigieron de vuelta a la Victoria.

Continuaron destruyendo las armas y puertos objetivos durante cuarenta minutos hasta que, justo a las cuatro y dos de la mañana, el Ross fue atacado desde doce millas con un misil.

—¡Han alcanzado a Sánchez, capitán! Una de sus fragatas les ha disparado —gritó un radio operador.

—¡Mierda! ¿Sigue operativo el barco?—

—Sí, el impacto ha sido en una zona no crítica—.

—Ordénele poner rumbo prefijado a la capitán y al señor Volek. Pasamos a la fase dos, nada de contestar el fuego—.

—Sí, señor—.

En la oscuridad de la madrugada los buques aceleraron y se abrieron a las bandas para iniciar la ruta que había trazado Máximo hacia el sur, mientras, los transportes y el Juan Carlos esperaban pacientemente a que no hubiera más moros en la costa para poder iniciar el desembarco de vehículos y tropas y retomar las islas.

Los radares indicaban que tres buques les estaban siguiendo bordeando islas, a veces el punto aparecía en la pantalla de la Victoria, a veces en la del *Donaldo*, otras en la del Ross, pero era claro que tres buques les perseguían sin imaginar toda la estrategia que había detrás de cruzar osadamente por el medio de territorio enemigo a toda velocidad. Máximo se refugiaba en que durante la mañana anterior su superior había cometido el error de mandar

hacer lo que él estaba tratando de mimetizar y, por ello, sus enemigos no notarían extraño aquel movimiento, sino una pésima jugada bélica fácilmente desbaratable. Y ésa fue la genialidad que permitió que se izara la bandera en todas las islas a las seis de la mañana mientras los soldados enemigos miraban incrédulos con las manos en alto y los buques continuaban la persecución de Máximo y compañía.

En el mar, y con el amanecer asomando, los navíos se reencontraron en el punto exacto y diez minutos después empezaron a aparecer sus adversarios por el horizonte. El acorazado y dos fragatas enanas habían sido sus cazadores durante la noche tardía, pero ahora eran la presa.

—¡Armas! —exclamó Máximo por el micrófono—. Que traguen plomo—.

Dispararon todo cuanto tenían en los lanzadores contra el acorazado. Siete misiles antibuque impactaron justo en la amura de babor haciéndole una brecha tan grande que casi partió el buque por la mitad. Sus compañeros hicieron lo propio y terminaron de darle el golpe de gracia al mastodonte sin que tuviera posibilidad de devolver el fuego. Humo y botes salían a borbotones del barco desmembrado ante el susto de las fragatas que mantenían el mismo rumbo y velocidad pero sin atreverse a disparar. No fue hasta que la

Victoria lanzó un proyectil de advertencia que se detuvieron. Ni siquiera estaban intentando rescatar a sus compañeros, era como si el puente entero hubiera sufrido un episodio de muerte súbita en ambos barcos.

Entonces, arriaron la bandera y ondearon trapos blancos en señal de rendición. Finalmente, Canarias volvía a ser española.

Capítulo 23: Pluma y Papel

Los buques españoles atracaron en la recién recuperada tierra y nada más poner un pie en el suelo, Máximo notó que el almirante le estaba esperando con la cara de menos amigos que había visto, con los brazos cruzados y una mirada desafiante que podía partir hombres por la mitad.

—No sé quién coño se cree, capitán Núñez, —empezó— pero su osadía ha enmendado mi flagrante error, y eso sólo puedo aplaudirlo —remató mientras le tendía la mano.

Máximo se quedó impactado con tales palabras y dudó durante un segundo, pero acabó dándole un apretón de manos y el almirante se la estranguló.

—Eso por los insultos —dijo con una sonrisa pícar—. Partimos de nuevo en poco, supongo, Marruecos no tardará en rendirse y entre los firmantes de lo que sea que se vaya a firmar tengo que estar yo, pero por si acaso, le quiero cubriéndome las espaldas—.

—¡Señor, sí, señor! —contestó animosamente mientras hacía el saludo militar.

Y efectivamente, unos días después estaban de camino a Gibraltar para firmar el tratado de paz con el que oficialmente terminaría la guerra. La razón por la que se escogió ese terruño como lugar de la

firma y a Inglaterra como mediadora del acuerdo era por proximidad a ambos países y porque ni pinchaba ni cortaba en ello, pero le convenía que dejara de haber guerra entre dos países vecinos a su paraíso fiscal.

Por primera vez, Máximo vio al rey de Marruecos, al responsable de todas las muertes de sus compañeros y compatriotas. Era un gordinflón bajito que parecía tener un galimatías de genes pertenecientes a la peor sangre judía y a la peor árabe, con más pluma que un pavo real y más manías que un enfermo de trastorno obsesivo compulsivo, vestía un traje de seda fina con corbata naranja azafrán y una cimitarra enfundada colgaba de su cadera, tenía el gesto entre decaído y de asco y se le notaba impaciente por terminar cuanto antes. Ese escombros humano tenía a sus espaldas cerca de un millón de muertes y el título de rey. En cambio, a su mano derecha, en aquella sala de paredes blancas y decorada con los mayores lujos, estaba un hombre de apariencia saharauí y mirada fría, calculadora... algo estaba tramando. Reposaba su mano sobre el pomo de su cimitarra y por nada del mundo la despegaba de ahí. A diferencia de su amo, señor, o lo que fuera que fuese su rey para él, él vestía un uniforme propio de las altas esferas, con un turbante decorado con una rueda mágica de oro y algunas esmeraldas incrustadas en el centro y sujeta por una banda roja.

En un momento dado de la reunión entre el presidente de España y Mohamed VI, el almirante le tiró de la manga a Máximo y susurrando le preguntó en una esquina si sabía por qué no había acudido el Rey si entra dentro de sus funciones, por qué era el presidente y no él el que estaba discutiendo con el moro.

—No lo sé, señor, tal vez tenga que ver con los disturbios que han estado ocurriendo —le respondió también susurrando.

—Puede ser, pero para mí que hay gato encerrado, estese atento, no me fío nada de ninguno de estos dos—.

—Sí, señor—.

—Haga como el fakir que ha venido con el pieza y mantenga la mano en el sable—.

Después de tres horas en esa sala escuchando cómo presidente y rey discutían delante de un alto cargo político de Reino Unido, al fin llegaron a un acuerdo y mandaron que estuviese listo el borrador del tratado para el día siguiente. Aquel papel debía estar firmado tanto por el Rey como por el presidente y el JEMAD, que era el almirante López Castro.

Aquella noche, Máximo aprovechó para conducir hasta casa, ese hogar que había pisado menos días que su fragata en los do años

desde que la compró. La sentía tan extraña que llamó a la puerta antes de abrir con la llave, pero nadie respondió. Lo intentó otra vez, pero seguían sin contestar, definitivamente, Andrea no estaba en casa.

—Le tocará nocturno —pensó.

Abrió la puerta, dio un paso y se encontró con el filo de una hoja que conocía perfectamente.

—¡Menuda bienvenida! —dijo soltando una carcajada.

—De todos los que me esperaba que abrieran mi puerta tú eras el último, amor, —respondió su bella mujer bajando el sable.

—¿Y eso?¿Te has echado acosador en estos días que he estado fuera? —preguntó inclinándose hacia ella para besarla mientras le ponía la mano en la mejilla.

—Más o menos, siéntate que te cuente porque ha sido una semana difícil cuanto menos—.

—Soy todo oídos... ¿tenemos aceitunas? Vengo pensando en ellas desde que me bajé en Gibraltar esta mañana—.

—Sí, el bote está donde siempre—.

Se puso un buen cuenco de ellas y se sentó en el sofá a su lado.

—¿Y bien?¿Qué me he perdido?—

—¿Versión larga o corta?—

—Sorpréndeme —le contestó después de meterse la primera.

—Verás, han ocurrido unas protestas enfrente de la Junta que acabaron en tragedia. La policía disparó a los manifestantes y muchos de los que hirieron acabaron en mi hospital, los heridos me contaron las razones de la manifestación y cuando los mismos que les habían matado quisieron entrar a esposar a los supervivientes, nos unimos todos y bloqueamos puertas y ventanas para que no lo hicieran. Y ahora creo que soy prófuga o, cuanto menos, me están buscando—.

—Ahora entiendo el recibimiento—.

—Sí, llevo desde ayer que al fin pude salir del hospital yendo a todas partes con tu espada porque no me fio de nada, tengo la sensación de que en cualquier momento me van a intentar agarrar entre cuatro gorilas de la Secreta y me van a meter en un zulo—.

Hubo un pequeño silencio, silencio en el que los dos se miraron de arriba abajo y el juego de miradas acabó descifrando sus almas, dándose cuenta de que en el otro algo había cambiado, algo había eclosionado dentro de ellos y parecía irreversible.

—Dios, qué habrás tenido que vivir para que me cueste ver el niño con el que me casé—

—Llevo sumergido en odio mucho tiempo, el calor del amor se me hace extraño —respondió en un tono suave dejando el cuenco en la mesita y acercándose a ella—. Tú tampoco eres la misma, Andrea,

antes eras más sensible —añadió cogiéndole la mano—. Antes te asustabas con facilidad, ahora eres tú la que asusta—.

—La muerte te engruesa la piel —contestó acariciándole la palma de la mano con el pulgar—. Al final tenías razón en aquello que decías de adolescente, “te intentarán expulsar de todo, incluso de tí mismo, si no eres como ellos. En nunca parecéseles está la verdadera rebeldía”, si tan sólo te hubiéramos hecho caso—.

Mirando de abajo a arriba, desde sus manos jugueteando hasta sus ojos, Máximo le preguntó volviendo a la inocencia.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?—

—Si alguien las puede hacer, eres tú—.

—¿Cuánto tiempo hace que no vas a la iglesia?—

Sonriendo dolorosamente y negando con la cabeza le respondió.

—Demasiado—.

—Mañana domingo vamos juntos, cielo, nos pesan demasiadas cosas como para aplazarlo más. No pienso dejar que el exterior destruya lo que más amo y lo único que me ha mantenido con vida hasta ahora—.

Y ese beso suave y sincero cerró el plan del día siguiente aunque la noche de reencuentro no acabó ahí.

Por la mañana temprano, y arriesgando llegar tarde a la firma de paz en Gibraltar sin remordimiento alguno por ello, Máximo y

Andrea acudieron a misa casi de incógnito por precaución, ella seguía con un cartel de “SE BUSCA” en toda la comunidad. Justo en medio del sermón fueron reclamados por sus ángeles, pero alguien más les estaba esperando.

Por primera vez habían trascendido a la par, nadando desde el mar hasta la playa donde tres figuras les esperaban; Daniel, con un escudo encallado en la arena enfrente de él, Almudena, con una espada clavada en la arena delante de ella, y un hombre joven quien es imposible de ser descrito, a lo sumo se puede mencionar de él que vestía las mismas túnicas de lino que los dos ángeles y tenía una corona de espinas sobre la cabeza.

—Bienvenidos, hijos míos, —comenzó la tercera figura con los brazos abiertos—. ¡Bienvenidos a vuestra casa! Este lugar no os es ajeno, por aquí habéis caminado ya de la mano de vuestros protectores, pero si hoy habéis emergido de las aguas y no del bosque o la playa, es porque necesitabais un baño. Tú, Máximo, —dijo aquel hombre que cada vez parecía menos hombre y más luz dirigiéndose al joven— has tenido una carrera por el mar del Odio, a punto ha estado tu barco de naufragar, pero manchándote las manos del ácido líquido de la corrupción conseguiste remontar su oleaje y llevarlo a puerto mientras ensartabas a las criaturas que intentaban hundirlo. Y tú, ¡Andrea! —exclamó girándose hacia ella— has levantado tu escudo frente a los inhumanos que han

querido arrancar vidas porque, como perros de caza, así se lo había ordenado su amo, sin embargo, en la lucha invariablemente gotas del veneno cayeron sobre tí y desfiguraron tu alma, tal y como en mayor grado le ocurrió a tu esposo. Pero ahora, limpios y sanos, al fin puedo decir por qué os he llamado y todas y cada una de vuestras preguntas podrán ser respondidas—.

Ambos enamorados se miraron y vieron que el otro había vuelto a su apariencia infantil, a cuando tenían diez años y el mundo era un lugar de sonrisas y juegos, no el desolador y frío paisaje que habían encontrado con la madurez.

—Teníamos una misión, ¿qué es de ella? —preguntó él.

—¡Estáis a menos de una semana de cumplir la primera parte de vuestro cometido! —exclamó—. Los mansos se han levantado pero carecen de pastor pues la fe les fue arrancada, necesitan a alguien humano que les guíe por el momento, y ése eres tú—.

—¿Guiarles adónde? —preguntó ella.

—A la inocencia y la pureza. Y, precisamente, hacer que los hombres laven sus pecados y abran los ojos es tu tarea si pese a los intentos de Su Maldad, nunca has flaqueado en fe y esperanza; tu voz les alumbrará la senda hasta que reúnan el valor para ver. Máximo, Andrea, sed ejemplo de humildad y mostrad sin miedo vuestras cruces, pues los descarriados han de reencontrarse con su rebaño—.

Capítulo 24: Alfil de Blancas

a Rey de Negras

Estaban de nuevo en aquella lujosa sala decorada con cuadros de marco dorado y suelos de mármol y ambos jefes de Estado revisaban el tratado que iban a firmar. Mientras recitaban en alto las condiciones, el almirante no le quitaba los ojos de encima al acompañante del rey de Marruecos, estaba seguro de que planeaba algo turbio. Al final de una soporífera hora en la que el marroquí intentó de todas las maneras que las minas de Canarias quedaran bajo su propiedad, terminó cediendo al acuerdo inicial y tanto las Canarias como el *Corredor Africano* seguirían siendo territorio español. Firmó Mohamed. Firmó el presidente. Firmó López Castro. Y en cuanto el funcionario inglés se retiró con el papel, el acompañante del rey lo golpeó en la corva de la rodilla izquierda, desenvainó y decapitó ahí mismo al monarca. La sangre bañó el suelo y la mesa dibujando un Mediterráneo rojizo sobre la piedra blanca.

—¿Ha perdido la cabeza?! —gritó el presidente.

—¿Qué diablos acaba de hacer, desgraciado?! —chilló el almirante.

—Lo que debía hacer —respondió en un español con marcado acento árabe.

—¿Cómo que lo que debías hacer?! ¡Acabas de asesinar a tu rey!
—exclamó Máximo.

—Lo que debía hacer —aseveró mientras limpiaba la sangre de la espada en la espalda inmóvil del cadáver arrodillado—. Este esperpento y su estirpe llevan *europizando* mi país mucho tiempo a cambio del dinero extranjero. Este cerdo ha vendido mi país a multinacionales y me ha obligado a diseñar su guerra bajo amenaza de torturar hasta la muerte a mi esposa y mis hijos. Yo contra los españoles no tengo nada, tampoco quiero nada con ellos. Somos mundos diferentes y mientras no intentemos cambiar al otro podremos ser amigos y podremos comerciar sin problemas, pero ni mis gentes han de abandonar sus costumbres *muslim*, ni vosotros habéis de abandonar las vuestras cristianas—.

La cara de los tres era un poema, por razones diferentes, pero los tres se habían quedado a cuadros.

El presidente acababa de ver cómo la mano derecha de un globalista como él era la que acababa con su vida; el almirante estaba impactado por lo sangriento de la escena y la casi psicopatía que desprendía el discurso del asesino; y Máximo, Máximo había entendido exactamente lo que había querido decir.

—Hasta que no *entendan* que los problemas de una nación los ha de resolver sus nacionales, no habremos progresado. Marruecos hoy es libre porque ha vuelto a Alá. Mañana yo estaré ahorcado, pero no habrá sido vano —añadió mientras enfundaba—. Mi nombre es Alí Al-Bashad, nieto de nómadas, provengo de un linaje de quinientos años de bereberes que vivió en paz y armonía en Sáhara Occidental hasta que el padre de este nos intentó hacer sus siervos, llevo décadas planeando su muerte y hoy al fin ha sido el día. Esto ha sido por marroquíes y saharauis, por toda la sangre derramada bajo este perro de la codicia y su padre—.

Se marchó sin más del lugar y los tres se quedaron mirando cómo se iba por la puerta petrificados. Horas después sería detenido en las costas de Marruecos por la Guardia Real y puesto en una mohosa celda de dos metros cuadrados a la espera de sentencia.

Al día siguiente, Máximo y el almirante, por vías separadas, entraron en contacto con la rebelión. Cada uno por su cuenta, vieron cómo la insurrección era clara y no daba lugar a error de que no era contra la nación, sino contra el Estado y la Constitución, el pueblo no los reconocían como lícitos por más tiempo y tras los años de opresión, el pistón había saltado con toda la fuerza acumulada en una sola acción. Las calles de los barrios ardían por la noche en cabalgatas de bengalas rojas al grito de “¡Nosotros

somos España!” y por la mañana se seguían escuchando tiros y sirenas a las puertas de ministerios, parlamentos, juntas, ayuntamientos y sedes de partidos políticos y de medios de comunicación.

Durante las primeras horas del segundo día, el martes, se celebró la despedida a todos los valientes que habían dado su vida en la guerra a lo largo de todas las bases militares del país, pero fue en Rota donde el almirante habló y otorgó las medallas a los héroes, tanto póstumas como en vida.

Tras su discurso, bajó del estrado y llamó a Máximo desde el rincón apartado de todo el patio en el que estaba mientras la celebración por el fin de la guerra se extendía unos metros delante de ellos.

—Me han comentado algo de que tu mujer está involucrada en cierto altercado de San Fernando, ¿es cierto?—

—Completamente, señor, —respondió confiado.

—Resulta que unos cuantos chicos de los nuestros llegaron a espantar a la policía y ocurre que me contaron la raíz de la trifulca que hay por toda España, entonces mi pregunta es, y debes jurar por tus galones que esto quedará entre los dos, si ves justo apoyar militarmente al pueblo si según dicen, no queda un sólo civil mayor de quince años que no esté participando y la Familia Real está huída—.

—Sí—.

—¿Y lo ves viable?¿No va a ser cosa de dos exaltados?—

—Por la parte que a mí me corresponde, todos mis chicos están del lado de los revolucionarios, llevan deseando algo así años, pero tal vez debería organizar alguna reunión secreta con los otros dos generales mayores para cerciorarse y aclarar qué se va a hacer exactamente; España pide libertad, no vayan a fallarla—.

—No se saque a sí mismo de la ecuación, capitán, es usted un activo muy valioso por su moral intachable, mi deseo es que acuda a esa reunión—.

—Concreten fecha y lugar y allí me verán—.

Máximo se reagrupó con los suyos, con Israel, Daniel, Ángel, el lisiado de Lucas y la capitán Lucía que estaban bromeando sobre todo cuanto habían vivido en esos tres duros años en un tono desenfadado y cómico, quitándole toda la gravedad al asunto.

—¡Mira quién baja con los mortales! —exclamó su mejor amigo.

—¿Qué?¿La Cruz Laureada pesa? —le preguntó burlona la capitán mientras le palpaba la recién otorgada medalla.

—Muy agradecidos, chicos—.

—Ten anda, a saber lo que habréis hablado el almirante y tú para que estés tan serio —dijo Israel ofreciéndole una copa de champán— sé que no bebes, pero este es un día especial, no le hagas el feo a un espumoso de los caros encima que paga la Armada—.

Tomó la copa entre sus dedos y dijo con su típica sonrisilla:
—Primera y única vez que beberé alcohol no consagrado—.

—¡Se celebra! El pedazo autista de mi amigo ha dejado la abstinencia por un día, ¡que alguien me pellizque! —Exclamó Daniel.

Y la verbena se extendió varias horas pausándose sólo para la comida.

Parte 5: Hispaniarum Dictatores

Capítulo 25: El Plan

A veces sólo necesitamos pararnos un momento, abstraernos, bloquear el ruido exterior y hablar con Dios, al fin y al cabo todo nace y muere en Él, todo parte y acaba en Él; los problemas y soluciones no son excepción. Así que, mientras los ostentosamente condecorados Altos Mandos se abroncaban unos a otros por la proposición ajena de actuación, Máximo les observaba como el que busca una sombra en la penumbra, hasta que dio con lo que de verdad se resguardaba debajo de sus ancianos cuerpos: miedo al descontrol. Hasta ahora el país había sido llevado en una misma dirección, nociva, pero constante, así había sido desde que la nauseabunda oligarquía fue implantada creando la ilusión de que se vivía en un Estado de Derecho, con democracia plena y soberanía nacional; y lo que proponían esos tres era bastante similar a lo que ya había. En vez de cambiar la forma, querían cambiar la apariencia. Entonces, se levantó de golpe de su rústica silla de madera y con un sonoro pisotón al parqué brillante de la biblioteca personal del General del Aire acalló su griterío.

—¿Saben cuál es su error? —Comenzó en tono profundo y serio—. Creer que todo cuanto ha pasado ha sido culpa de los españoles y no del sistema porque ponen la barrera del sistema

donde empiezan las urnas. El sistema posee unos tentáculos que tocan todo aspecto cotidiano, envenenando con sus toxinas al pueblo, o acaso, ¿por qué creen que no queda un sólo medio de comunicación que no esté carbonizado? Ustedes quieren cambiar al kraken; yo quiero matarlo y liberar al cachalote—.

—¿Por qué diantres has traído a este loco a una reunión de caballeros, Teodoro?! —preguntó en supino tono de irritación el General de Tierra.

—Precisamente por esto, somos unos carcamales que pensamos como carcamales, aceptémoslo, estamos cerrados a “lo de siempre” y “lo de siempre” es lo que ha jodido nuestra querida España, démosle una oportunidad al hombre que liberó Canarias—.

—Y que te arrebató el mando de la flota en mitad de la batalla —añadió hirientemente el dueño de la casa.

—Si no hubiera tenido esa osadía, ninguno de nosotros estaríamos reunidos hoy aquí, Canarias seguiría presa, no nos quedaría un solo buque y la guerra no habría acabado, sino que hubiera atravesado un periodo largo de tregua y a la mínima nos hubieran vuelto a atacar. Aquel día en el mar no supe leer al enemigo teniéndolo frente a frente, pero no me hace falta una bola de cristal para saber cuáles iban a ser sus próximos movimientos de habernos ganado allí. Este joven es un temerario, sí, no lo niego, pero sabe cuándo debe serlo y cuánto ha de serlo. Algeciras, San Fernando, Cartagena

y Canarias. Núñez no es un crío, Don Julio me lo dejó claro con todos los informes redactados por él mismo sobre este chico. Debería ser apenas teniente de navío por años de servicio y, sin embargo, tiene más experiencia bélica que nosotros tres juntos. Lo mínimo que se merece es una oportunidad. Cinco minutos—.

Máximo se mantenía de pie, con las manos detrás de la espalda y observando a cada uno de sus detractores en silencio; una vez más, no era odio o rabia lo que les hacía mostrarse coléricos, sino miedo. —Venga, ¿qué propone el joven? —soltó en tono de burla el del Aire.

—Crear un modelo nuevo, adaptado a nosotros sin dejar de lado la ética. Y lo que tengo en mente es mucho más fácil de comprender con una demostración que con palabras al viento. Señor Castro, ¿confía en mí?—

—Con algo de temor porque eres propenso a los planes suicidas pero sí—.

—Póngase en pie y entrégueme su sable si es tan amable—.

El almirante así lo hizo y Máximo le condujo hasta el centro del corro de sillas.

—Usted representa a partir de ahora a la nación, el sable hará del modelo de gobierno anterior, convergiendo en él el poder legislativo y ejecutivo; yo mismo haré, por el momento, de representante del poder judicial. Ahora, si los ilustres caballeros

hacen el favor de levantarse y poner uno la mano derecha por encima del mango y el otro la izquierda por debajo, comenzaré a relatar lo que es toda esta composición—.

Sin mucha gana los dos generales accedieron y posaron sus manos sobre el sable. Máximo les puso su otra mano sobre la del otro y levantó la hoja a la altura y escasa distancia de la garganta del almirante.

—Todo esto representa el sistema actual, ustedes dos son los políticos y su misión es tomar el control sobre el poder por lo que forcejearán por la espada. ¡Adelante!—

Pasó todo como lo tenía dilucidado, los dos generales apartaron rápidamente la vista de Castro y se centraron en contrarrestar los tirones del adversario, haciendo así que la punta le pasara a escasos milímetros de la nuez hasta que una de ellas le hizo un ligero corte.

—¡Suficiente! —Exclamó—. Y esto tan sólo ha sido la representación de la lucha política cuando había bipartidismo, si hubieran asistido más personalidades a esta reunión podría haber acabado el señor Castro muerto —añadió mientras les despegaba las manos del arma y se la quedaba—. Ahora el paradigma es éste, la nación tiene todo y ningún poder porque ahora son individuos libremente asociados contra un enemigo común, el Estado represivo, pero cuando caiga volverá la necesidad de formar todo un sistema de gobierno, ¿qué es lo que yo propongo? Darle al

pueblo lo que jamás ha tenido, tiempo para decidir y un contexto que se lo permita —le entregó de nuevo con solemne respeto la espada a la Nación y le dio la espalda—. Ahora represento a un temporal poder ejecutivo que dará la estabilidad política idónea para que el pueblo decida cuál ha de ser su camino —enlazó mientras desenvainaba su acero—. La Nación, armada por si el poder corrompiere a los nobles que asuman la responsabilidad de gobernarla, controlaría a ese consejo y todo aquel que intente inmiscuirse o destruir este país ahora que está recomponiéndose de años de miseria y una guerra, será atravesado sin miramientos—.

—¿Y si escogiesen el comunismo? ¿Lo permitirías? —preguntó ávido el de Tierra.

—Es su elección, y será su acierto o su error—.

—¿Y si decidiese, quien fuera que fuere el gobierno temporal, que no se va a ir cuando el pueblo haya tomado una decisión? —preguntó el almirante.

—No legisla, no tiene poder militar, no tiene apoyo popular... sólo administra recursos, ergo, acabaría siendo depuesto con o sin sangre—.

—¿Quién formaría ese “consejo de administradores”? —inquirió arqueando una ceja el del Aire.

—Eso se lo dejo a ustedes, no obstante, mi recomendación personal es que coloquen a doctores de los diferentes campos ministeriales al

frente de cada ministerio para reconstruir las ciudades devastadas cuanto antes, pero al frente de Hacienda y Economía pongan a sus madres si ellas saben lo que es elegir entre devolver el recibo de la luz o hacer la compra del mes—.

—¿Por qué y de dónde te sacas eso último?—

—Es imposible vivir mucho tiempo teniendo cinco y debiendo seis, sin embargo es a lo que empuja un mal gobierno. No hay que alabar al dinero, pero sí tenerle respeto como poder que es. Esto es algo que sólo sabe quien haya gestionado el dinero de un hogar en tiempos de necesidad, no un economista—.

—Si quiere que confíe en usted, señor Núñez, me debe explicar de qué fuentes políticas bebe porque me tiene desconcertado por completo. Soluciones del Ché Guevara con un poco del último franquismo, patriota rayando el nacionalismo, pero no parece tener ningún interés en ser quien dirija la política... Ilústreme, por favor—.

—Políticamente hablando, soy analfabeto. Mi ideología es el Bien y Cristo mi rey—.

Por un momento enmudecieron todos, pero el silencio no duró mucho.

—Votemos, caballeros, yo ya lo tengo claro aunque me surja una objeción —dijo López Castro.

—¿Cuál? —preguntó Máximo.

—Yo no me veo cumpliendo esa misión, conozco muy bien mis cualidades y las requeridas para gobernar un país en el caos no las reúno, en cambio, a usted sí le veo salvando este barco que va hacia las rocas, señor Núñez. Siendo sinceros, ninguno de nosotros ha llegado hasta donde estamos por grandes méritos, y a ojos de España somos oficiales sin rostro, pero usted... Usted es el héroe que ha recuperado lo que tan vilmente nos habían arrebatado. Usted es un hombre recto y querido por todos. Usted debe ser quien encabece esta sublevación y ese gobierno provisional que ha mencionado—.

—Lo mismo por mi parte —sumó el de Tierra.

—Creo que ni hace falta votar, esto es unánime. Tú, pececillo con muchas agallas, eres el que va a hacer que nuestro país remonte el vuelo. Apostaría todo lo que tengo a que no hay otro hombre en España más apto para esta tarea. Ya no hay hombres de Dios como usted —contestó el General del Aire mientras le daba una amistosa colleja a Máximo.

Capítulo 26: Iustitia Super Omnem

Máximo tomó a Andrea en la fría mañana del jueves cuando el sol todavía no iluminaba el cielo para empezar el trayecto a Madrid donde, al día siguiente, iba a realizarse la marcha de militares contra siervos del Gobierno y el Gobierno per se, pero antes debía hacer una cosa allí.

A las afueras de Torrejón de Ardoz había una cárcel de reciente construcción que apodaban *La Lavadora* porque no era otra cosa que la tortura de la gota llevada al extremo. Allí, presos políticos eran maltratados día y noche física y psicológicamente hasta la extenuación, hasta que sus almas se quebraban y eran otro siervo agradecido de que le partieran una pierna y le regalaran las muletas. En aquel desolador paraje llevaban recluidos casi una década amigos de Máximo, políticos, activistas y periodistas entre otras gentes. Desde la primera noticia que tuvo de sus amigos siendo condenados allí se había hecho la promesa de que los rescataría.

Tirando de un artificio había conseguido que le dejaran entrar mientras Andrea se quedaba en el coche.

—Si no estoy fuera dentro de dos horas, márchate a casa de tus padres—.

Al hombre le hicieron el tour completo por el recinto y comprobó con sus propios ojos la salvajada que era, ese lugar era una oda a los crímenes de lesa humanidad. Tenue y grimosa luz que le daba un aspecto completamente tétrico, aparatos de torturas varios, tásers de distintas intensidades hasta los que podían fulminar a un elefante de una sola descarga, cadenas, látigos, lejía, ácido, trapos ensangrentados, narcóticos de todos los tipos, piscinas saladas a temperatura bajo cero y megafonía, aberrante megafonía que repetía una y otra vez la misma melodía estridente con el mismo mensaje de una voz chirriante. Y, por último, lo que había ido a ver, las celdas. Apenas un metro y medio cuadrado en el que sólo había una silla de madera y un agujero en el suelo para excretar. En un momento que consiguió alejar a los guardias del corredor con todas las jaulas superpuestas en cuatro niveles, se dirigió a sus amigos, a quienes jamás había llegado a conocer más allá de un perfil en la Red.

—Hubo un tiempo en el que fuimos felices. —Empezó mientras andaba por el pasillo—. Hubo un tiempo en el que éramos la mejor juventud y la punta de lanza del cambio. Hubo un tiempo en el que

todos los que están hoy enclaustrados y torturados estuvieron en una trinchera conmigo. Esos hombres que hoy están en su último aliento, que les han intentado arrancar la esperanza por la fuerza, que no quebrantaron ni quebrantarán jamás su espíritu luchador, todos ellos una vez fueron ranas. Hubo un tiempo en el que a muchos de vosotros un chaval adolescente os llamó panas, compartió risas y lloros con vosotros, vio la caída del último escudo de la civilización y el surgimiento de las nuevas defensas con vosotros, y mañana os va a devolver todo cuanto disteis por él. En aquel tiempo nosotros estábamos escondidos, apartados de la sociedad, ¡éramos locos! Una pequeña aldea de locos que dejó de ser pequeña, ¿no es así? Aquí estáis presos más de diez mil guerreros que esperaron pacientemente su estrella en el cielo, su auriga celeste, su saeta ígnea en la noche. Aunque lo cierto es que jamás hubo farolero que diera la señal, jamás hubo faro, pero mañana una antorcha tras otra se dirigirá a la guarida del león y lagartos y cerdos serán aplastados al paso alegre de la paz. Mañana volverán las banderas cubiertas en victoria y vosotros seréis sus portadores. Mañana cruzaremos el Rubicón y levantaremos una Roma como nunca antes ha existido. Aguantad impasibles veinticuatro horas más y os prometo que mañana veréis de nuevo el amanecer en una España libre—.

Y esa jauría de insanos empezó a golpear sus barrotes entonando una vieja canción que bordaba el aire del pasillo con cálida fuerza y fe.

—¡Mi nombre es Máximo!—

Y según recorría de nuevo el pasillo una mano le frenó, era la de un catalán de estatura monstruosa.

—No me la cueles, grumetillo, tú eres una tortura nueva que está probando el CNI por mero divertimento—.

—¿Lo soy? Basado —le respondió guiñándole un ojo con una sonrisa pícara.

Dos guardias le sacaron de allí dejando al recluso con la palabra en la boca y al descontrol adueñándose de aquel tétrico lugar.

—Ya estoy, cariño—.

—Menos mal, me empezaba a preocupar, han sido casi dos horas—.

—Lo sé —dijo metiéndose en el coche—. La coartada incluía una vuelta entera por todo ese puto gulag. Se nota que este país se convirtió hace mucho tiempo en el felpudo de las potencias europeas, fuéramos alguien a tener en cuenta y jamás hubiéramos llegado a dejarnos someter hasta este punto. Lo que he visto ahí dentro es diabólico y repugnante a partes iguales, tiene toda la impronta de quien tú ya sabes—.

—¿Qué has visto? —preguntó mirándole a los ojos con temor.

—La mayor bajeza humana —comenzó mientras se abrochaba el cinturón y encendía el motor—. Macabras salas donde se cometen atrocidades de todos los colores y humanos inocentes de cualquier crimen por el que alguien debiera ser apartado de la sociedad encerrados en zulos; jaulas donde sus propias heces les hacen enfermar.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió poniéndole su mano sobre la suya, que reposaba en la palanca de cambios.

—Lo que les tengo prometido desde hace años. —Respondió a la vez que sacaba el coche de allí—. Mañana no me acompañarás hasta aquí, mucho estoy arriesgando ya trayéndote a Madrid. Mañana te quedarás al lado de una buena amiga, se llama Lucía y tiene muy mala leche aunque peor vocabulario, ella cuidará de ti mientras yo no estoy—.

—Sabes que eso puedo hacerlo yo solita—.

—En condiciones normales sí, en una batalla campal me quedo más tranquilo sabiendo que estás con alguien que ha sobrevivido a unas cuantas—.

Se hizo el viernes y a la capital empezaron a llegar camiones con soldados y varios alféreces pregonaron por los barrios a grito pelado y con megáfonos el porqué de su marcha sobre la ciudad.

—¡El Ejército se subleva contra el Estado! ¡El Ejército con su pueblo! —gritaban por cada calle que recorrían.

Mientras ellos tomaban posiciones y cruzaban barricadas hechas por revolucionarios, otros compañeros suyos hacían lo propio en el resto de grandes ciudades y Máximo se dirigía hacia aquella cárcel del infierno con el recién ascendido sargento primero Rojo, Escribano, otros treinta hombres y dos Leopardo.

—¡Volamos la puerta de un cañonazo y nos metemos con todo! —gritaba Máximo para hacerse oír por encima del motor del camión—. ¡No tienen más que dardos tranquilizantes y alguna pistola, irrumpimos, arrestamos y liberamos a los presos!—

—¿Cuántos dijiste que eran? —preguntó Daniel.

—¡Hay hacinados alrededor de diez mil viejos conocidos!—

—¡¿Y cómo demonios nos los llevamos a todos?! A poco hemos traído tres camiones—.

—¡Les tocará volver a pata! Más de uno lo agradecerá después de siete años enclaustrados—.

—¡Señor, cinco minutos!—

—¡Bien! ¡Dedo en el gatillo, muchachos, ojalá no haya que disparar pero allí los buenos son los que están tras los barrotes y nadie más!—

Derribaron el portón principal del patio y abrieron un boquete en el muro oeste con otro proyectil levantando una polvareda que aprovecharon, junto con el enorme estruendo, para entrar y neutralizar a los primeros guardias. Avanzaron a ciegas por los oscuros corredores en grupos de cinco identificándose con una bengala, cada grupo portaba una de color distinto, hasta que se reencontraron todos en el *pasillo del terror*, donde estaban todas las cámaras de las torturas.

—En mi visita conté noventa carceleros, nosotros llevamos mandados al patio con las manos en la espalda a diez, ¿vosotros?

—Quince—.

—Doce—.

—Siete—.

—Treinta, nos estamos quedando sin cinchas—.

—Bien. Al final de este pasillo vais a encontrar una puerta doble y cuatro pisos de humanos deshumanizados. Ignorad cualquier consigna franquista que suelten, a esos pobres les han estado rompiendo la mollera con discursos de Blas Piñar cinco octavas por encima de su tono normal—.

—¿Cuánta resistencia esperamos?—

—Posiblemente aquí sí haya que abrir fuego, voy yo primero, círculo y atentos a las barandillas—.

—¡Señor, sí, señor!—

Fusil en alto irrumpieron en la zona de las celdas donde los reclusos estaban de fiesta cantando todos una canción más antigua que sus abuelos.

—¡Todo el que no vaya de naranja que ponga las manos sobre la cabeza y se eche al suelo o juro que disparo! —vociferó nada más entrar de una patada.

—¡No disparen! ¡No disparen! ¡Nos rendimos! —gritó un grupo de guardias tirando sus armas y levantando las manos.

—¡Me faltan catorce de los vuestros! ¿Dónde se esconden?—

—¡Hoy libraban, lo prometo!—

Daniel se acercó por detrás de Máximo y agarró al aterrorizado guardia por la camisa para ponerle un cuchillo en la garganta.

—¡No juegues con nosotros! ¿Dónde están?!—

—¡Es la verdad! ¡No me mate, por favor!—

Daniel amagó con degollarlo, y lo hubiera hecho si no hubiera sido porque su amigo le puso la mano sobre la daga.

—Déjalo, no miente, y en el caso de que lo hiciera no vale la pena, nuestra misión es otra—.

Daniel soltó al acongojado y tembloroso hombrecillo que se derrumbó sobre sus rodillas en cuanto tocó el suelo.

—¡Ayer dije que vendría a por vosotros y aquí estoy!—

Rebuscó entre los bolsillos del cinturón de uno de los guardias esposados y halló las llaves con las que se abrían las celdas.

—¡Corred a la muerte del sol, viejos amigos!—

Capítulo 27: Cabalgata

La policía había montado un cordón de quinientos metros al palacio de la Moncloa, residencia del odioso y perverso presidente al que no le daban las gónadas para salir a la calle desde la muerte de Mohamed VI. En aquella redada estaban fácilmente todos los policías de Madrid defendiendo a su cacique con todo cuanto disponían. Todo para intentar evitar que el pueblo tuviera unas palabras con su endeudador, enmiseriador y emperador de los oídos regalados y los estómagos agradecidos.

El Ejército no había llegado hasta ahí todavía, eran los madrileños y algunos soldados esporádicos que venían llegando los que confrontaban a los perros. Entre ellos estaban Lucía y Andrea, quien portaba el sable de Máximo.

Los insurgentes habían montado barricadas y coberturas móviles con contenedores azules llenos hasta arriba de papel y cartón, buenos para parar balas aunque pesados y aparatosos de mover por las estrechas calles hasta el umbral del palacio. Sus únicas armas eran granadas improvisadas, cócteles molotov, piedras y las propias de los pocos soldados que estaban con ellos.

—¿Tenemos estrategia? —le preguntó Andrea a Lucía.

—Cargar detrás de los contenedores por estas callejas hasta la avenida y formar una barricada poco a poco hasta que lleguen más soldados—.

—Un poco suicidio, ¿no?—

—Menos mal que no has tenido que luchar con tu marido—.

—¿Eh?—

—Nada—.

Se reunieron todos tras los contenedores, eran cerca de cincuenta mil los que iban a cargar aunque, todos los que estaban dispuestos a luchar se contaban por millones, la totalidad de Madrid estaba en pie de guerra. Formaron en columna y avanzaron encontrando una resistencia feroz en las afluentes de la avenida Puerta de Hierro. El mayor problema era la estrechez de las calles, una clara desventaja para el número tan amplio de asaltantes por lo que apenas conseguían avanzar unas decenas de metros con las balas silbando una tras otra por sus bandas, hiriendo a varios de rebote o por los fragmentos de lo que rompían a su paso. Los botes de humo y gas lacrimógeno también les llovían a mansalva, ralentizando su avanzadilla aún más.

—¡Esto no funciona, hay que retroceder! —le chilló Andrea.

—Eso ya lo veo, ¿alguna ocurrencia?—

—Atacarles desde arriba, en los edificios no hay nadie, se pueden entrar y arrojarles cosas desde la azotea mientras el grupo avanza—.

—No, si lo de los planes ridículos va a ser nuestro común denominador —soltó con algo de irritación—. Está bien, lo haremos a tu manera—.

—¡A los pisos! ¡Vamos, vamos, vamos! —gritó mientras rompía el vidrio de un portal con un adoquín y abría la puerta.

Dejaron unos cuantos contenedores juntos para cubrir la subida a las torres de apartamentos y una vez arriba empezaron a avanzar saltando de azotea en azotea mientras les arrojaban a las fuerzas del orden cascotes, macetas y todo cuanto encontraban o portaban con ellos. En cambio, los escasos militares tomaban posiciones de tiro en los balcones.

Cuando hubieron despejado su calle, Andrea y Lucía transmitieron el cambio de planes a los demás grupos que intentaban pasar por las calles contiguas y, copiando sus movimientos, hicieron retroceder a la policía que empezaba a verse sobrepasada.

—Hemos atravesado la primera línea, nos quedan tres hasta el palacio —pensó Lucía en alto.

—Pues nos espera el infierno ahí abajo, han sacado todo el arsenal —respondió Andrea asomándose un poco por encima del muro de la azotea.

—Yo digo que aguantemos la posición, la caballería no debe estar muy lejos ya—.

Así lo hicieron durante una hora, tiempo que aprovecharon además para preparar la siguiente carga. Una vez transcurrida, el grueso del Ejército que estaba en Madrid había llegado al lugar junto con el grupo de Máximo.

—Por ahí va tu hombre, niña, —le dijo Lucía mirando por los prismáticos hacia el sur de la avenida—. Y viene con suficientes tropas como para tomar una nación—.

Los soldados aprovecharon el retroceso al que habían obligado a la policía para avanzar por la avenida con los blindados armados y reducir aún más el radio de su perímetro. Apenas controlaban ya doscientos metros alrededor del palacio.

Máximo se apeó justo en la calle de Andrea y observó la situación con detenimiento, los contenedores agujereados, los botes vacíos, la sangre y los soldados apostados en los balcones le daban todas las pistas de lo que había pasado: un desastre salvado por los pelos.

Caminó despacio por esa rúa sin soltar el fusil y entonces uno de los que estaban en las terrazas le reconoció.

—¡Máximo!—

—¿Christian? ¡¿Qué diablos haces aquí?!—

—Poner mi granito de arena en la caída de ese cabrón—.

—¿Y el brazo?—

—Después de mucho sudor vuelve a estar operativo—.

—¿Sabes dónde está Sánchez?—

—Siguiendo edificio, azotea izquierda—.

Subió hasta ese ático de ladrillo y se encontró con las dos mujeres observando la trinchera que tenían montada las fuerzas. Habían creado una muralla con furgones, coches y escombros alrededor del palacio para que nadie pasara.

—¿Estos idiotas no saben que les superamos en mil a uno?

—preguntó Lucía.

—De eso sí se han dado cuenta, lo que quieren es que nos confiemos, estos tipos traman algo intra muris—.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Andrea.

—Ahora que estamos todos menos los Leopardo, que no pueden entrar a la ciudad por todas las barricadas y escombros que bloquean las carreteras principales, mi plan es colocar aquí arriba unos morteros y tirarles una andanada, luego, botes de humo, asaltar el muro todos a la vez cuando haya una buena cortina y coger al cerdo—.

—Sois tal para cual —se mofó Lucía.

Máximo tomó un megáfono y se cercioró de que tanto los suyos como sus enemigos le escucharan, él no era un asesino y quería darles la oportunidad última de rendirse antes de arrasarlos.

Pero no hubo respuesta del otro lado.

—Así lo han querido—.

Todos se colocaron en sus posiciones, los artilleros desplegaron los morteros y empezaron a bombardear los umbrales del edificio, llegando a hacer explotar varios vehículos, y luego tiraron el humo que se levantó como una gruesa niebla de montaña en la que no se podía ver nada que estuviera a más de quince pasos.

—¡Por España! —gritó Máximo desde la primera línea de infantería.

Y cargaron a la par madrileños y soldados superando obstáculos y sorteando balas en un único grito ensordecedor. De los coches para dentro quedaban algunos policías en su último aliento y un suelo sangriento y destrozado por los obuses que pronto calló y se hizo en silencio de muerte.

—Venderse al dinero tiene un precio muy alto —pronunció en cuanto vio la masacre que había en los jardines.

Entonces, Máximo se subió encima de uno de los árboles caídos para observar mejor cómo irrumpían en ese castillo envenenado a por el causante de todos los males desde hacía más de una década.

Y lo trajeron junto a otras tres personalidades del Gobierno amordazado y apaleado.

—¡Tú! —intentó decir al ver a Máximo.

—Tus días de cacique han llegado a su fin, Pedro. ¿Qué esperabas que ocurriera intentando destruir a la nación que nunca fue destruida?—

Quiso hablar de nuevo pero el pañuelo que le habían atado a la boca se lo impedía.

—¿Le concedemos unas últimas palabras? —preguntó al aire.

—¡No se merece ni el aire que respira! —saltó una mujer rubia con un cuchillo de entre la turba—. Este demonio es el responsable de demasiada muerte como para concederle nada —se acercó hasta él agarrando con rabia el arma—. ¡Esto es por mi padre! —y lo degolló ahí mismo—.

Su sangre hizo charco y con ella se derramó el último cáliz de cicuta.

—El tiempo del odio ha terminado —proclamó Máximo desde el árbol caído—. ¡Comienza el tiempo del Amor, comienza el tiempo de reconstruir todo cuanto se destruyó en ácido, comienza el tiempo del Bien!—

—¿Qué pasará ahora? —preguntó uno de los madrileños.

—Hasta que el pueblo de España no decida su destino, el Ejército se constituye como administrador temporal de la Hacienda y el

Tesoro. Y, como Europa va a pedirnos cuentas después de esto, me comprometo a partirme la cara por todos nosotros en donde sea y con quien haga falta—.

—Te hará falta un escudo que te cubra las espaldas, cariño, —le añadió su mujer subiéndose al árbol con él y devolviéndole el sable. Entre la multitud se hizo un breve silencio que pronto rompió una voz del fondo.

—¡Viva España! —Se escuchó a un hombre gritar reconociendo a Máximo y a Andrea como jefes del gobierno provisional.

—¡Viva España! —Se sumaron raudos todos los demás.

Capítulo 28: De las Cenizas

Ambos, Máximo y Andrea, asumieron el cargo de *Protectores de España* en ese mismo árbol por aclamación popular y no tardaron en ejercerlo. Una de las primeras medidas que tomaron fue la supresión de todos los tributos hasta la formación de Estado, cosa que no sería antes de que el pueblo hubiera tomado la decisión de la forma de gobierno. Otra medida fue la prohibición de importación de todo producto alimenticio extranjero y no perteneciente a la Unión Europea para ayudar a los expoliados agricultores y ganaderos. Y una tercera fue elaborar un código civil y penal basado en los Diez Mandamientos y la Ley Natural para mantener el sosiego y la concordia.

Así, y dejando que los españoles reconstruyeran su país sin traba alguna, el país parecía que iba viento en popa hacia la recuperación económica, pero pronto volvieron los problemas a llamar a la puerta. La Haya, la Unión Europea, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Organización de las Naciones Unidas les reclamaban respuestas, su asistencia a los juicios internacionales y que se comprometieran a cumplir una

retahíla de ordenanzas y compromisos internacionales que el anterior Estado había firmado.

Su respuesta a todos ellos fue una carta breve:

A sus excelentísimas señorías no nacionales, pueden meterse su ristra improcedente de peticiones por el orificio que consideren.

Firmado Máximo Núñez de la Vega y Andrea García Robles.

Ejecutivos temporales de España.

No obstante, a los acreedores decidieron jugarles de otra forma. Aceptaron sus solicitudes de comparecencia en el Parlamento Europeo donde, tras las interminables broncas de los representantes europeos, les llegó el momento de hablar.

Fue Andrea quien lo hizo.

—Esos aires de grandeza y esa soberbia con la que nos hablan denotan un extraño sentimiento de superioridad. Un sentimiento que no deberían tener con nuestra nación ya de por sí, pero menos aún teniendo en cuenta su nula actuación en la guerra contra Marruecos. Ustedes miraron para otro lado cuando fuimos invadidos, ustedes miraron para otro lado cuando se encarcelaron a miles de personas por oponerse al Estado, ustedes miraron para otro lado cuando se asesinaron a políticos de la oposición, ustedes nos impusieron hace décadas la desindustrialización de nuestra nación

porque querían tenernos atados en corto, ustedes llevan ahogando a nuestro país en la miseria desde el mismo día en el que entramos en esta unión ¿y ahora que el lobo ha enseñado los dientes tras aguantar todas sus pedradas quieren jugar el papel de “paladines de la justicia” y poner a nuestros agresores de víctimas? Sigamos soñando. Pero aún hay más, no contentos con todo esto quieren que España siga pagando la desorbitada deuda que un Estado no democrático, al cual el pueblo, en teoría soberano, no podía controlar le condenó, ¡son ustedes zafios!—

—¡Cíñase a las preguntas, fascista! —le espetó el presidente de la Eurocámara.

Justo iba a contestar cuando Máximo se levantó de su asiento y tomó la palabra en un tono serio y taimado.

—Cortita y al pie porque aparte de malévolos son idiotas. Nosotros hemos surgido de la propia voluntad popular, ustedes de una votación a lista cerrada. Ustedes imponen leyes a países ajenos a los suyos y conspiran entre los grandes para mantener a los pequeños a su merced ¿y saben qué? La deuda sencillamente no la va a pagar nadie, porque ningún español les llamó a la puerta pidiendo dinero, fueron nuestros negligentes gobiernos los que se endeudaron irresponsablemente. Pero si insisten en que pagemos, les pagaré yo mismo con un consejo que les va a valer millones: lo ocurrido en España no tardará en expandirse a todos sus países. Esas medidas

multiculturales, ese ecologismo impuesto, esas medidas “igualitarias”... sólo han jodido a los mismos, a los que tienen que levantarse temprano y acostarse tarde día tras día para poder traer el pan a la mesa. Todavía están a tiempo de abandonar ese sendero y salvar el pescuezo, de lo contrario, serán los mismos que les han votado los que les colgarán en la plaza más grande de su capital. Dicho esto, nosotros no tenemos nada más que hacer aquí—.

Recogió la chaqueta de la silla y cogió de la mano a Andrea para salir de allí.

—¡Cómo osan!—

—Franchute, he vivido de primera mano una guerra, ¿crees de verdad que unos cuantos burócratas me intimidan?—

—¡Si no pagan, serán expulsados de esta gloriosa Unión con todas sus consecuencias!—

—Dos pájaros de un tiro. Hay que mejorar esas amenazas—respondió abandonando el lugar.

De vuelta en Madrid, Andrea continuó la investigación que ese viaje había interrumpido. Desde hacía algún tiempo se había propuesto averiguar adónde habían ido a parar las ayudas europeas de las que le había hablado el señor de Roda, pero en cambio acabó encontrando una trama titánica por la cual se escapaban miles de millones de España y que no era reciente, al contrario, los tres

mismos números de cuenta a los que se hacían transferencias se repetían en el archivo desde antes incluso del primer Gobierno. Esa fuga tenía más de medio siglo de antigüedad y no eran pagos a ningún organismo público, sino a alguien que no tendría que ver nada con España.

—0831, 7455 y 1809, una y otra vez. ¿A quién demonios llevamos pagando desde la Constitución? ¿Y por qué?—

Solicitó información al Banco de España, pero lo único que hallaron fue que eran cuentas fantasma en algún paraíso fiscal.

Mientras ella indagaba, Máximo se rompía la cabeza en la habitación contigua para lograr cuadrar un Presupuesto General que cubriera lo esencial: Educación, Sanidad, Defensa y Seguridad Social; pero se había comprometido a no gravar absolutamente nada pues la situación sin la guerra ya era grave para las clases bajas y medias, pero tras ésta, era crítica. Sin más opción, optó por transmitir la verdad a los ciudadanos y la decisión que había tomado: poner un impuesto único a las empresas extranjeras del diez por ciento sobre los ingresos en territorio español, vender los centros educativos a la Iglesia y convencerles de que las pensiones, que eran su mayor quebradero, eran imposibles de pagar porque el modelo que había habido desde siempre con ellas se basaba en el mismo concepto que una estafa piramidal. Estafa que había

funcionado mientras las familias habían tenido suficientes hijos como para superar la tasa de remplazo generacional, pero todos los nacidos después del '60 habían sido carcomidos por la propaganda de las élites económicas, haciendo que se abandonasen al hedonismo y las mujeres se sumaran a la esclavitud capitalista del mercado laboral.

Todo esto no fue bien recibido en un primer momento, pero viendo que era eso o empezar a gravar a los ciudadanos, el pueblo las acabó aceptando.

Con el tiempo aquella decisión in extremis resultó ser la mejor que podría haberse tomado porque, nada más se terminó la reconstrucción de las grandes ciudades, empresas de todo el mundo vinieron a establecer sedes allí, refrescando así el flujo de capitales, la costa andaluza se transformó en el motor económico del país ahora que no había impedimentos, Castilla, Valencia y el norte de Andalucía fueron las huertas y granjas que dieron de comer a todos los españoles, la Sanidad se pudo mantener completamente pública y en óptimas condiciones, Defensa se pudo permitir volver a los ejercicios cotidianos y los niños habían conservado su derecho a la educación independientemente de la clase social en la que hubieran nacido. Desde hacía mucho no se respiraba en España un aire tan esperanzador. Poco a poco, las multinacionales fueron siendo

conquistadas por empresas españolas, tanto privadas como públicas, y alejando la contaminación social que llevan intrínseca a ellas: la aculturización. También, y con razón de los innumerables errores cometidos en los siglos anteriores, se empezó a trabajar en un proyecto de reforma agraria y en otro de revolución urbanística.

A finales de marzo Andrea dio a luz a su primer hijo, una criaturita de tres kilos trescientos que berreaba si no estaba en sus brazos, de ojos miel, pelo rubio casi blanco y a la que llamaron Francisco. Para mayo el pueblo ya se había organizado y tenía claro el sistema de gobierno que debía tener su nación, querían que perdurase el protectorado y ambos asumieran plenos poderes.

Máximo no daba crédito y decidió que se hiciera un referéndum con todas las formas imaginables de gobierno y la descripción de lo que era cada una y su funcionamiento, pero en septiembre ganó de nuevo la dictadura y tomaron posesión del cargo en las Cortes de Madrid.

—A pesar del gran honor que hoy recibimos, personalmente me fio menos del poder que de ningún humano, precisamente porque éste no viene de lo humano, sino de un estadio superior. El poder, pese a lo que pueda parecer, no nos pertenece a ninguno, y, de la misma forma, nadie puede elegir a su gobernante. Todo esto es una ilusión, pero hay algo subyacente de cómo suben al poder gente como

nosotros a través de la cual se puede explicar. Sólo hay dos vías para gobernar sobre los hombres: un deseo expreso de Dios, o una calamitosa tentación que lleva a los humanos a cometer atrocidades con tal de someter a sus congéneres y sentirse poderosos a base de infundir miedo en cuantos sienten que son inferiores. Auctoritas et Potestas. Sólo quien entiende cómo funcionan de verdad estas dos cuestiones puede ser un buen gobernante. Humildemente digo que dudo de cuál es la razón de que esté hoy aquí aunque me incline por la primera, pues si algo sabe el Diablo es engañarnos a los mundanos. Por ello, para persuadir a un hipotético “nosotros” cegado por el poder de causaros mal, tenéis un derecho irrevocable a guardar y portar armas y de utilizarlas en el caso de que vuestra integridad o vuestra propiedad se vieran atacadas. Rezo por poder evitar que nada de esto fuera preciso de utilizarse, no obstante, el Mal acecha hasta en los rincones más insospechados y, quienes viven embriagados por él, no dudan en armarse para cometer sus atrocidades. No es justo que a los gentiles se os prohiba defenderos en igualdad o incluso superioridad de condiciones —habló Máximo.

Capítulo 29: Resurgió el Ave

Ante la diferencia abismal entre la forma correcta de gobernar una patria y el modelo que se había impuesto desde hacía varios siglos conocido como Estado, tuvieron que tomar una decisión radical. Ese terrible monstruo que se había alzado voraz sobre los habitantes de todo el globo aupado únicamente por el capital y su perversa mano, había creado un juego de trampa y cartón que parecía tan real que la vasta mayoría lo había tomado como tal. Esa terrible mentira era lo que verdaderamente lastraba todo cuanto se intentaba para vivir en bonanza y en bondad. Un pueblo engañado no se saca a sí mismo del error por mucho que vote, de la misma forma que un pueblo sabio no se salva del mal por mucho que vote con conciencia si a quienes vota les espera un sobre con instrucciones nada más llegar al despacho. En este momento y en este contexto la limpieza debía hacerse extirpando hasta la última micra de cáncer. Eso era lo que quería y lo que necesitaba España, para eso les habían dado el cargo de dictadores. En junio, Máximo y Andrea comunicaron la destrucción del modelo estatal y la desaparición total de las Autonomías. A partir de entonces, el Código Civil y Penal dejaron de existir, los diferentes tribunales se disolvieron, los jueces ahora juzgarían los pleitos única y exclusivamente basándose

en una pregunta: «¿Se ha cometido una injusticia?»; la Hacienda dejó de ser un organismo de saqueo y pasó a ser un arca con la que financiar mediante contribuciones opcionales grandes proyectos para el bien común de los españoles; y todas y cada una de las leyes aprobadas con anterioridad dejaron de ser efectivas, lo que significaba la rotura de cadenas para todo aquel que no pudiera tener casa, pues ahora se la podría construir, para todo aquel que no lograra trabajo, pues ahora podría emprender sin necesitar cumplir un libro de requisitos y mantenerse inoperante —pero pagando facturas— entre seis y veinticuatro meses hasta el visto bueno de la Administración; para todo aquel a quien el banco hubiera desahuciado, pues ya no volvería a ocurrir; para todo aquel que hubiera sido explotado laboralmente, pues ahora sí tendría opciones y sería al fin libre de elegir.

Sin embargo, la verdadera lucha no había sino empezado, pues la rebeldía de España contra el sistema maléfico que se había configurado a lo largo del planeta llevó a los organismos internacionales a acabar expulsando a España y a condenarla al ostracismo para intentar apagar el fuego que se les venía encima. Pero lo cierto era que acababan de liberar al gigante recién despertado. La población estaba comprometida con un proyecto común llamado España y que pasaba por que cada uno construyera

lo propio sin olvidar a la comunidad. Esto, y no otro, fue lo que permitió una explosión económica que ningún economista, fuera de la rama que fuere, podía explicar; aquel pueblo entre los Pirineos y las Columnas de Hércules había creado algo nuevo jamás visto: el bien individual dirigido al bien común.

España no volvió a mirar al norte en mucho tiempo —donde no te quieren, no te quedas—, y comenzó las alianzas económicas con los países hispanos llegando a formar una unión con lo que hacía siglos habían sido los virreinos. Sin embargo, la Unión Europea estaba presente en la memoria de los dos dictadores y por ello evitaron todo cuanto había fracasado en ella. La Alianza Hispánica fue un pacto meramente comercial y en ningún momento se habló de que se fuera a trasladar al terreno financiero o que se fuera a crear una divisa única para todos los integrantes. Lo que comenzó con Brasil, Cuba y Puerto Rico, acabó extendiéndose a toda Hispanoamérica.

Aquellos dos jóvenes movidos por el Amor, cogieron un país que se caía a pedazos, que estaba económicamente condenado, que era un desastre en lo social, una vergüenza para sí mismo y la carcajada de sus vecinos, y lo volvieron grande; tan grande que su bandera eclipsó a Europa en seis años, y lo hizo por su propio pie.

Andrea le demostró al mundo que Cristo era el Camino; que un país sin fe es un país muerto; que un país dividido es un país al borde del abismo; que lo material es vano y efímero, tanto que un segundo separa al rico del pobre, exactamente el segundo antes del óbito y el segundo después; y que lo único imperecedero es lo inmaterial.

Máximo le demostró al mundo la forma en la cual un país debe gestionarse; que arrebatarle a tus compatriotas parte del fruto de su esfuerzo es inmoral, da igual lo que se financiare después con él, el fin no justifica el medio; que el Humano es ambicioso por naturaleza, pero cuando es educado en los valores correctos, no sólo logra levantar palacios de mera arena sino que construye ciudades pensando en todos los que le acompañan y rodean.

Ellos dos dieron un puñetazo tal sobre el tablero en el que la élite jugaba que lo hicieron temblar como nunca antes lo había hecho y, por primera vez, los dineros sintieron miedo del Hombre.

—¿Y qué pasó después, papá?—.

—Mañana os lo contaré, ahora descansad—.

Notas del Autor

Esta novela es la primera de una trilogía y, a su vez, es también la primera de una saga cuyo denominador común muy probablemente sea el secreto que me lleve a la tumba cuando deje este mundo. También, es una de mis más queridas "hijas" por ser la primera en nacer y porque fue concebida en el momento más convulso de mi vida. Comprometerme a llevarla a término fue sin duda alguna lo que me mantuvo beligerante, cuerdo y activo en una época de miedo, desasosiego y contradicción. No es lo más bello que soy capaz de escribir, soy consciente de ello, pero su intención es otra. Esta obra es una llamada al combate, una demostración de que, sea quien sea el que me lea, no todo está perdido en este mundo de bajeza y cobardía. Este libro es una mano tendida que, como puede escribir los más bellos versos deslizando una pluma sobre un papel, asimismo puede dar los más devastadores mandobles con un sable. Hermano Lector, no desesperes, y en tus noches de tribulación aférrate a la Verdad, sigue el ejemplo de Máximo y Andrea y abandónate al rezo más sincero: el de un niño asustado. Busca en Él lo que te falta y aférrate a Su cuerpo como robusto mástil que es, pues ésa es la única forma de sobrevivir a la calamidad que estos tiempos nos deparan.

Que la ilusión no difumine la realidad, la vida es guerra. Todas nuestras vidas son una constante guerra y nosotros no somos más que soldados. Pero hay que saber identificar al enemigo, desde Mefistófeles, camuflado entre joyas y trajes de diseñador, hasta su amo. Y no, lo lamento por mis más fieros amigos, pero aquellos que se pierden en el engaño embaucador de este siervo y sus lujos no son enemigos, sino almas en pena que, con la más grande empatía y la mayor de las paciencias hay que rescatar de sus garras. Observa, querido Lector, que no he escrito nada sobre ajusticiamientos a periodistas, funcionarios o políticos menores pese a ser colaboradores directos del Mal, pero sí la quema de sus edificios y la ejecución de varios demonios que los tenían presos (el rey de Marruecos, el Presidente y la Familia Real, estos últimos como muestra de lo que son los demonios: seres que llevan los pecados al extremo, incapaces de hacer cualquier bien, y que, por ende, son capaces de matarse entre sí por codicia, envidia o cualquier otra razón). A aquellos que son esclavos de sus vicios no hay que llevarles la guerra, sino, como Sancho VII, una espada amable que parta sus cadenas. Pero, contra quienes los encadenaron, hay que emplear la mayor de las violencias y, tras haberlos mandado con el siervo mayor, no hay que bajar la guardia

ni permitir que esas injusticias penetren de nuevo por los poros de la sociedad.

Para culminar esta obra te dejo, hermano Lector, uno de mis versículos favoritos:

Lc 22, 36:

Les dijo: «Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome, y lo mismo la alforja, y el que no tenga, que venda su manto y se compre una espada».